

REVISTA DEL  **PENSAMIENTO** 1961
CENTROAMERICANO 96

Las contribuciones de América a la democracia
(Seminario organizado por Libro Libre)

**El legado democrático de
Estados Unidos**

*Michael Novak
Bruce McCollm*

Sus incongruencias

*Luis Enrique Aguilar
James Finn*

Qué opina Europa

*Ricardo Utrilla
Jaime Daremblum*

**El legado democrático de
América Latina**

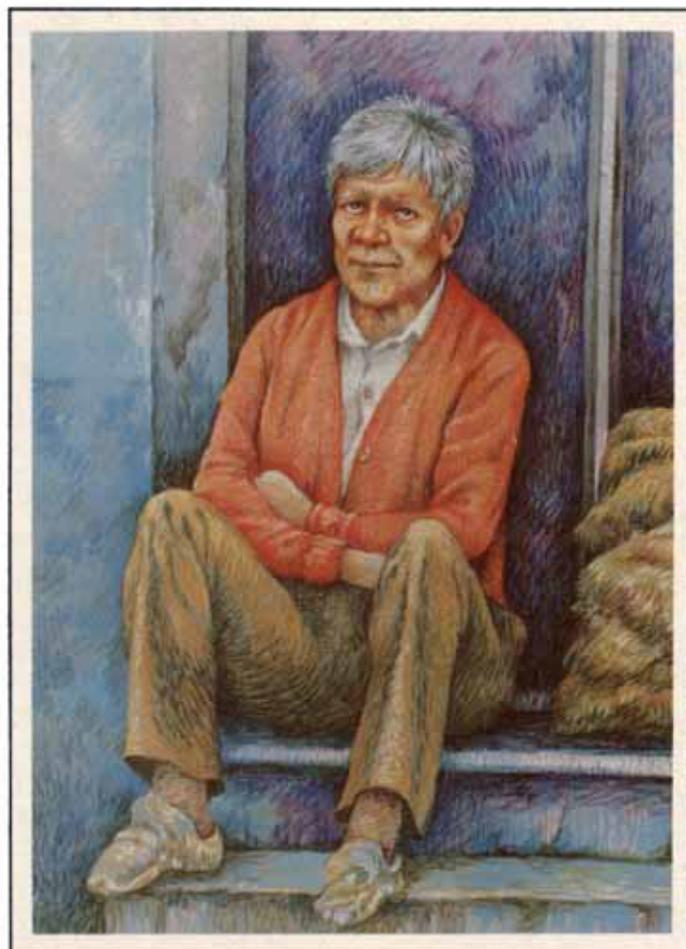
*Germán Arciniégas
Carlos Meléndez*

Sus frustraciones

*Eduardo Ulibarri
Jorge M. García L.
José D. Escobar G.
Xavier Zavala C.*

**El futuro de la
Democracia en
Centroamérica**

Oscar Arias Sánchez



La pintura de Ramón Banús

Publicada por el *Centro de Investigaciones y Actividades Culturales* (Managua, Nicaragua)
y la *Asociación Libro Libre* (San José, Costa Rica)

Apartado 391-2.050. San José, Costa Rica

Indice

La agenda democrática de América..... 3
Xavier Zavala Cuadra

Contribuciones a la democracia: el legado de los Estados Unidos... 5
Michael Novak

Contribuciones históricas de los Estados Unidos a la democracia..12
Bruce Mc Colm

Inconsistencias de la política exterior de los Estados Unidos..... 17
James Finn

La política de E.U. hacia A. Latina: inconsistencias y perspectivas 22
Luis Enrique Aguilar

América Latina y la creación de la república democrática..... 27
Germán Arciniegas

¿Las contribuciones de A. Latina a la democracia en el pasado..... 34
Carlos Meléndez Chaverri

La pintura de Ramón Banús..... 39

Cinco enemigos de la democracia en América Latina.....41
Eduardo Ulibarri

Posibilidades y obstáculos de la democracia en A. Latina.....44
Jorge Mario García Laguardia

Cómo superar las frustraciones de la democracia en A. Latina..... 47
José David Escobar Galindo

Educación para la democracia en América Latina..... 50
Xavier Zavala Cuadra

Visión europea sobre América y la democracia(*Introducción*)..... 54
Jaime Daremblum

Latinoamérica y la democracia: una visión europea..... 56
Ricardo Utrilla

El futuro de la democracia en Centroamérica..... 63
Oscar Arias Sánchez

Director

Xavier Zavala Cuadra

Subdirector

José Emilio Balladares

Consejo Editorial

Pablo Antonio Cuadra
Fernando Vollo
Carlos Meléndez Chaverri
José David Escobar Galindo
Jaime Daremblum
Franco Cerutti
Ralph Lee Woodward
R. Bruce McColm

Distribución Internacional

Ann McCarthy Zavala

Diagramación

Manuel A. Romero S.

Revista del Pensamiento
Centroamericano

Valor de la suscripción anual
(cuatro números)

País	Aéreo	Terrestre
Costa Rica		¢700.00
Centro América	\$17.00	\$ 16.00
América Latina	\$21.00	\$ 16.00
Estados Unidos	\$21.00	\$ 16.00
Europa y Canadá	\$28.00	\$ 16.00

Haga su cheque a nombre de
Asociación Libro Libre

Las opiniones expresadas en los artículos no representan necesariamente las de esta publicación. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización de la dirección. Los artículos de esta revista son resumidos y catalogados en Historical Abstracts.

This publication is available
in microform from University
Microfilms International.

Call toll-free 800-521-3044. Or mail inquiry to:
University Microfilms International, 300 North
Zeeb Road, Ann Arbor, MI 48106.



La agenda democrática de América

Xavier Zavala Cuadra*



DESPUES DEL seminario *Las Responsabilidades Internacionales ante la Crisis Centroamericana*, que Libro Libre organizó en marzo del año pasado, don Germán Arciniegas regresó a San José para atender a una reunión sobre los preparativos de la celebración del quinto centenario del descubrimiento de América. Don Germán tuvo la bondad de recibirme y, entre lo mucho bueno que me dijo, manifestó que creía que la mejor forma de celebrar el centenario era reflexionar y presentar lo que América ha hecho durante estos quinientos años en los diversos campos de la vida humana: en las artes, en la ciencia, en la literatura, en la religión, en la política, etc.

De esa conversación viene este seminario sobre *Las Contribuciones de América a la Democracia*. Gracias, don Germán.

Siendo hombres americanos, conviene que nos preguntemos qué hemos hecho y qué debemos hacer por la democracia, en atención a nuestro sustantivo *hombres* y a nuestro adjetivo *americanos*.

El hombre que ha tenido la gracia de comprender lo que es el hombre, es decir, que ha logrado entenderse debidamente a sí mismo y de entender debidamente a los demás -cosa que ciertamente creo que es una gracia- ; quien se ha dado cuenta

* Presidente de la Asociación Libro Libre, Director de la Revista del Pensamiento Centroamericano desde 1971, Secretario de la Junta Directiva de la Comisión Permanente de Derechos Humanos de Nicaragua.

de que todos hemos sido creados esencialmente iguales y dotados de derechos que no podemos ceder, ni podemos arrebatarse; quien se reconoce libre y, por tanto, responsable de sí mismo y de su destino, no puede ser neutral con respecto a la democracia: porque ella es, por ahora, el sistema de convivencia política que más se adecúa a lo que es el hombre. Es, pues, propio del ser humano preguntarse qué ha hecho por la democracia.

Sin embargo, existe el mal en el mundo, como ustedes saben. Entre sus varias manifestaciones está una extraña versión del ser humano que, sin dejar de ser inteligentes (siguen siendo humanos), no entienden o no quieren entender, lo que es el hombre. Entienden muchas otras cosas -pueden incluso construir naves que exploran el espacio- pero no captan lo que les es más inmediato: su propia identidad y la de aquellos que son igual a ellos. Es la extraña versión humana de las dictaduras en cualquiera de sus variedades, la que cree que es propio de hombres aplastar, subyugar, someter, dominar a otros hombres. "Si usted desea conservar la paz, dijo hace unos días Juan Pablo II al General Jaruzelski, recuerde al hombre, recuerde sus derechos que son inalienables porque derivan de la esencia misma del ser humano".

Ultimamente ha surgido una nueva modalidad de extraña versión del ser humano. Igual a la primera en cuanto a su incapacidad de comprender lo que es el hombre, pero con resultados un tanto distintos: para esta nueva modalidad, la democracia con todas sus creencias en derechos humanos, en gobiernos electos por el pueblo para servir al pueblo y responsables ante el pueblo- es una cultura relativa, como cualquier otra cultura pro-

Presentación

ducto de circunstancias e historias concretas y particulares. No está mal, dicen, que unos la prefieran, pero tampoco está mal que otros la rechacen y adversen. Para ellos, la democracia, como conjunto de valores, es tan relativa como las modas, como las aficiones deportivas, como las preferencias entre sinfonías y tangos, o entre mantequillas de maní y tamales.

La existencia del mal nos obliga a la militancia por el bien. La existencia de esas extrañas versiones del ser humano nos obliga a la militancia democrática. Es también, pues, propio de hombres preguntarse qué han hecho por la democracia allí donde no existe.

Esto, por hombres. ¿Y, por americanos? América nació para la libertad. Lo que se descubrió fue un continente, pero lo que nació fue un intento de forma nueva de vida, con la libertad como esperanza y como guía. A eso venían los españoles, los portugueses, los ingleses, los franceses, los irlandeses, los judíos, los alemanes,

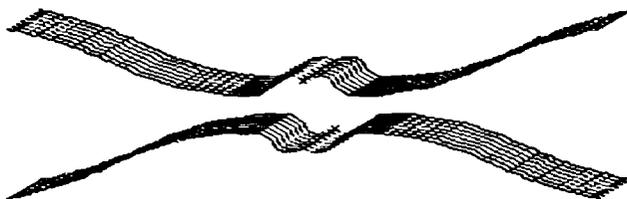


los italianos, los chinos, los japoneses, los libaneses que decidieron quedarse en este lado del mundo: a buscar y hacer oportunidades en libertad, a buscar y hacer oportunidades de libertad. De América dice Arciniegas que "en su destino estaba cambiar los fundamentos tradicionales de la vida política"¹. Y Michael Novak, para expresar lo que los Estados Unidos significaban, repite una frase lapidaria que viene desde la antigua Roma, con resonancias de una antigua esperanza y de una antigua promesa -la

de una edad de oro para los hombres: *NOVUS ORDO SECLORUM*, un nuevo orden de los siglos.

¿Qué hemos hecho los americanos de esa libertad? ¿Qué queda de esa esperanza? ¿Qué futuras tareas corresponden al continente que nació para la libertad? Estas son las preguntas que debemos responder en este encuentro.

¹-Germán Arciniegas, discurso ante la Quinta Reunión de la Conferencia Iberoamericana de Comisiones Nacionales para la Conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América (Puerto Rico, 26-29 de mayo de 1987).



Michael Novak *

Contribuciones a la democracia: el legado de los Estados Unidos



Recientemente, en una entrevista realizada en los Estados Unidos de América, el distinguido teólogo jesuita de El Salvador, Jon Sobrino, hizo burla del concepto de la "democracia formal." Consultado sobre si El Salvador se ha movido en sentido general en dirección democrática, contestó:

Bueno, yo diría al nivel de democracia formal, de como ésta es entendida en el mundo occidental, ha habido alguna apertura en la escena política. Y hay más libertad de expresión —ése es el primer punto.

El segundo punto es, sin embargo, que eso no significa, obviamente, que el salvadoreño típico tiene [la] posibilidad o habilidad para expresar sus palabras.

Y mi tercer punto, que en mi opinión es el más importante: Usted sabe, uno puede discutir sobre cómo es la democracia, pero en un país donde el cincuenta por ciento de la gente, de acuerdo a las cifras de

* Teólogo y diplomático, director del Centro de Estudios Sociales y Políticos del American Enterprise Institute. Sirvió como jefe de la Delegación de los Estados Unidos en la Comisión de los Derechos Humanos en Ginebra (1981-1982), y en marzo de 1986 fue nombrado jefe de la Delegación de los Estados Unidos para la Reunión de Expertos sobre Contactos Humanos, de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa. Ha sido también consejero presidencial en las administraciones de los presidentes Ford, Carter y Reagan. Después de completar sus estudios de teología en la Universidad Gregoriana de Roma y en la Universidad Católica de América, obtuvo el M.A. en Historia y Filosofía de la Religión, en la Universidad de Harvard. Entre sus más recientes libros están *The Spirit of Democratic Capitalism*, *Freedom with Justice: Catholic Social Thought and Liberal Institutions* y *Will It Liberate? Questions about Liberation Theology*.

Duarte, está desempleada, en donde el veinticinco por ciento de la población ha dejado sus hogares, ya sea porque han abandonado el país o por lo menos sus pueblos... Los avances en la democracia formal realmente no son muy significativos.¹

En estas pocas frases, el teólogo jesuita confunde tres realidades separadas. ¿Realmente suscribe el juicio (Marxista) de que la democracia occidental es sólo "formal"? ¿O mantiene que la mejora en materia de derechos humanos en El Salvador y la oportunidad para destituir los líderes, son reales, pero insuficientes? Finalmente, ¿reconoce que "democracia" es el nombre para solamente una mitad de la "economía política," y que una libre y creciente economía es una condición necesaria (pero no suficiente) para la democracia?

Las confusiones sobre el significado de democracia están muy difundidas en el siglo veinte, no sólo en América Latina. Jacob Talmon ha escrito su poderoso clásico, *Los Orígenes de la Democracia Totalitaria*,² precisamente para contrarrestar una prominente pero falsa forma de democracia; concretamente, el clamor de que los dictadores proyectan la "verdadera" voluntad de la gente.

¹ Jim McManus, "Sobrino Says War Is Main Interest of U.S. in El Salvador," *National Catholic Reporter*, 22 de mayo de 1987 (elipsis en el original).

² Véase Jacob L. Talmon, *The Origins of Totalitarian Democracy* (1960, reimpreso ed., Boulder, Colorado: Estview Press, 1985).

Extrema claridad es importante, por lo tanto, al pensar sobre la democracia. La "Democracia" no es algo que por casualidad lleva ese nombre. Propiamente considerada, la democracia es un grupo de *instituciones*, arraigadas en los hábitos adquiridos por las gentes que desean ser libres y gobernarse por sí mismas. Las instituciones de la democracia están diseñadas para resguardar los derechos inalienables con los que el Creador dotó a cada ser humano. Democracia, así entendida, es una forma de gobierno constitucional y limitado, que preserva la soberanía del pueblo y que niega al gobierno los poderes que no sean los que expresamente le ha confiado el pueblo. En este sentido, el gobierno democrático es "del pueblo, por el pueblo y para el pueblo." La democracia es "formal," en el sentido que deriva de un convenio escrito. Pero es también "sustantiva," en el sentido que implica poderes estrictamente limitados y, segundo, que reserva los derechos humanos fundamentales a los individuos y sus asociaciones libres. Bajo la democracia, la *sociedad* es más grande que el *estado*.

Además, el término "democracia" no brinda una descripción total del orden social. Tal término describe solamente el orden político. No describe ni el orden *económico* ni el orden *moral-cultural*, ambos necesarios para la supervivencia del orden *político*. Estos tres órdenes, juntos, hacen uno solo.

El Gran Sello de los Estados Unidos exhibe una pirámide, una figura de tres lados, un lado para cada uno de los tres lados del sistema social. Esa estructura de tres esquinas sugiere la forma del *novus ordo seculorum* — de la nueva forma de orden que los redactores de la Constitución de los Estados Unidos creían que estaban estableciendo. Ellos no creyeron que este "nuevo orden" fuera diseñado sólo para los estadounidenses. No creyeron que estuvieran definiendo los derechos solamente para ese pueblo, sino más bien los derechos para todas las personas de la tierra, o sea, los derechos *humanos*. A fin de "asegurar estos derechos," reconocieron que los tres sistemas fundamentales de la vida humana -político, económico, y moral-cultural- tendrían que estar separados. El poder político tendría que estar separado del poder sobre la conciencia, la información y las ideas -de las iglesias libres, la prensa libre y las

artes y ciencias. El poder político también habría de ser separado del poder sobre actividades económicas. Así surgió el diseño de tres esquinas: un orden político y un orden económico, bajo el ojo vigilante del orden moral-cultural ("una nación bajo Dios").

La razón que fundamenta estas separaciones es la *pecaminosidad humana*. "Si los hombres fuesen ángeles," escribió James Madison, "no sería necesario ningún gobierno".³ Pero los hombres no son ángeles; son pecadores. Por lo tanto, no hay hombre ni institución a quien pueda ser confiado mucho poder. ("En Dios confiamos," significa, operativamente, "en nadie más.") También Alexander Hamilton había escrito en *El Federalista* 6: "Sólo un hombre muy adelantado en especulaciones utópicas [puede] olvidar que los hombres son ambiciosos, vengativos y rapaces." Olvidar esto sería "hacer caso omiso de la experiencia uniforme de los tiempos y más bien desafiar esa experiencia". En pocas palabras, la convicción fundamental subyacente en el concepto *realista* de democracia -en oposición a la concepción *utópica*- se refiere al hecho del pecado humano. En vista de que todo hombre a veces peca, tanto la democracia como la separación, en tres, de los sistemas sociales, es necesaria.

En vista de que la mayoría de los hombres (aunque no todos) son generosos, decentes, creativos, cooperativos y obedientes de la ley, la mayor parte del tiempo (aunque no siempre) tanto la democracia como la división, en tres, de los sistemas sociales, son posibles.

Un orden político construido alrededor de una constitución que limita el poder del gobierno, que conserva la soberanía de la gente sobre sus gobernantes, que asegura derechos individuales y de asociación, no es, por lo tanto, suficiente. Aquél requiere *un orden moral y cultural* abierto a lo trascendente, y bajo el juicio de Dios: es decir, conforme a "las leyes de la naturaleza y al Dios de la naturaleza". Jefferson escribió: "El Dios que nos dio vida, nos dio libertad."⁴ El orden político está bajo el orden moral y cultural. El orden político es limitado: El gobierno democrático es anti-totalitario. La "democracia totalitaria" está excluida.

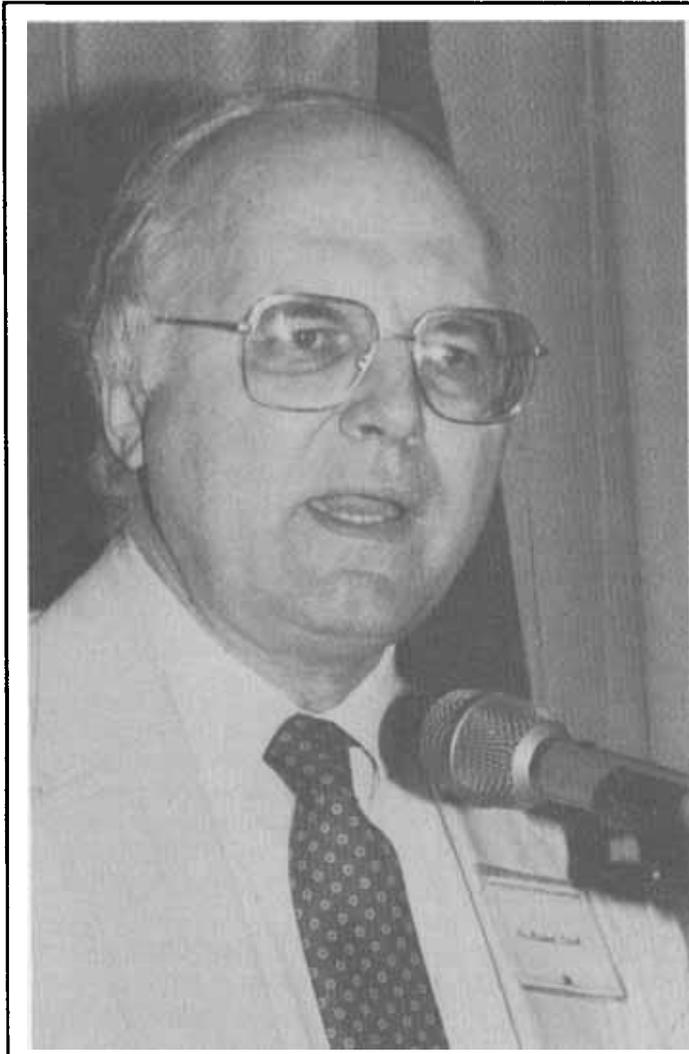
³ *Federalist* 51.

⁴ Thomas Jefferson, "A Summary View of the Rights of British America, 1774," en *The Life and Selected Writings of Thomas Jefferson*, ed., con una Introducción de Adrienne Koch and William Peden (New York: Modern Library, 1972), p. 311.

Además, en el orden real de la historia humana, la experiencia indica que *una economía libre es una condición necesaria pero no suficiente* para que se dé la democracia. Sin libertad económica, la libertad política está vacía. El Estado que puede controlar las actividades económicas, los ingresos y los gastos, deja vacía la libertad de casi toda acción diaria. La mayoría de los ciudadanos deben de trabajar para mejorar su situación y la mayoría gasta gran proporción de sus horas en actividades económicas. Si no son libres en estas actividades, carecen de libertades cruciales sustantivas.

Este eslabón entre libertad política y libertad económica es casi siempre olvidado en muchas teorías contemporáneas de democracia, propuestas, por ejemplo, por muchos social-demócratas y muchos demócratas cristianos. Muchos hombres y mujeres valientes pelean por la *democracia*, pero no ven el eslabón entre libertad política y libertad económica. Ellos desean libertad política, pero están inseguros sobre la libertad económica. Esto es un grave error.

La raíz principal de este error es el olvido de dos grandes realidades del vivir humano. Primero, los seres humanos son dados a la envidia y la envidia es la causa más común de la disidencia que comúnmente hace estragos en experimentos democráticos. Segundo, para mantener el amor y lealtad de todos sus ciudadanos, una república libre debe inspirar crecimiento económico. Estas dos realidades van muy unidas.



Solamente el crecimiento económico puede derrotar la envidia. Esto es así porque bajo condiciones de crecimiento económico (y sólo así) todos los ciudadanos -especialmente los más pobres- pueden esperar tener durante sus vidas mejoramientos concretos en su condición económica. Bajo condiciones de crecimiento económico (y sólo así) los pobres pueden esperar una oportunidad para practicar la creatividad económica con que los dotó el Creador, a cuya imagen ellos fueron hechos. Pero cuando no hay crecimiento económico, los ciudadanos no ven tal mejoramiento. Entonces el instinto natural de la envidia los pone a comparar sus propias condiciones con aquéllas de otros. Por lo tanto, la discordia crece y la república se desmorona.

Al contrario, cuando todos los ciudadanos experimentan en sus vidas los efectos saludables del crecimiento económico, entonces pueden dejar de comparar sus propias condiciones con las de otros y empezar a comparar sus condiciones de hoy con las condiciones que esperan disfrutar en el futuro. De esta forma, el crecimiento económico derrota la envidia. Sólo el

crecimiento económico dirige a los ciudadanos a identificar su progreso con el progreso de todos. Sus bienes pasan a ser bienes comunes; el bien común es reflejado en su propio bien. Los dos son uno.

Así, la promesa verdadera de la democracia tiene dos partes. La democracia promete libertad y prosperidad. Abraham Lincoln, ochenta y cuatro años después de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, reflexionó sobre la prosperidad concreta experimentada en los Estados Unidos entre 1776 y 1861:

Todo esto no ha sido el resultado de un accidente. Tiene una causa filosófica. Sin la Constitución y la Unión, no podríamos haber tenido el resultado; pero aún ambas no son las causas primarias de nuestra gran prosperidad. Hay algo detrás de esto, entrelazándose cada vez más al corazón humano. Ese algo, es el principio de la "Libertad para todos" - el principio que aclara el camino para todos - nos da esperanza a todos - y, como consecuencia, *iniciativa e industria* para todos.⁵

En una palabra, un gobierno libre se fundamenta en una libre economía. Esto es porque la verdadera fuente del crecimiento económico está en la mente humana: en la inventiva, industriosa y visión basadas en la creatividad de cada ser humano, creado a imagen del Creador. Sólo el individuo creativo llena enteramente la vocación humana: se convierte, como Dios, en un creador. Esto requiere el cultivo de la mente, la educación universal y el respeto a las artes y las ciencias, decisivos en el crecimiento económico.⁶ Por eso fue que Lincoln estuvo de acuerdo en el Acta de *Homestead* (colocando la propiedad privada al cuidado de familias humanas individuales) y en el Acta *Land-Grant College* (construyendo cada nuevo territorio y estado alrededor de universidades gratuitas). La causa de la riqueza de las naciones es

Este eslabón entre libertad política y libertad económica es casi siempre olvidado en muchas teorías contemporáneas de democracia, propuestas, por ejemplo, por muchos socialdemócratas y muchos demócratas cristianos. Muchos hombres y mujeres valientes pelean por la democracia, pero no ven el eslabón entre libertad política y libertad económica. Ellos desean libertad política, pero están inseguros sobre la libertad económica. Esto es un grave error.

el intelecto libre. La causa del crecimiento económico es el principio de la libertad, que da esperanza a todos, e industria y empresa a todos, y que abre oportunidades para la creatividad de todos.

Aún la Unión Soviética parece estar aprendiendo esta lección, como también lo hace la República Popular de China. El socialismo como un sistema económico mata la creatividad. Sólo la libertad hace posible, e inspira, la creatividad. Quien desee crecimiento económico -quien haga "la opción preferida para el pobre"- debe establecer instituciones de libertad económica.

Esta es la respuesta a una de las confusiones de Jon Sobrino mencionadas anteriormente. El Presidente José Napoleón Duarte ha, por cierto, traído el comienzo de las instituciones de libertad política a El Salvador. Los derechos humanos básicos son mejor resguardados en El Salvador ahora que antes, como el Padre Sobrino admite.⁷ Pero el Presidente Duarte no ha podido aún dar rienda suelta (bajo circunstancias difíciles, para ser sinceros, de una guerrilla dispuesta a destrozar las vitalidades económicas de su nación) al principio de libertad económica, que daría libertad a todos, y esperanza a todos, e industria y empresa a todos. En ausencia de libertad económica, hay mucho desempleo, muy poco mejoramiento en las condiciones materiales de los pobres, muy poco activismo económico. La libertad económica es una condición necesaria pero no suficiente para el estado libre. En El Salvador (y en muchas otras naciones en la tierra) el trabajo de construir una sociedad libre ha comenzado, pero falta mucho para que esté completo.

A propósito, es cierto que puede haber una economía libre sin libertad política. Tal orden está lejos de ser el más adecuado a la naturaleza del ser

⁵. Abraham Lincoln, "Fragment on the Constitution and the Union," en Roy P. Basler, ed., *The Collected Works of Abraham Lincoln*, 8 vols. (New Brunswick, New Jersey: Rutgers University Press, 1953), 4: 168-9.

⁶. Véase Michael Novak, "'Built Wiser Than They Knew': The Constitution and the Wealth of Nations," *Crisis*, Mayo 1987.

⁷. Para crédito suyo, en la entrevista citada antes el Padre Sobrino reconoce los logros del Presidente Duarte en la "reducción de las ejecuciones" y "otros signos de progreso hacia la democracia". El dice que esas afirmaciones son "válidas, y me siento feliz que el número de personas asesinadas ha decrecido. Eso es, por supuesto, importante." Aprueba la meta política de "tener un gobierno dirigido por civiles con una reducción en las violaciones de los derechos humanos".

humano. ("El Dios que nos dio vida, nos dio libertad"). Una economía libre sin democracia está sujeta a los peligros del poder político irrestricto, al que la inestabilidad social a largo plazo sigue. Libertad política y libertad económica son mutuamente necesarias; juntas, ellas se protegen. El distinguido novelista del Perú Mario Vargas Llosa expone este punto muy bien, en su introducción al importante libro de Hernando de Soto, titulado *The Other Shining Path* [El Otro Sendero Luminoso]:

... una de las creencias referentes a Latinoamérica más extendidas en los últimos años es que las ideas de economía liberal son características de las dictaduras militares. ¿No es cierto que los "Chicago Boys" las pusieron en práctica con Pinochet en Chile y Martínez de Hoz en Argentina con catastróficos y bien conocidos resultados?...

La libertad es indivisible y es obviamente incompatible con los regímenes autoritarios y totalitarios. Las medidas de economía liberal que estos regímenes puedan tomar -o mejor dicho, imponer de lo alto- serán siempre relativas y serán agobiadas, como en Chile y Argentina, por falta de la libertad política complementaria. Es esa libertad la que permite la evaluación, el perfeccionamiento y la rectificación de las medidas que no funcionan. La libertad económica es el complemento de la libertad política y sólo cuando las dos se unen, como las dos caras de una moneda, pueden entonces funcionar efectivamente. Nunca podrá una dictadura ser realmente "liberal" en materia de economía porque el principio básico de una filosofía liberal es que no son los poderosos políticamente, sino los ciudadanos independientes y soberanos, quienes tienen el derecho de tomar la iniciativa, trabajar y sacrificarse para decidir el tipo de sociedad en el que van a vivir. La función del poder político es garantizar que las reglas del juego sean acatadas de modo que las iniciativas puedan realizarse de una manera justa y libre. Esto requiere, *a priori*, un consenso de la mayoría respecto a estos principios que sólo pueden darse en un sistema democrático.⁸

Por contraste, el Padre Sobrino pareciera aconsejar la combinación de una democracia populista (forma no clara) con una economía socialista. Pero el record de economías socialistas en este siglo no es muy atractivo. No sólo fallan las economías socialistas -en Cuba, por ejemplo- en producir pan en la abundancia en que lo hace posible la creatividad humana. Las economías socialistas también permiten a la tiranía prevalecer e imponerse encarcelando las actividades económicas de sus pueblos. Cualquiera que sea el caso en teorías utópicas, y en libros, en el mundo real las economías socialistas no producen ni pan ni libertad, al grado comúnmente obtenido en otras partes por hombres y mujeres libres.

Una economía libre sin democracia está sujeta a los peligros del poder político irrestricto, al que la inestabilidad social a largo plazo sigue. Libertad política y libertad económica son mutuamente necesarias; juntas, ellas se protegen.

En años recientes, ha habido un cambio grande en el pensamiento de teólogos latinoamericanos de la liberación. Al principio de la década de los setenta, cuando ellos empezaron a escribir, gran parte de América Latina estaba bajo dictadura militar. Desde 1980, por lo menos once países de Latinoamérica han tomado importantes pasos hacia la democracia y gobiernos constitucionales, bajo el liderazgo de civiles. Esto incluye a Brasil, Argentina y muchos otros estados que representan la mayoría de la población y extensión geográfica de América Latina.

Este hecho ha enfrentado a los teólogos de la liberación con una situación enteramente nueva. Como Hugo Assman ha escrito, los teólogos de la liberación ahora reconocen varios errores por ellos cometidos en sus primeros esfuerzos. Han tomado a pecho muchas nuevas lecciones. De esta nueva situación, Assman escribe:

¿De dónde viene el peligro? El peligro de golpes militares ya no es predominante, porque en muchos países los militares ya no se sienten capaces de administrar la crisis. Tampoco el peligro viene de la izquierda radical porque, prácticamente en toda América Latina, los grupos y partidos de la izquierda han aprendido mucho de sus errores, dándose cuenta, entonces, que deben de reestablecer su relación orgánica con la mayoría popular, que nunca entendió su revolucionarismo abstracto. Por esta razón muchos de ellos han empezado a entender que los valores democráticos son los valores revolucionarios.⁹

Mario Vargas Llosa, en un discurso pronunciado en San Francisco en marzo de 1987 enfocó este mismo cambio de clima. El habló de un "hecho sin precedentes," en América Latina que, *no* como un resul-

⁸ Mario Vargas Llosa, Prólogo a la obra de Hernando de Soto, *El Otro Sendero: La Revolución Informal* (Lima, Perú: El Barranco, 1986; traducción al inglés aparecerá en breve).

⁹ Hugo Assman, "Democracy and the Debt Crisis," *This World*, No. 14, Spring/Summer 1986, p. 93.

tado de "presiones externas," ni del trabajo de "élites locales," la mayoría de América Latina ha entrado al camino de democracia de una nueva manera -por la voluntad de la gente común de América Latina.

Por primera vez, la democracia -o, en algunos casos, formas incipientes democráticas de gobierno- son establecidas con el manifiesto apoyo popular. Hoy día, las alternativas antidemocráticas de la revolución Marxista o de dictaduras militares son el monopolio de élites económicas o intelectuales. El grueso del pueblo ha expresado apoyo abrumador a los regímenes moderados: centro-izquierda, centro y centro-derecha -cualquiera que parezca ofrecer la mejor oportunidad de lograr la democracia. . .

Esas cantidades de gente han corrido a cambiarse a la democracia por la terrible violencia de la cual han sido ellos las víctimas.¹⁰

Vargas Llosa prosigue y explica que la democracia política sola es frágil. La democracia política sólo puede tener éxito si el orden económico que la acompaña también trae "crecimiento económico." Los gobiernos latinoamericanos "tendrán que probar a sus ciudadanos que la democracia significa no sólo el fin de la brutalidad política sino también progreso -beneficios concretos en áreas tales como el trabajo, la salud, y la educación, donde tanto falta por hacer."

Vargas Llosa no piensa que las instituciones democráticas son sólo "formales." El también reconoce que si "democracia" consiste en palabras, sin una separación de poderes verdadera, y sin un real cambio en hábitos, no es más que una pálida sombra. Además, el orden económico con el que la democracia se casa debe verdaderamente proveer oportunidad igual a todos y promover crecimiento para todos:

La democracia es frágil en muchos países porque es superficial, nada más que un armazón en el cual instituciones y partidos políticos hacen sus quehaceres en su arbitrariamente tradicional, forma tirana...

En muchos países, la separación de poderes es un mito, como también lo es la igualdad de oportunidad. Y el hecho que sectores inmensos de la economía son nacionalizados -y casi siempre productores de déficit- continúa siendo fuente de inflación, corrupción y desigualdad.

Yo podría seguir y seguir con este catálogo de deficiencias de nuestras democracias, pero ¿para qué preocuparse? Lo que verdaderamente importa es que nuestras democracias no sólo sobreviven sino

que aprenden a criticarse así mismas y a mejorarse. Porque de no ser así, ellas perecen. Ninguna democracia nace perfecta, y ninguna llega a ser perfecta. Sin embargo la democracia es superior a los regímenes autoritarios y totalitarios porque, al contrario que ellos, la democracia es perfectible.¹¹

Reflexiones finales

Como hemos visto, no es suficiente invocar la palabra "democracia." No es suficiente, tampoco, invocar los "derechos humanos." El verdadero reto consiste en "resguardar esos derechos"; o sea, construir un *orden*, un *sistema*, apropiados a la dignidad que el Judaísmo y el Cristianismo perciben en cada persona humana. Cada persona es preciosa a los ojos del Creador. Cada una tiene una dignidad inviolable. Cada una ha sido dotada por el Creador de ciertos derechos inalienables. El reto es construir un orden social -un *novus ordo seculorum*- digno de los seres humanos concebidos en esta forma.

Una gran contribución de los Estados Unidos a la teoría democrática fue lo siguiente: acentuar el papel de la posibilidad del pecado humano y de crear, a partir de eso, principios institucionales. El principio institucional es la separación del sistema social en tres fuentes de poder y energía humana (política, económica, moral-cultural). Este mismo principio institucional lleva a la separación de poderes políticos (ejecutivo, legislativo, judicial), al principio del federalismo y, en general, a los sistemas de frenos y contrapesos en cada esfera de la vida. La raíz de estos frenos y contrapesos institucionales es el hecho, fácilmente observable, de que cada ser humano a veces peca y que requiere -y se beneficia de ello- ser controlado por otros.

La segunda mayor contribución de los Estados Unidos a la democracia es hacer ver cuán importante es vincular la democracia con una economía libre y creativa. En ninguna parte del mundo la democracia política está sola. Su acompañante indispensable es una libre y creativa economía. La dignidad humana requiere no sólo libertad política, sino también libertad económica. Todo ser humano tiene la capacidad de crear más riqueza que la que él o ella consume; esto, por cierto, es la causa de la riqueza de las naciones. Para ser activada, sin embargo, esta creativi-

¹⁰ Mario Vargas Llosa, "To Nurture Latin Democracy," Harper's, Junio 1987, p. 15.

¹¹. Ibid., p. 17.

dad debe encontrar apoyos institucionales. Los apoyos institucionales de creatividad económica deben ser cuidadosamente estudiados y puestos en operación. Esto incluye propiedad privada universal, acceso al crédito (a través de ahorros populares e instituciones de préstamos, oficinas para préstamos a fincas, uniones de crédito y similares), fácil creación de sociedades, mercados abiertos, educación universal e incentivos para las invenciones y descubrimientos.

La tercera contribución mayor es el enfoque de que la riqueza de las naciones "emana de abajo"; que no se "escurre". La paz social -y el bien común- dependen de la esperanza real de que cada ciudadano puede mejorar su condición material, década a década; de que tenga una oportunidad abierta para tal mejora y acceso total y libre a todas las instituciones requeridas para el crecimiento económico rápido. El orden social debe de estar organizado no solamente para la libertad política sino también para la libertad económica.

Finalmente, la cuarta gran contribución de los Estados Unidos a la teoría democrática es que "la república comercial", la política económica de "capitalismo democrático," se apoya firmemente sobre ciertas virtudes específicas ampliamente apreciadas, adquiridas y perfeccionadas a través de la población. Virtudes que adolezcan de las instituciones para ser aplicadas se ven frustradas. Pero instituciones sin las virtudes necesarias para su uso creativo son conchas vacías. El logro de la dignidad humana a través de un orden social es, entonces, una realización del espíritu humano. Como Charles Peguy solía decir, "La revolución o es moral, o no es revolución del todo."

La construcción de un libre y próspero *novus ordo* es un proyecto realista, no un proyecto utópico. Está arraigado en el principio de la libertad, del reconocimiento de la pecaminosidad humana y de la confianza en las capacidades creativas de cada ciudadano. En un proyecto así realista habrán contratiempos, fracasos y dificultades; pero también

El principio institucional es la separación del sistema social en tres fuentes de poder y energía humana (política, económica, moral-cultural). Este mismo principio institucional lleva a la separación de poderes políticos (ejecutivo, legislativo, judicial), al principio del federalismo y, en general, a los sistemas de frenos y contrapesos en cada esfera de la vida.

puede haber sostenido progreso. En un proyecto tan realista, la disensión abierta, las discusiones civiles, las transacciones plausibles y el respeto a los oponentes democráticos de cada uno serán claramente indispensables. Estas virtudes son necesarias tanto para honrar la dignidad humana como para alcanzar un humilde progreso, paso a paso. El camino es largo. Pero aún el proponerse recorrerlo es haber alcanzado el objetivo. Porque cuando las personas libres cooperan para alcanzar el bien común, ellas están ya practicando lo que esperan perfeccionar. Se están conduciendo de una manera compatible con la libertad humana. Ya están construyendo lo que ellos esperan construir: una sociedad civil inspirada en la ausencia de coerción y en la discusión razonada. Esta es la única meta social digna de criaturas tales como han sido hechas por Dios.

Es por esto que el poder creciente de la idea de que la democracia en este hemisferio es un signo de la providencia Divina -y de la preocupación divina por nosotros. "*Annuit coeptis*: El sonríe de las cosas que han comenzado aquí".



Bruce McColm*

Contribuciones históricas de los Estados Unidos a la democracia



Quiero primero agradecer a Libro Libre y a Xavier Zavala por organizar esta conferencia, especialmente porque *todos* necesitamos que nos recuerden de vez en cuando que la más honda aspiración y deseo del sistema interamericano es un hemisferio democrático. La importancia de la rápida evolución, en los últimos años, de América Latina y de ciertos países de América Central hacia formas democráticas de gobierno no debe ser subestimada. Sin embargo, si los países restantes no logran hacer esta transición a instituciones democráticas, entonces la gran era de democratización será solamente un interludio, una pequeña y brillante alba seguida por la noche oscura de los generales.

Es un placer estar en Costa Rica, este país donde los valores democráticos conforman y definen el carácter de su gente. Como ustedes tienen un presidente que ha escrito sobre Tocqueville y el papel de los grupos de intereses especiales en su sociedad, yo siento que mi tema de hoy no es inapropiado para esta ocasión.

* Sub-Director de Freedom House en New York (prestigiosa organización independiente que monitorea la condición de los derechos humanos en todo el mundo). También es miembro, en representación de los Estados Unidos, de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), de la Organización de Estados Americanos. Graduado de Williams College y de la School of Divinity de Harvard, ha escrito abundantemente sobre asuntos económicos, políticos y de derechos humanos en América Latina y en los países del Caribe.

Durante los últimos diez años he vivido ambulante a través de cuatro continentes, hablando, dando conferencias, investigando abusos en los derechos humanos, controlando procesos de elecciones y escribiendo sobre guerras. Era raro que no encontrara a alguien, aún en los más remotos distritos rurales de Zambia, que no tuviera algún contacto o experiencia con alguna organización o asociación voluntaria americana.

Hace varios años, estuve con el futurista japonés Sakyo Kamatsu en su oficina estilo era del espacio en el centro de Tokyo. El señor Komatsu es el autor de *Japan Sinks* [El Japón se Hunde], una novela de ciencia ficción que vislumbra el día en el que Japón sea tragado por los mares y sus habitantes colonicen el Amazonas. Yo le pregunté lo que pensaba de los Estados Unidos y su papel en el mundo. Para él, la foto de NASA Earthrise, colgada en su pared, la primer fotografía del globo entero, simbolizaba cómo los Estados Unidos, con su creatividad tecnológica, demostraba la idea de la interdependencia de la tierra. La fotografía del Gran Cañón que tenía en la pared, dijo él, simbolizaba la juventud de los Estados Unidos comparada a la edad de la tierra y la antigüedad de su cultura. Y dijo que los Estados Unidos, con sólo 5% de los habitantes de la tierra y 50% de sus inmigran-



tes, se ha convertido en la primera cultura global. "El papel de los Estados Unidos," me dijo entonces, "consistía en generar constantemente ideas, movimientos y soluciones a los problemas, permitiendo al individuo ser libre para crear y ser productivo.

Hoy día, la democracia estadounidense es a veces rechazada en el mundo desarrollado como una forma excepcional de gobernar, que sólo es posible en un país estable y acaudalado, pero no es aplicable en países devastados por desigualdad severa de riqueza, con tiranejos y viviendo en permanente guerra civil. Me atrevo a sugerir que algunas personas mantienen el mismo punto de vista respecto a Costa Rica.

Como la primer nación-estado totalmente inventada y creada con la aplicación del pensamiento

-después de todo el nombre Estados Unidos de América es una invención- ellos existen, ya sea como una superpotencia o sin relación al mundo. Yo argumentaría que su éxito y sus fracasos son *producto de una cultura cívica* cuyas raíces estuvieron presentes desde antes de su creación, pero fueron activadas con su fundación, en Filadelfia, hace doscientos años. [Es ese medio ambiente político de hace 200 años el que hace algunos de los principios e instituciones de la democracia norteamericana universalmente aplicables -posición no diferente a los países de hoy]. En ese momento los Estados Unidos tuvieron su independencia físicamente garantizada por Francia. España existía como su obstáculo principal para crecer y expandirse y tal vez aún para continuar su existencia. Para el invierno 1786-7, una guerra fronteriza a gran escala estaba llena de agentes españoles agitando las poderosas tribus indias del suroeste -los Creeks y Cherokees-. El territorio noroeste permaneció en manos inglesas y el comercio lucrativo de pieles y maderas fue a Londres a través de Montreal, comprometiendo la estabilidad financiera americana.

El fin de la guerra de la independencia trajo una crisis económica y una onerosa deuda, incluyendo una gran deuda con Francia. El Congreso no podía mantener los gastos de gobierno. El crédito público fue agotado. El agricultor estadounidense vio acumular su cosecha sin mercado. Ese otoño de 1786, Daniel Shays, un ex-oficial continental, veterano de Lexington, Bunker Hill y Saratoga, se rebeló en Massachusetts y estuvo muy cerca de tener éxito contra un gobierno republicano debidamente constituido.

La situación provocó la reacción siguiente de George Washington:

"Qué triunfo constituye para los que abogan por el despotismo el encontrar que somos incapaces de gobernarnos a nosotros mismos y que los sistemas fundados en la libertad generalizada son simplemente idealistas e ilusorios. Deben, por Dios, tomarse sabias medidas a tiempo a fin de evitar las consecuencias que hemos podido comprender".

Esas medidas sabias resultaron ser la adopción de la Constitución americana. *En vista de la actual predilección americana* a anunciar todos los detalles y acontecimientos del gobierno, vale la pena mencionar que la historia completa de la Constitución americana fue guardada en secreto por más de cincuenta años. A pesar de presiones para que publicara sus notas, James Madison prometió no hacerlo hasta la muerte del último delegado que participó en la redacción.

El sistema de gobierno federal y los principios guías de la Constitución son todavía notables hoy, o especialmente hoy, en vista de las tiranías horribles creadas por el hombre en el siglo 20. La energía incansable y la innovación asociada con el carácter estadounidense se pueden encontrar también en la Constitución. Ella acabó con casi 180 años de experimentar con gobiernos locales y alianzas confederadas de los estados.

Nadie supuso en ese entonces, o aún ahora después de una Guerra Civil y 26 enmiendas, que la Constitución era un documento perfecto. Sin embargo, el marco permanente que para el gobierno de la nación americana la Constitución estableció constituye la mayor contribución de los Estados Unidos a la democracia.

La democracia americana representa un marco de gobierno fundamentado en lo que, como el señor Novak dijo, es una filosofía realista de la naturaleza humana, una que es formada por los impulsos religiosos de nuestro país. En ese entonces, se pensó que sería un documento nacionalista que creaba un gobierno central, el que tendría la potestad de hacer leyes y que dispondría de los medios para hacerlas cumplir. La nación-estado era una cosa poco común en ese momento de la historia y posiblemente sólo se había alcanzado en Inglaterra.

Más importante para la charla de hoy, fue la obsesión de los redactores, tal como las encontramos en los *Federalist Papers* y varias cartas de figuras como Thomas Jefferson y George Washington, con el abuso de poder del gobierno y los impulsos peligrosos del pueblo. Tan familiarizados están los estadounidenses con la noción de los frenos y contrapesos y con el sistema federal de gobierno, que estamos inclinados a pasar por alto su belleza y lo bien que la Constitución capturó las aspiraciones de los estadounidenses: las aspiraciones por el orden, por un lado y por la libertad por otro; por un gobierno enérgico pero bajo control.

James Madison, cuya elocuente cita en los *Federalist Papers* número 51 Novak usó, fervientemente creía en un gobierno basado en el consentimiento de la gente *siempre y cuando* limitara el involucramiento directo de la gente. Esto vino de su experiencia personal de ser elegido a un puesto por suministrar a los votantes un licor llamado 'bumbo-rum'. En 1777, él rehusó suministrar 'bumbo' y perdió la elección contra un cantinero.

La desconfianza respecto al poder y a la gente, llevó a John Adams a comentar que el ejercicio del poder nunca debe estar libre de cuestionamiento, debate, exposición y posiblemente derrota. Por supuesto que era muy posible que cualquier ejercicio del poder llevaría al mal. Como consecuencia el freno se acumulaba sobre el contrapeso y éste sobre aquél hasta que llegasen a lo que el historiador estadounidense Richard Hofstadter llamó "un sistema armónico de frustración mutua".

Quizá el más impresionante y original sistema de frenos y contrapesos se encuentra en el establecimiento del sistema judicial, y en la doctrina institucional conocida como "supremacía judicial" que, en otras palabras, se resume en la máxima que la Constitución es lo que la Corte Suprema dice que aquélla es. El concepto de revisión judicial -esto es, el papel de las cortes en decidir si una ley dada o una acción es legal o constitucional- no se reconoció en ese tiempo. En ese entonces los Comentarios Blackstone, un panegírico en derecho consuetudinario, fue bastante popular y la ley de la costumbre fue, esencialmente, determinada por el juez. En el año 1803 en el caso *Maybury contra Madison*, estos principios de revisión judicial fueron finalmente establecidos en los Estados Unidos. Esto permitió que los Estados Unidos se constituyeran en un imperio de la ley, a la vez que permitieron operarse cierta flexibilidad en el sistema.

Quizá el más impresionante y original sistema de frenos y contrapesos se encuentra en el establecimiento del sistema judicial, y en la doctrina institucional conocida como "supremacía judicial" que, en otras palabras, se resume en la máxima que la Constitución es lo que la Corte Suprema dice que aquélla es.

La ratificación de la Constitución provocó grandes protestas que acentuaron la necesidad de emitir una Declaración de los Derechos Individuales. Se consideró que la búsqueda de la felicidad es un principio efectivo sólo si el individuo dispone de medios para defender sus intereses, sea por medio de la prensa, las iglesias y las cortes, así como por medio del proceso político.

La ley y la libertad fueron los principios guías básicos del debate constitucional. Casi cincuenta años después el filósofo francés Alexis de Tocqueville en su obra *Democracy in America* [La Democracia en los Estados Unidos] brindó el análisis más comprensivo y penetrante de la relación entre el carácter del estadounidense y la sociedad democrática en los Estados Unidos. De Tocqueville argumentó que las leyes contribuían más que la geografía al mantenimiento de una república democrática y que los hábitos o costumbres del corazón contribuían más que las leyes. Estos hábitos del corazón, definió, consistían en nociones, opiniones e ideas que "modelan los hábitos mentales" y la "suma de las disposiciones morales e intelectuales de los hombres en sociedad".

Esos hábitos del corazón fueron ubicados por De Tocqueville en nuestras tradiciones bíblicas y religiosas y en la naturaleza republicana. La red de relaciones que un ciudadano estadounidense tiene con su familia, con su religión, con organizaciones voluntarias y con la política local crea una persona que puede mantenerse vinculada con una comunidad política más amplia y, así, servir de apoyo a las instituciones libres y democráticas. Libertad -personal y democrática- es el valor más resonante del estadounidense. Sirve de definición del bien al ciudadano, tanto en su vida privada como en su vida política. Sin embargo, este concepto de libertad tiene un contenido ético del que De Tocqueville habló; libertad "solamente para aquello que es bueno, justo y honesto", como John Winthrop de la Colonia de Massachusetts Bay había indicado.

Un miembro del Freedom House Board, Burns Roper, condujo una encuesta Roper para el Cable News Network y el US News and World Report el pasado mes de junio y preguntó al pueblo estadounidense la razón de la grandeza de los Estados Unidos:

88 por ciento dijo "nuestra libertad" y 72% contestó "nuestro sistema de libre empresa." Lo que es importante observar es que, para comenzar, el país reconoce que disfruta de libertad y, luego, que aprecia su importancia. Es interesante destacar que, al ser preguntados sobre cuál símbolo patrio mejor representa a los Estados Unidos, un 57% dijo que era la Estatua de la Libertad; 14% dijo que era la Bandera y en tercer lugar dijeron que era la "Campana de la Libertad".

Comentaristas en los Estados Unidos y en el extranjero critican la cultura estadounidense, a la que califican de ser materialista y muy individualista. Sin embargo, a la vez que hay una tendencia manifiesta a favor de la libertad individual, más del 95 por ciento del pueblo estadounidense cree en Dios; desde los años cincuenta, el 60 por ciento declara ser miembro de alguna iglesia y un 40 por ciento asiste a servicios religiosos. Comparativamente, los Estados Unidos es una de las sociedades más religiosas en la tierra. Además, el estadounidense típico dona \$500 o más por año a las obras de bien social.

Pero lo más importante, De Tocqueville vio que la igualdad política puede ser efectiva solamente en una república donde sus ciudadanos verdaderamente tienen participación. En la sociedad estadounidense la variedad de organizaciones cívicas activas constituyen la clave de su democracia. Asociaciones, junto con administración local descentralizada, median entre el individuo y el gobierno central, suministrando foros en donde las opiniones puedan ser pública e inteligentemente formadas y en los que se adquieren y pasan a otros los hábitos sutiles de iniciativa y responsabilidad públicas. La vida de las asociaciones es el mejor baluarte contra la condición a la que De Tocqueville más temía, concretamente que "la sociedad masiva de individuos con antagonismos mutuos constituye una fácil presa para el despotismo."

Estas estructuras intermedias sirven de control, presionan y frenan las tendencias del gobierno centralizado para asumir mayor control administrativo. Esta *cultura cívica* de iniciativa individual es alimentada por costumbres y vínculos personales. El concepto de ciudadanía en los Estados Unidos virtualmente implica "involucrarse" con nuestros vecinos por el bien de la comunidad. Esto no es considerado del todo como política. A través de nuestra historia, ha habido una concurrencia de movimientos sociales, que crecieron de iniciativas locales, los que insisten en un nuevo nivel de moralidad pública.

Debe recordarse que en Filadelfia en ese verano hace 200 años tenía lugar también la Convención de la Sociedad para la Abolición de la Esclavitud, presidida por Benjamín Franklin. Durante la convención Constitucional, ellos discutieron que la práctica de la esclavitud hacía burla a la proclamación de los Estados Unidos de la igualdad del hombre. Estos grandes eventos sociales de los Abolicionistas, a través del movimiento de Derechos Civiles, apeló a nuestro sentido nacional de justicia y de bien común. Pero estos movimientos pierden su lado moral cuando degeneran para representar grupos de interés.

Una ciudadanía vigorosa depende de la existencia de grupos e instituciones bien establecidos, incluyendo todo lo que va desde las familias hasta los partidos políticos. Madison manifestó encontrar el bien público en los "intereses permanentes y agregados de la comunidad." Es notorio que, a partir del análisis que De Tocqueville realizó de los Estados Unidos, estudios recientes muestran un patrón consistente y persistente donde los estadounidenses son miembros, más activos que los habitantes de otras naciones industrializadas, de "organizaciones dedicadas a solventar problemas de la comunidad". Sin embargo, el estadounidense típico tiene relativamente baja participación en partidos políticos, clubes y organizaciones. Las encuestas han demostrado consistentemente una identificación cada vez menor con partidos políticos y una firme respuesta negativa a grupos de especial interés.

Las democracias modernas, que no han hecho la introspección que es evidente en los escritos de nuestros patricios, en lo que tiene que ver con la naturaleza del poder político y de gobierno, enfrentan un futuro que De Tocqueville calificó "despotismo administrativo". Crítico de los principios de industrialización en los Estados Unidos, De Tocqueville previno que el despotismo democrático era una forma de "esclavitud, ordenada, caballerosa y pacífica que... podría ser combinada más fácilmente que lo generalmente se supone, con algunas de las formas de libertad y... hay una posibilidad de que se establezca aún bajo la sombra de la soberanía de la gente." Tal gobierno "no se opone a la voluntad del hombre, pero la suaviza, dobla y guía; raramente une, pero generalmente inhibe acciones; no destruye nada, pero evita que mucho surja; no es del todo tirano pero dificulta, resta, enerva, sofoca y anula". El escribió, "Yo no espero que sus líderes sean tiranos, más bien maestros."

En esta era de la revolución de la informática y del surgimiento de élites gerenciales y científicas, las visiones de Saint-Simon y Comte de una sociedad armónica, humana y eficiente, dirigida por una élite social científica, queda como una posibilidad. Ciertamente visiones de tal mundo bailan alrededor de las cabezas de banqueros internacionales y burócratas en el Banco Mundial y el FMI y concepciones más oscuras del Hombre Nuevo atraen a revolucionarios y totalitarios del mundo entero. Vale la pena recordar la precaución de John Adams de que "El poder es muy tentador para el hombre que se está cayendo."

En conclusión, la democracia o el experimento estadounidense, no debe ser concebido como un modelo, sino más bien un repositorio de miles de experimentos en auto-gobierno. La sociedad estadounidense de hoy, a través de la iniciativa privada ha producido modelos para la agricultura cooperativa, como en el caso de la Sunkist; cuidado comunal para el minusválido, como en Bethesda, Maryland; iniciativas locales para la reducción de los impuestos, como la Proposición 13 de California y una proliferación en arreglos políticos a lo largo del país. Estos experimentos son los frutos de la creatividad cívica desencadenada a través de la profundización de la libertad y la aceptación del imperio de la ley.



James Finn*

Inconsistencias de la política exterior de los Estados Unidos



Quando le conté a un amigo que iba a disertar sobre las pasadas inconsistencias de la política exterior norteamericana con la democracia y sobre lo que pueden hacer los Estados Unidos por la democracia en el futuro; él me preguntó ¿eres pesimista u optimista? Aturdido por la pregunta, respondí, “¿por qué me lo preguntas?”. El dijo, “porque dependiendo de la actitud que adoptes, eso determinará si enfatizarás el pasado o el futuro. De todas maneras tu decidirás”.

Antes de empezar pongámonos de acuerdo. Con respecto a la democracia, la pasada política exterior de los Estados Unidos está marcada por profundas inconsistencias. Cualquiera que perciba una pauta particular y clara en esas políticas -ya sea altamente atractiva o altamente repulsiva- está observando muy selectivamente, sólo mirando hacia un lado del panorama. El cuadro completo revela éxitos y fracasos, puntos altos y bajos, interés propio y egoísmo marcado, complicación intensa y atención incierta. Esta pauta de comportamiento era casi inevitable. El indagar porqué esto era así en el pasado, nos dará algunas pistas de lo que podemos esperar en un futuro abierto, indeterminado.

* Actualmente es Director Editorial de Freedom House y Director de la revista *Freedom at Issue*. Ha sido Director de la revista *Commonwelt*, semanario de opinión de laicos católicos y de la revista *Worldview*, sobre asuntos religiosos e internacionales. Ha publicado libros sobre temas sociales, políticos y religiosos, entre los que se pueden señalar: *Protest, Catechism and Politics* y *Global Economics and Religion*. Ha sido también profesor de Ciencia Política y de Literatura Inglesa en las universidades de Chicago y de New York. El señor Finn no pudo asistir al Seminario, pero nos envió su ponencia.

Las políticas exteriores de los Estados Unidos han sido marcadas por inconsistencias debido a razones evidentes. Un conjunto de esas razones son compartidas con otros países. Esas políticas son formuladas y ejecutadas por hombres y mujeres falibles, con todas las fortalezas y debilidades que tenemos en común los seres humanos. El otro conjunto de razones es más de carácter específico y se encuentra condicionado por una serie de circunstancias históricas que han afectado particularmente a los Estados Unidos.

Puedo describir brevemente este segundo conjunto de razones respondiendo a una pregunta muy familiar. ¿Por qué Estados Unidos no practica lo que predica? Bueno, ¿qué predicamos? Yo sostengo que las frases más profundas y elegantes de lo que predicamos, se encuentran escritas en nuestra Declaración de Independencia y en nuestra Constitución. Estos documentos nos dicen lo que debemos practicar (a menudo en un sentido negativo) y cuales principios deberían guiarnos. Ellos sostienen la proposición de que tenemos derechos inalienables, que los gobiernos están instituidos para asegurar estos derechos, y que el gobierno obtiene su poder de nuestro consentimiento.

Entre todos los debates e intensas discusiones que trajeron esta proposición y estas enseñanzas a la realidad, había una creencia general, un sentimiento profundo, de que el pueblo de los Estados Unidos estaba trayendo algo nuevo al mundo. Muchos y diferentes tributarios filosóficos nutrieron a esta expresión de democracia, y bajo circunstancias par-

ticulares que le permitían prosperar. Ellos creyeron -sin duda, algunas veces con un exceso de confianza- que habían sido particularmente benditos por la Providencia. Esa confianza seguramente ayudó a los ciudadanos de este nuevo país a ver el mundo en una forma nueva, a ver nuevas relaciones entre ellos y el gobierno, entre ellos mismos y sus compañeros ciudadanos.

Valorando estas nuevas instituciones, estos principios democráticos tan alto como ellos lo hicieron, se vieron obligados a considerar la forma como esos principios afectaban nuestras relaciones con otros países. ¿Era este nuevo experimento en la ciencia del gobierno solamente nuestro? ¿eran estas bendiciones, estos bienes, para consumo casero solamente? En respuesta a estas preguntas, las diferencias de criterio eran profundas.

Con ruda precisión uno puede decir que desde sus primeros días los Estados Unidos han estado operando con dos conjuntos de principios, dos tradiciones que jalan en direcciones opuestas. (Una crítica dura puede describir esto como una tradición particular, esquizofrénica, pero yo pasaré por alto esa posibilidad). Una tradición se basa en el propio interés de los Estados Unidos, entendido como una restricción, una limitación, una precaución. Ella nos pone en guardia del peligro de pensar que podemos entender mejor que otros países lo que a ellos mismos les conviene. Es mejor que nos abstengamos de enseñar a otros países moralidad. Desde George Washington hasta un profesional diplomático contemporáneo, hemos tenido estadistas que nos dicen que hacemos mejor por nosotros y por los demás, si atendemos prudentemente nuestros propios intereses estrechamente concebidos. Haremos mejor, insisten, si por ejemplo enseñamos, en vez de intentar agresivamente extender nuestros valores, nuestros principios a otros países. Para ser específicos, George Washington acertó al afirmar que "no se debe confiar en una nación más allá de los límites de sus propios intereses." Y George Kennan ha moldeado el mismo sentimiento en el idioma contemporáneo: "Aquellos norteamericanos que profesan conocer con tanta certeza lo que otros pueblos quieren y lo que es bueno para ellos, en materia de instituciones políticas, harían bien en preguntarse a sí mismos, si en realidad, no están intentando imponer sus propios valores, tradiciones y hábitos de pensamiento a esos pueblos para quienes estas cosas no tienen validez ni utilidad."

Esa es una tradición, fuerte y persistente en la historia de los Estados Unidos. La otra es completamente diferente. Afirma la universalidad de aquellos derechos enumerados en nuestros principales documentos históricos y en la misión de los Estados Unidos de extenderlos más allá de sus fronteras, algunas veces bajo el riesgo e incluso con el costo de la guerra. Cuando el Presidente Washington, fiel a sus principios declarados, se rehusó a intervenir en la Revolución Francesa, los ciudadanos enfurecidos desfilaron por la ciudad tratando de echar abajo el nuevo gobierno si no declaraba la guerra a los

Con ruda precisión uno puede decir que desde sus primeros días los Estados Unidos han estado operando con dos conjuntos de principios, dos tradiciones que jalan en direcciones opuestas. Una tradición se basa en el propio interés de los Estados Unidos, entendido como una restricción, una limitación, una precaución. Ella nos pone en guardia del peligro de pensar que podemos entender mejor que otros países lo que a ellos mismos les conviene. La otra es completamente diferente. Afirma la universalidad de aquellos derechos enumerados en nuestros principales documentos históricos y en la misión de los Estados Unidos de extenderlos más allá de sus fronteras, algunas veces bajo el riesgo e incluso con el costo de la guerra.

ingleses y no se declaraba a favor de los franceses. (Providencialmente o no, este levantamiento fue detenido no por medios políticos ni militares sino por una epidemia de fiebre amarilla que se extendió por la ciudad).

Un presidente moderno expresó esta tradición con sencillez cuando dijo: "América estará en la plena luz del día cuando todos sepan que colocó los derechos humanos sobre los otros derechos, y que su bandera no solo es la de Estados Unidos sino la bandera de la humanidad".

Ahora, usted habrá notado que estas dos reacciones tan diferentes pueden ser divididas entre aquellas que sostienen los principios universales, deberían ser extendidos a los demás, y aquellas que sostienen que los intereses, (los cuales son de carácter particular), limitan el compromiso al encontrarse con los problemas de otros países.

La división que establecen estas dos tradiciones en nuestros debates nacionales, en nuestra psiquis nacional, ha sido notada a menudo. Ha sido notada con menos frecuencia y casi sin excepción, por aquellos primeros oradores que abogaban por el compromiso y por la intervención, careciendo tanto del poder político para implementar sus puntos de vista como de las responsabilidades que acompañan dichas decisiones políticas. Generalmente, ellos deseaban proclamar altos fines sin intentar obtener los medios para lograrlos. Esta situación cambió, sin embargo, con la entrada de los Estados Unidos en las dos guerras mundiales y con su surgimiento como superpoder al final de la Segunda Guerra Mundial. Después de esa época, Estados Unidos ya no pudo darse el lujo de retirarse de los asuntos internacionales. La única pregunta que quedó por responder fue, qué forma tomaría su compromiso en los asuntos internacionales.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos entró en la arena mundial con un gran sentido de confianza y energía -y hasta entusiasmo. Con el objeto de apoyar a los países aliados, democráticos y frustrar la expansión comunista, se comprometió en diversas acciones tales como el Plan Marshall, la política de la contención, el puente aéreo a Berlín y la cuarentena de los misiles en Cuba. Sin embargo, en

Esta situación cambió, sin embargo, con la entrada de los Estados Unidos en las dos guerras mundiales y con su surgimiento como superpoder al final de la Segunda Guerra Mundial. Después de esa época, Estados Unidos ya no pudo darse el lujo de retirarse de los asuntos internacionales. La única pregunta que quedó por responder fue, qué forma tomaría su compromiso en los asuntos internacionales.

los Estados Unidos como en otros países, los eventos sucedidos a finales de los años sesentas destruyeron rudamente la confianza fundamental en que descansa el apoyo para dichas medidas. El toque de aislamiento y retirada se escuchó nuevamente. ¿Cómo podríamos exportar valores largamente sostenidos cuando ellos son cuestionados en nuestra propia casa? Ahora, un poco castamente, los Estados Unidos ha recuperado algo de su pasada y merecida confianza. Conscientes de esta historia pasada, podemos ver hacia el futuro y responder con mayor precisión a nuestra pregunta inicial: ¿Qué pueden hacer los Estados Unidos por la democracia en el futuro?

Existen tres enfoques principales conforme a los que un país tan poderoso como los Estados Unidos podría abordar el asunto de la democracia.

El primero consiste principalmente en medidas negativas. En guardia permanente del peligro de una guerra mundial en la era nuclear, los Estados Unidos pueden, por medios que van desde las palabras hasta las armas, oponerse al expansionismo agresor del totalitarismo. Puede, constante y persistentemente, llamar la atención pública sobre la vergonzosa violación de derechos humanos en los regímenes de cualquier naturaleza política. Puede, de esta manera, ampliar las áreas en las cuales las esperanzas, las aspiraciones, la semilla plantada, el delicado capullo de la democracia pueda florecer. A

largo plazo, los Estados Unidos puede trabajar para oponerse a las presiones proyectadas por los regímenes totalitarios y presionar para que se produzca su desgaste gradual.

Segundo, los Estados Unidos, usando sus recursos políticos, económicos, militares y sociales, pueden ayudar a los países que ahora son democráticos. Usando los mismos recursos citados, puede ofrecer apoyo a los gobiernos y movimientos que se han fijado una forma de democracia como una meta cercana o aun distante.

Estos dos enfoques, tan fáciles de establecer, demandan habilidad y criterio político de un alto orden para poder tener éxito, es decir, para saber si van al alcanzar los objetivos deseados más bien que a degenerar en situaciones imprevistas y en consecuencias peligrosas. No quisiera dar la impresión de que pretendo minimizar la importancia o los desafíos que ella presenta, al momento de referirme y enfatizar el tercer enfoque para promover la democracia. En este enfoque, las dos tradiciones norteamericanas que han actuado en el pasado en diferentes direcciones confluyen en una sola. Este enfoque, como los otros dos, reconoce cuan frágil es la democracia en el mundo actualmente, cuan seriamente se encuentra amenazada por fuerzas hostiles, y cuan difícil es hacerla florecer en donde solamente cuenta con raíces poco profundas. Pero aquellas personas que sostienen este tercer enfoque, como yo lo hago, también creen en la persistencia de la democracia, en esa gran fuerza que sustenta y que emana de aquellos pueblos en ejercicio de la libertad. Yo creo que hoy, la democracia es más fuerte que la barbarie a que se opone. El mayor reto de nuestros días, no lo plantea la fuerza militar o económica de aquellos que socavarían las democracias. Ampliamente hablando, no son las fuerzas materiales las que en la historia gobiernan al espíritu, es todo lo contrario. Nuestro mayor reto hoy, es la amenaza de la confusión espiritual dentro de las democracias existentes. Yo creo que aquellos que comparten los más profundos valores de la democracia en occidente reconocen esto, al menos en principio. El desafío es de carácter general y por lo tanto la respuesta debe de surgir de todos lados.

Para los Estados Unidos, al efecto de concentrarnos en un solo país, el reto se plantea a las dos tradiciones que he descrito. Para aquellos que insisten, por ejemplo, en que nosotros debemos influir en

aqueellos países más allá de nuestras fronteras, hay abundante trabajo que hacer empezando por definir como debemos primero mejorarnos nosotros mismos y nuestras propias instituciones y con ello, el ejemplo que presentamos a las otras naciones. Para aquellos que están de acuerdo en que debemos intentar compartir los valores y principios democráticos que regularmente proclamamos, se plantea el problema -mucho mayor que cualquier intento previo que se haya realizado para enfrentarlo de como debemos asumir esta aventura. Para bien del proyecto, este tiene que ser un proyecto compartido, emprendido con carácter de reciprocidad con países y pueblos cuyas costumbres, usos e instituciones son diferentes de las nuestras, pero cuyo deseo de respirar libremente no excede el nuestro. El proyecto sugerido por esta tercera aproximación -y todo lo que es posible hacer en este momento es sugerirlo- sobrepasa los límites de cualquier partido o movimiento político. Podemos empezar diciendo

Para aquellos que están de acuerdo en que debemos intentar compartir los valores y principios democráticos que regularmente proclamamos, se plantea el problema -mucho mayor que cualquier intento previo que se haya realizado para enfrentarlo de como debemos asumir esta aventura. Para bien del proyecto, este tiene que ser un proyecto compartido, emprendido con carácter de reciprocidad con países y pueblos cuyas costumbres, usos e instituciones son diferentes de las nuestras, pero cuyo deseo de respirar libremente no excede el nuestro.

que debe girar alrededor de la proposición que sostiene que las personas poseen derechos inalienables, que los gobiernos han sido instituidos para asegurar esos derechos, y que dichos gobiernos derivan su legitimidad del consentimiento de los gobernados. Entonces nuestra larga conversación, podrá detenerse a considerar la definición de esos derechos. ¿Sobre qué autoridad descansan? ¿Cómo se expresan en diferentes sociedades? ¿Es humanamente posible transmitir lo mejor de una cultura sin transmitir al mismo tiempo sus atributos menos deseables?

Nosotros, por supuesto, no empezaremos esta conversación desde el principio. Nosotros tenemos experiencia histórica en la que debemos inspirarnos y tenemos filosofías y textos que han sido probados

por el fuego político. Ellos nos ayudarán a clarificar los objetivos que podemos modestamente alcanzar y los medios políticos que podemos emplear para lograrlos. Para que la vida política sea una encarnación, los valores de esta proposición, o los valores en que lleguemos a acordar, deben de dárseles vida en formas políticas particulares, y esta será la carga y la gloria de cada una de las democracias existentes y nacientes, el determinar aquellas formas por ella misma. En este extenso proyecto, los Estados Unidos puede demostrar ser un participante dispuesto. En un corto ensayo, ya repleto de citas, vacilo en agregar otra más. Pero hay un aspecto de la vida americana que es completamente consistente con este enfoque expuesto y que ya fue bellamente expresado por Octavio Paz: "América es más un futuro por realizarse que una tradición que deba ser mantenida". El enfoque que he sugerido se aplicaría a esa concepción no solo a los Estados Unidos sino a todos los países que han abrazado los valores de la democracia.



Luis E. Aguilar*

La política de E. U. hacia América Latina:

inconsistencias y perspectivas

Sería seguramente fácil, posiblemente popular, y probablemente inútil, llegar a esta reunión a entonar una letanía enumerando los fallos y errores de la política de los Estados Unidos hacia la América Latina. Todos conocemos las quiebras de Washington. Y si acaso nos flaquea la memoria, siempre hay unas fuentes cercanas prestas a repetirnos todas las maldades, o las estupideces, del imperialismo norteamericano.

¿Acaso ahora mismo no hay pasmo o crítica en algunos sectores democráticos latinoamericanos ante la contradicción de ver a la armada norteamericana desplegarse en el lejano Golfo Pérsico, mientras Washington discute cada dólar que ha de utilizarse acá cerca, en el fronterizo mar Caribe?. ¿No hay airados índices acusando al Fondo Monetario y a otras instituciones de crédito internacional por estar

* Graduado en Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad de La Habana. Ph.D. por la American University, Washington D.C. Ha sido profesor en las universidades de Oriente, en Cuba; y en las universidades de Cornell y Columbia. Actualmente es profesor de Historia de la América Latina en la Universidad de Georgetown y es consultor del National Endowment for Democracy. Ha publicado varios libros, entre otros: "Cuba, conciencia y revolución", "Marxismo en América Latina" y "1933, Prólogo a la Revolución".

ahogando económicamente a las democracias latinoamericanas?.

La crítica es muy conocida. Y tiene bases ciertas. Y cuando no las tiene se le añaden. Lo cual obliga a destacar, puesto que toca hablar de la democracia y de la política norteamericana, que en la América Latina la democracia tiene muchos enemigos y los Estados Unidos muy pocos amigos. Es decir, amigos que no tengan a menos proclamarse como tales. Amigos que no se sientan obligados a disparar unas cuantas invectivas contra el "imperialismo" antes de reconocer algo positivo que Washington haya realizado.

Esta tendencia a la crítica perpetua, esta inclinación a culpar a Washington por todos nuestros males, ha producido, entre otras muchas cosas, bien conocidas paradojas. Basta señalar una. De ser cierto lo que afirman muchos exiliados cubanos, fueron los Estados Unidos los principales responsables de la llegada al poder de Fidel Castro. Por otro lado, al decir de muchos chilenos, esos mismos Estados Unidos pusieron en el poder al general Pinochet. Y a mí se me ocurre pensar que si los Estados Unidos son capaces, o son tan incapaces, como para "imponer" en el continente a un dictador marxista y a un dictador anti-marxista, algo debe andar radicalmente mal en Washington, en la América Latina, o en la perspectiva que tenemos de ambos.

De ahí que a mí parezca más útil indagar brevemente por algunas de las causas de tan insólita situación, que el repetir una vez más sus conocidos aspectos negativos. Tal vez así demos un paso, por muy modesto que sea, para superar lo que Julián Marías ha calificado como uno de los grandes desastres de nuestra época, el mutuo desconocimiento que existe entre los Estados Unidos y la América Latina.



Digamos de paso, y es una pena no tener más tiempo para explorar esta cuestión, que al definir la situación como "mutuo desconocimiento", el profesor español no mide a cabalidad la profundidad del problema. Porque no es que la América Latina y los Estados Unidos se ignoren recíprocamente. La ignorancia implica un vacío de conocimiento, una zona yerma que puede ser cultivada con datos e informaciones. Lo que se ignora puede llegar a conocerse. Pero, en este caso, la barrera es más contundente que una simple ignorancia. Lo que separa a ambas culturas, la norteamericana y la latina, es algo peor que la falta de conocimiento, es el conocimiento falso, las distorsiones y los prejuicios. Y esos son obstáculos mucho más difíciles de superar que la ignorancia.

Al examinar, por tanto, las "inconsistencias" de la política norteamericana hacia la América Latina, preciso es tener en cuenta ese cristal empañado a través del cual se juzgan y prejuzgan las acciones de ambos. Es decir, hay una diferencia entre lo que ocurre en los Estados Unidos y en la América Latina, y como tales ocurrencias se interpretan y juzgan a ambos lados de la barrera.

Todo lo cual no implica, desde luego, que, como apunté anteriormente, la política de los Estados Unidos no ofrezca rasgos válidos al análisis y la exasperación. Pero, frente a los cambios de rumbos o los rumbos torcidos de Washington en la América Latina, cabe iniciar el análisis con una pregunta. ¿Es la inconsistencia un mal endémico de toda la orientación exterior de los Estados Unidos?. Me atrevería a sugerir que no. No es fácil notar, por ejemplo, inconsistencia alguna de la actitud de Washington hacia Israel o hacia el Japón.

De donde parece deducirse que la "inconsistencia" de la política exterior de los Estados Unidos hacia la América Latina no es reflejo de una conducta típica, sino que resulta de percepciones diferentes, y tal vez corregibles, que dominan en Washington y que nosotros consideramos incorrectas. Entender esas perspectivas es más productivo que fulminar todos sus aspectos.

sotros consideramos incorrectas. Entender esas perspectivas es más productivo que fulminar todos sus aspectos.

La primera noción que podemos extraer de la diferencia entre la firmeza de Washington hacia otras regiones y sus "inconsistencias" hacia la América Latina, es que la América Latina no ocupa una prioridad en el "weltanschauung", o visión del universo de Washington.

A mi juicio, la primera noción que podemos extraer de la diferencia entre la firmeza de Washington hacia otras regiones y sus "inconsistencias" hacia la América Latina, es que la América Latina no ocupa una prioridad en el "weltaukschaung", o visión del universo de Washington.

En los Estados Unidos prima todavía una visión horizontal de prioridades, una concentración en el hemisferio norte del globo. El llamado conflicto Norte-Sur expresa la realidad de una dicotomía político-económico-social. Y desde esa perspectiva, lo que ocurre en los centros considerados vitales por Washington, o en su caso Moscú, requiere permanente y soberana atención. Lo que acaece en otras regiones del mundo, aún en la América Latina, demanda una atención fugaz y adecuada a la duración de la crisis que haya convocado la atención de Washington. He aquí una de las raíces de la "inconsistencia".

La segunda razón de la inconsistencia, tiene que ver con la imagen de la América Latina en los Estados Unidos. La realidad es, y aquí hemos venido a plantear realidades, que la imagen que del continente sur se tiene en el norte, quiero decir, la imagen que tienen grandes sectores del pueblo norteamericano de la América Latina, es la de un continente turbulento, empobrecido, en perpetua demanda de ayuda económica. Si ese perfil es correcto o no, es materia para otro examen. Por ahora exploremos un poco más tal aspecto.

La imagen más o menos distorsionada a la que me refiero, reina, salvando, claro está, las minorías informadas, en las universidades, la zona política y los medios de comunicación. Este último factor, la prensa, tiene alta importancia en un país donde la opinión pública se expresa, o cree expresarse, a través de los periódicos y la televisión, y donde esa expresión pesa gravemente sobre los que deciden los rumbos políticos.

Aquí, una vez más, topamos con un tema fascinante al cual hemos de hurtarle más detenido análisis: el alarmante impacto sobre las sociedades modernas de eso que yo llamo "píldoras de conocimiento instantáneo" que son los noticieros de televisión. Nefasto o no, y ya Ortega y Gasset hace

Para los noticieros de televisión norteamericanos, la América Latina está poblada por sólo tres tipos de habitantes: masas pobres, dictadores, y revolucionarios. De ahí la instantánea reacción favorable hacia todo "revolucionario", y las vacilaciones en como tratar a demócratas o revolucionarios moderados.

cinco décadas llamaba la atención sobre el riesgo que implicaba depender de tales medios informativos, la influencia de tales programas es bien visible.

Ahora bien, si quisiera exagerar la nota, diría que para los noticieros de televisión norteamericanos, la América Latina está poblada por sólo tres tipos de habitantes: masas pobres, dictadores, y revolucionarios. De ahí la instantánea reacción favorable hacia todo "revolucionario", y las vacilaciones en como tratar a demócratas o revolucionarios moderados. De ahí que, a menudo, el gobierno quiere seguir una política, y se le atraviesa en el camino un coro que aplaude o condena tal política sin tener conciencia cierta de lo que está aplaudiendo o condenando. El actual debate en Washington sobre los llamados "contras", responde más a fines de política interior y de propaganda personal, que a un estudio serio sobre la situación en Nicaragua.

Tales polémicas suelen producir una política vacilante que pretende simultáneamente alcanzar objetivos pragmáticos y calmar las inquietudes populares expresadas y alentadas por los medios publicitarios.

De esa forma, Washington puede ser considerado como un antro monolítico donde todo se analiza y planea, sino como un permanente campo de batalla donde luchan los más encontrados intereses, el Pentágono, el Departamento de Estado, el Congreso, los "lobistas" y la prensa que todo lo escudriña y denuncia.

Tal complejidad en los factores que determinan la política exterior hacia la América Latina, y su consecuente inconsistencia en las acciones, algo recuerda lo que Montesquieu expresó sobre Cartago. En Cartago, señalaba el filósofo francés, había un fuerte partido que quería la guerra y un fuerte partido que quería la paz. El resultado de la perenne lucha entre ambos bandos era que ni se vivía en paz sosegada ni se hacía la guerra eficientemente.

Finalmente, conviene apuntar una de las características actuales de los Estados Unidos que tiene, a mi juicio, harta influencia en como es juzgada su política exterior. Ello es, la diferencia que existe entre lo que se considera que Washington debe hacer y la realidad de lo que Washington puede hacer.

“Los Estados Unidos son potentes y grandes” proclamaba con conocida alarma Rubén Darío a principios de siglo. Y esa visión de los Estados Unidos como caso todopoderosos ha permeado por años la visión de muchos latinoamericanos. Pero resulta que hoy en día los problemas internos de los Estados Unidos son también “potentes y grandes”, que el mundo ha crecido vigorosamente a su alrededor, y que la distancia entre lo que Washington quisiera hacer y puede hacer ha aumentado por días.

De tal situación nacen no pocas percibidas o reales “inconsistencias” de la política norteamericana. Y digo “percibidas” porque parte de esta incomprensión de la problemática de los Estados Unidos se basa también en un desconocimiento, o falso conocimiento, de como funciona el complicado mecanismo gubernamental de los Estados Unidos. En más de una ocasión, por ejemplo, en diversos rincones latinoamericanos he escuchado duras críticas a Washington porque no trata de compensar la “ofensiva cultural de la Unión Soviética” en términos de multiplicar las becas para los estudiantes latinos.

Lo cierto es, sin embargo, que las universidades norteamericanas están libres de todo poder estatal. Y que no hay presidente estadounidense que tenga la facultad para imponer una cuota de becas a cada centro de estudios del país. Eso se puede hacer en un gobierno monolítico y totalitario como la Unión Soviética, donde las universidades son parte del Estado, pero no puede hacerse en la democracia norteamericana. A lo cual se le suma que, abrumados por un enorme déficit fiscal, los Estados Unidos no están en condiciones de desplazar una reserva monetaria para pagar por los estudios de miles de

estudiantes latinos. La democracia norteamericana *debería* traer a los Estados Unidos a numerosos grupos de estudiantes latinos. Pero ni su estructura política ni sus recursos económicos se lo permiten.

A pesar de tales obstáculos internos, los Estados Unidos sí han hecho esfuerzos en los últimos años por apoyar y alentar a los movimientos democráticos de la América Latina. Y han expresado creciente desaprobación a los regímenes dictatoriales del continente. Pero tales esfuerzos son usualmente medidos como gotas provenientes de una sociedad que pudiera generar torrentes.

En tal situación, sería justo anotar la cuota de responsabilidad que toca a la América Latina en este proceso. Porque ensañarse en la crítica contra los Estados Unidos implica muchas veces evadir las “inconsistencias” de la política exterior de nuestros países. Ya señalé anteriormente una de esas “inconsistencias”, la tendencia de gobiernos democráticos del continente a fustigar a toda hora las acciones de Washington, y demandar más rigurosas medidas contra las dictaduras de derecha mientras muestran una callada tolerancia hacia las dictaduras de izquierda.

Me parece, por tanto, que cualquier análisis de las relaciones entre los Estados Unidos y la América Latina debería alentar de inmediato una primaria resolución. La necesidad de un mejor acercamiento, de promover en ambas culturas los canales y vínculos que permitan un mejor conocimiento mutuo. La honestidad de criticar todo lo que sea criticable y de aplaudir todo lo que sea esfuerzo por mejorar las relaciones.

Parte de esta incomprensión de la problemática de los Estados Unidos se basa también en un desconocimiento, o falso conocimiento, de como funciona el complicado mecanismo gubernamental de los Estados Unidos.

En el caso de la América Latina, sería conveniente prestar atención a los dieciocho millones de "hispanos" que habitan hoy los Estados Unidos y que aún mantienen relaciones familiares y sociales con sus países de origen. Vasta fuerza humana que puede servir de apoyo para una mejor comprensión de nuestra cultura y de eco para políticas que respondan a los intereses latinos.

Pero también en este continente se requiere oponer a la "inconsistencia" de la política norteamericana, la "consistencia" de la política latina. Una consistencia basada en datos estudiados y programas serios. Así se evitaría el caer de nuevo, si es que alguna vez se ha salido, en el perpetuo culpar a otros de males que pudieran haber sido evitados. Así como en Washington la consistencia implica un conocer mejor la importancia y los valores de la América Latina, desde México a Buenos Aires se hace preciso



estudiar la realidad de nuestros países, la capacidad de nuestros pueblos, los datos concretos de lo que está pasando en el mundo.

Tal conocimiento permitirá afrontar nuestros problemas contando básicamente con nuestras propias fuerzas, y aceptando solamente la cuota de ayuda externa que sea esencialmente necesaria. Aceptar realidades en vez de alentar aspiraciones y programas demagógicos, implica saltar de ser un continente de mitos a un continente de metas.

Costa Rica no le pidió permiso ni guía a nadie para ser democrática. Y ha mantenido tal ejemplar rumbo aún cuando las estructuras políticas de sus vecinos cambiaban y se derrumbaban periódicamente. De ahí que todavía Costa Rica sea ejemplo y aliento para todo el continente.

Esa es la consistencia a la que me estoy refiriendo, la que se yergue sobre una base nacional. Porque cada vez que oigo a líderes de nuestros países culpar a Washington o a Moscú, a Europa o al Japón por todos nuestros males, cada vez que los oigo hablar de deudas y de dictaduras como si fueran fenómenos sobre los cuales las clases dirigentes, o los obreros, o los políticos nacionales no han tenido responsabilidad alguna, me recuerdo de una inmortal estrofa de nuestra grande Sor Juana Inés de la Cruz:

*"Quien es más de culpar
Aunque cualquiera mal haga,
La que peca por la paga,
o el que paga por pecar..."*

Esta sobria actitud que estoy señalando es tanto más posible de realizar cuanto los pueblos de la América Latina han demostrado una heroica y admirable devoción hacia la democracia. A pesar de numerosas caídas e interrupciones, los regímenes democráticos vuelven a aflorar en el continente, cargando en sus hombros las esperanzas nacionales. Esa vocación hacia la libertad, esa tenacidad en defender los valores democráticos, deberían ser las mejores bases para fundar políticas maduras, que puedan volverse hacia los Estados Unidos para demandar lo razonable y merecido. Y para enristrarle a Washington todo lo que de inconsistente tenga su política.

Germán Arciniegas*

AMERICA LATINA Y LA CREACION DE LA REPUBLICA DEMOCRATICA



Yo deploro tener que ser un poco didáctico en esta intervención, que podría suponerse tocar temas más próximos a la actualidad, pero en realidad yo creo que para buscar ciertas explicaciones de lo que hoy pasa no está mal hacer una revisión de los orígenes mismos de este bendito continente americano.

Esta mañana oímos nosotros preguntas sumamente comprometedoras para explicar algunos fenómenos de nuestro tiempo. En realidad, se tiende a ver a los Estados Unidos como un *criadero de ricos* y a la América Latina como un *criadero de pobres*. Naturalmente, como consecuencia, los ricos son ambiciosos y los pobres somos resentidos. Me preguntaba por qué esa tendencia de los ricos a comerse a los pobres, que corresponde a la tendencia inversa de los pobres de comerse a los ricos. Esta es una interpretación de antropofagia muy propia del Caribe, pero la verdad es que *nos aproximamos a la fecha más importante, posiblemente, de toda la historia universal en los últimos 20 siglos...* El continente americano es el único continente que tiene una edad conocida y una fecha precisa de nacimiento. No-

*Es una de las figuras cimeras de la literatura y el pensamiento latinoamericano. Arciniegas preside actualmente la Cátedra de América y dirige la revista *Correo de los Andes*, una de las publicaciones periódicas más importantes del Continente. Desde sus primeras obras -esos clásicos de nuestras letras que son *"Biografía del Caribe"*, *"América, Tierra Firme"* hasta libros más recientes como *"América en Europa"* y *"Bolívar y la Revolución"*, la reflexión de Arciniegas ha sido una constante indagación sobre las raíces fundamentales del ser latinoamericano.

Nosotros no tenemos ni idea de cuándo empezaron ni les podemos fijar una fecha a Europa o a Asia o a África. El continente americano nace el día 12 de octubre de 1492.

Cuando uno habla del descubrimiento de América está diciendo una mentira total. Uno descubre lo que está tapado, pero que es, y resulta que América no era. América era totalmente desconocida para los europeos. Ellos no sabían que había otro continente, no sabían que había otro océano, y la ignorancia del lado nuestro era igual a la de Europa; culturas tan significativas como las de mayas, aztecas o incas no estaban enlazadas por una red de comunicaciones que pudiera considerarse fundamento de unidad histórica. América era, digamos, una especie de archipiélago, de cumbres de montañas, en donde se habían desarrollado unas civilizaciones que, entre sí, no tenían ninguna organización permanente continental. Esto hay que relacionarlo con una cosa obvia: que los continentes no son *accidentes geográficos*. Yo recuerdo que a nosotros nos enseñaban en la escuela que un continente era una gran masa de tierra rodeada de océanos, pero ya no me parece exacto. Entre Europa y Asia no hay sino la raya de un río y los que nacieron de un lado son europeos y los que nacieron del otro son asiáticos, y, en realidad, ambos nombres sugieren la evolución de una serie de naciones que toman un carácter particular, que le permite a uno perfectamente distinguir hoy entre lo que es un asiático y lo que es un europeo.

El caso de América es único en mil sentidos y me parece que es una oportunidad extraordinaria el que vayamos a llegar a cinco siglos -a lo menos yo estaré presente para esa fecha-, porque va a ser el quinto centenario del nacimiento de América, quinientos años que representan la más intensa vivencia del hombre en busca de una sociedad nueva de integración universal; con América surge la esperanza de una vida más justa.

Y lo primero que se le presenta a uno es el caso de la radical división de las familias europeas. Tengo mucha pena, pero voy a hablar de unos personajes, de quienes ustedes no tienen noticia, que son sus tatarabuelos. La familia europea se divide radicalmente con el descubrimiento de América, porque se forman casi dos tipos humanos distintos. De un lado están los que se vienen y del otro lado los que se quedan. En la misma familia, los González por ejemplo, hay un González que se queda y otro González que se va. ¿Por qué se queda el que se queda? Se queda porque lo tiene todo. Tiene el solar, tiene el

Cuando uno habla del descubrimiento de América está diciendo una mentira total. Uno descubre lo que está tapado, pero que es, y resulta que América no era. América era totalmente desconocida para los europeos. Ellos no sabían que había otro continente, no sabían que había otro océano, y la ignorancia del lado nuestro era igual a la de Europa; culturas tan significativas como las de mayas, aztecas o incas no estaban enlazadas por una red de comunicaciones que pudiera considerarse fundamento de unidad histórica.

escudo, tiene los privilegios, tiene el nombre; y el que se viene, se viene porque no tiene nada, se viene porque no tiene oportunidades, se viene, para decirlo en una sola palabra, porque era un "infeliz", como todos los tatarabuelos de ustedes. Eran unos infelices que no tenían absolutamente perspectivas ninguna en su tierra y que lo arriesgaban todo. Se venían a un archipiélago de antropófagos, como es el Caribe, y se venían a fundar algo totalmente nuevo. De ahí resultó que, desde el primer momento, *América es otra cosa*.

Yo he señalado un caso realmente extraordinario de visión de los reyes católicos. En 1495, Colón, que era un europeo normal, al venir aquí, a las Antillas, y encontrar que no había mucho oro, pensó que la falta de oro podía suplirse con un negocio de esclavos y entonces, también en una forma completamente natural, le encomendó al obispo que fuera recibiendo las partidas que él mandaría desde aquí, desde el Caribe, para irlos vendiendo en Sevilla y, en esa forma, justificar su viaje a través del Atlántico. Pero, lo que creo yo que divide totalmente el pasado europeo del futuro americano es una carta de los reyes católicos al obispo, en que le dicen:

"Sabemos que usted está recibiendo estas partidas de indios, inclusive le habíamos dicho que procurara venderlas a buen precio al mejor postor, pero nos ha ocurrido una duda: que esos indios no se pueden vender".¹ Es decir, que un rey europeo de repente tenga la duda de que, en una conquista, los habitantes del territorio que se va a conquistar no sean esclavos, rompe con toda la tradición de veinte siglos de Europa, confirmada por todos los santos padres, quienes creían que, en realidad, la esclavitud era una forma normal de mejorar las finanzas privadas y las públicas. "Y si en caso de que usted los venda, véndalos con derecho de destrata, porque si llega a ocurrir que no los puede vender hay que devolverlos".

Al poco tiempo, la otra carta:

¹. Literalmente, la carta dice: "El Rey e la Reina: Reverendo in Cristo Padre Obispo, de nuestro Consejo. Por otra letra nuestra vos hobimos escrito que ficiédes vender los indios que envió el Almirante D. Cristobal Colón en las carabelas que agora vinieron, é porque nos queriamos informarnos de letrados, Teólogos e Canonistas si con buena conciencia se pueden vender estos por solo vos ó no, y esto no se puede facer fasta que veamos las cartas que el Almirante nos escriba para saber la causa por que los envía acá por cativos, y estas cartas tiene Torres que no nos las envió; por ende en las ventas que ficiédes destes indios sulincad el dinero dellos por algun breve término, porque en este tiempo nosotros sepamos si lo podemos vender o no, é no paguen cosa alguna los que los compraren, pero los que los compraren no sepan cosa desto; y faced á Torres que dé prieta en su venida é que si se ha de detener algun día allá que nos envíe las cartas. De Madrid á diez y seis de Abril de noventa y cinco."

"Averiguamos que no los puede vender". Es decir, se cambian así veinte siglos por lo menos de historia, en que resulta un pueblo conquistado que no va a ser por definición un pueblo de esclavitud. Entonces, encuentra uno que América es un lugar a donde van a venir una cantidad de europeos creciente y en donde no hay negros de esclavitud; es otro el negocio. Yo no he podido llegar al número preciso, pero en ningún caso es una cifra menor de los cien millones la de los europeos que se han venido a establecer en América, por esas u otras razones parecidas.

En realidad, la historia se puede dividir en dos partes. La primera parte es la parte colonial, en donde cada colonia buscaba la manera de evitar que se le llenara de extranjeros; es decir, habían filtros en las aduanas para que no entraran, digamos, a las colo-

nias españolas, ni ingleses, que era lo peor de todo, porque eran naturalmente luteranos; ni judíos, ni nada. Viene la república, se abren las puertas y lo menos que pasa es lo que ocurrió en la Argentina: llegó un año en que un millón de italianos salieron a establecerse ahí. Esto no tiene antecedentes en ningún otro continente. En el primer descubrimiento, que fue el del Asia, los europeos respetaron el hecho de que allí había una civilización, una religión, diferentes que la suya. No se les ocurrió jamás evangelizar masivamente al Asia; de modo que, en doscientos años, apenas eran pequeñas colonias que iban a establecerse, como casas de negocio, a Constantinopla, por ejemplo, a comprar perlas, alfombras y variedad de cosas, con el fin de que pudieran

sostenerse los negocios en Venecia o en Florencia o en Génova. Otro caso donde no se les ocurrió jamás a los europeos volcarse masivamente fue el del continente africano. En cambio aquí, desde luego a partir de los españoles, fueron tantos los que se vinieron, que al cabo de los cinco siglos que vamos a



celebrar, hay muchos más descendientes de españoles en América que en España, hay muchas más ciudades grandes, hay muchas más ciudades importantes por su literatura, por sus negocios, por su comercio, por todo, que en España.

Hay otra circunstancia que contribuye a robustecer la idea de que América es *otra cosa*. Es *otra cosa* porque, entre las maravillas de sus cinco siglos de historia, está la de que "esos" que se salieron para

independizarse de sus familias, de los estatutos políticos europeos, etc., se establecieron y, madurando esa independencia original, al cabo de dos o tres siglos, resolvieron independizarse. Se trata de un continente que se independiza íntegramente, es decir, desde Alaska hasta la Patagonia; y que derrota los cuatro imperios más importantes de las raíces europeas: derrota al imperio inglés, al imperio español, al portugués y al francés. Lo anterior, marca un rasgo distintivo en su personalidad.

El movimiento de emigración europea constituye la más grande revolución que registra la historia universal. Un éxodo de no menos de un millón de personas, que se deslizan de sus patrias para establecerse en América, constituye un hecho sin precedentes; no hay otro éxodo de esa magnitud: fenómeno en que participan gentes de todas las naciones. Los primeros en salirse, por *infelices*, fueron nuestros tatarabuelos, los españoles; y después los portugueses, los italianos y luego el resto. Pero, en el caso de los ingleses, la protesta está hecha a un nivel distinto. Los ingleses se vinieron como una manera de desligarse del rey y del arzobispo. Ellos querían practicar la religión a su gusto, de otra forma y, entonces, lo que simbólicamente estaba representado en los peregrinos del Mayflower, era una protesta de tipo religioso, intelectual, en donde no se vienen porque no tengan oportunidades en Holanda, sino porque quieren leer su Biblia aquí, en América, de otra manera. En la misma forma encuentra uno que se va repitiendo el caso. Los judíos, por ejemplo, encuentran en un determinado momento que hay un lugar del mundo en donde no hay ghettos, en donde no los van a tratar o como enemigos o como marranos; es decir, ellos van a venir a un lugar donde pueden inclusive levantar sus sinagogas al lado de una iglesia católica, como antiquísimamente lo hacían en España. O por ejemplo, los que eran perseguidos por esas monstruosas dictaduras europeas que a nosotros no nos parecen monstruosas porque son europeas, pero que son infinitamente peores que las modestísimas dictaduras americanas. Aquí, el peor de los dictadores tendrá en su cuenta 10.000 muertos; allá, la cifra es de millones. Hitler y Stalin liquidaron millones de seres que para nosotros son humanos, pero que ellos no los tuvieron como tales. Las divisiones que se hacen respecto del hombre en Europa son rarísimas. Cuando descubrieron América, cuan-

do creyeron descubrirla, habían unos debates tremendos en España por averiguar si el indio tenía alma o no tenía alma. Claro, si no tenía alma, pues era una bestia; y si era una bestia se podía vender y mutilar tranquilamente. En el caso de los judíos era algo semejante, con la diferencia de que los echaban desposeídos de sus pertenencias.

Entonces, América es, por definición, una región del mundo única, nacida por voluntad de todos los que se vinieron para hacer un continente de libertad y que vino a ser, también por definición, un continente para la independencia. Para saber lo que es América, para descubrirla, para estudiar cuál es su destino

América es otra cosa . Es otra cosa porque, entre las maravillas de sus cinco siglos de historia, está la de que "esos" que se salieron para independizarse de sus familias, de los estatutos políticos europeos, etc., se establecieron y, madurando esa independencia original, al cabo de dos o tres siglos, resolvieron independizarse. Se trata de un continente que se independiza íntegramente, es decir, desde Alaska hasta la Patagonia; y que derrota los cuatro imperios más importantes de las raíces europeas: derrota al imperio inglés, al imperio español, al portugués y al francés. Lo anterior, marca un rasgo distintivo en su personalidad.

final y último, tenemos cinco años de reflexión. Nosotros no vamos a celebrar el descubrimiento pasado de América, sino que vamos a descubrir América el año de 1992. Es ésta, por tanto, una fecha excepcional. Yo le preguntaba al Presidente Mitterrand,

el otro día que pasó por Bogotá y que tuvimos la oportunidad de conversar con cierta intimidad: "Presidente, ¿usted cree que América ya está descubierta?" y respondió: "¡Jamás!". Y tenía, para poderme contestar así, inmediatamente, la propia experiencia que estaba haciendo, visitando un país que no se imaginaba.

Pero es que nosotros mismos no nos imaginamos las cosas y, entonces, se presentan esos casos de creaciones contra la naturaleza americana. Si América es un continente nacido y formado para la libertad; si ésa fue la razón que tuvieron nuestros antecesores para venirse acá; si los africanos encontraron aquí que era el fin de una esclavitud que se les había impuesto, en primer lugar, por los africanos y, en segundo lugar, por los ingleses², es porque *América es otra cosa*. Había quienes especulaban en Europa sobre la injusticia de la esclavitud, pero era una explicación teórica, porque allá no tenían esclavos negros, porque de pronto llevaban una partida de negros a los reyes de Portugal y le mandaban algunos como regalo al Papa y éste los repartía entre los cardenales y eso eran gotas de agua en el mar de aquella injusticia. Aquí llegan los negros, autorizados por los europeos, y un día resuelven que son seres humanos y que pueden luchar por su emancipación y hay de pronto algunos ilusos que se juntan a ellos y acaban con la esclavitud y, entonces, por primera vez, entiende el africano que hay un principio humanitario que viene a salvarlos inopinadamente. Con los indios pasaba una cosa semejante porque, en realidad, una de las cosas buenas que hicieron los españoles fue matar a Atahualpa y a Moctezuma, sin intención mayor de beneficiarnos, pero cortaron de raíz una monarquía que iba a perjudicar mucho lo que habría de ser la vida natural de América. Es importante hacerle un poco de justicia a los blancos también, pues resulta que los que fueron caudillos de la independencia eran todos vascos, gallegos, catalanes, ingleses o franceses. Bolívar era un vasco y O'Higgins era un irlandés y Jefferson y Washington ingleses.

El título de esta conferencia es "*Las Contribuciones de América Latina a la Democracia*". La primera contribución fue que la inventamos; la primera contribución fue que la hicimos; la primera contribución está en que llegaron aquí nuestros tatarabuelos y se encontraron con que fatalmente lo único que les quedaba por hacer era inventar una república, porque nosotros no teníamos familias distinguidas ni nobles; no teníamos borbonos ni habsburgos; no

teníamos aristocracia; reunidos todos los americanos no tenemos con qué hacer un rey. Tenemos simplemente Pérez y Smith, lo último de España y lo último de Inglaterra; con eso es con lo que tuvimos que trabajar. De modo que si en América se han hecho experimentos de monarquía es porque, como en todas las épocas, hubo gente sofisticada que inventaba cosas a la europea, y experimentaban en países como en México, Haití y Brasil; dando como resultado final lo que son esos países ahora, porque en realidad no damos para otra cosa.

Para hablar de la república griega y de Atenas, no se necesita sino leer a Santo Tomás, que dice: "De los regímenes injustos el menos injusto es la democracia". Y es que el pobre de Santo Tomás no tenía más experiencia sino la sociedad en la cual vivía; entonces, en realidad, lo que él tenía era la monarquía en la cabeza. En su libro sobre el gobierno señala que el ideal proyectado de llegar a alguna forma justa de gobierno es la monarquía; esto duró hasta la Revolución Francesa, con la conocida época de la Ilustración. Voltaire, uno de los más atrevidos revolucionarios intelectuales de esa revolución, lo único que pensaba era en un déspota ilustrado; en poder tener un Luis o una Catalina o un Carlos español, que hicieran despóticamente, a través del trono, una modificación ilustrada del gobierno. De modo que, la idea de la república es una idea que nace en una forma natural entre nosotros, posiblemente por falta o imposibilidad de inventar o de repetir otra cosa. Nosotros tenemos fatalmente que llegar a eso, a la república o a nada.

Cuando se hace la república aquí, naturalmente los europeos quedan deslumbrados: la primera república, que es la de Filadelfia. Los franceses se encuentran delante de un hecho tan fabuloso que los lleva a hacer una revolución, a los catorce años de la Revolución de Filadelfia. Intentan montar una república americana y hacen la Revolución Francesa, y lo

². Porque, cuando uno habla de la esclavitud y de los negreros, no se da cuenta que peor que los negreros eran los otros negros que se los habían vendido a los ingleses para que éstos los trajeran a las Antillas y, aquí, los revendieran y compraran los españoles. Esta es la cadena de hechos en que se monta la esclavitud.

El título de esta conferencia es "Las Contribuciones de América Latina a la Democracia". La primera contribución fue que la inventamos; la primera contribución fue que la hicimos; la primera contribución está en que llegaron aquí nuestros tatarabuelos y se encontraron con que fatalmente lo único que les quedaba por hacer era inventar una república, porque nosotros no teníamos familias distinguidas ni nobles; no teníamos borbones ni habsburgos; no teníamos aristocracia; reunidos todos los americanos no tenemos con qué hacer un rey.

que aquí termina en ser una federación, más o menos civilizada, allá termina en unas guillotinas montadas en la plaza principal de París.

Por consiguiente, tenemos que mostrar, con un cierto orgullo, que no somos tan subdesarrollados en esa materia como lo son ellos. La democracia y la república son cosas en vía de desarrollo en Europa. Nosotros estamos aquí en vía de perfeccionarlas. Algo impresionante, históricamente, es el hecho de que traicionar la democracia nos da vergüenza; es decir, cuando se monta un dictador en cualquier lugar de América, ésto se reconoce con vergüenza y con pena; lo cual no ocurría en Europa cuando se entronizaba a un Hitler. Nosotros somos mucho más susceptibles de sentir vergüenza para esas cosas que las que pueden sentir ellos por otras peores. En realidad, tenemos que sentir un poco de orgullo de esta creación europea y africana e indígena, que nos

permite presentar una fórmula nueva a la civilización universal, como la república democrática.

No es que hayamos contribuido, no es que estemos contribuyendo; los otros pueden contribuir. Nosotros estamos naturalmente montando una cosa que no es sencilla; es decir, poder inventar un sistema tan diferente de la monarquía, sustentado en lo que llamamos "sufragio universal", algo en que todo el mundo mete la mano; una cosa montada sobre las mismas masas analfabetas. Es posible comparar los primeros cinco siglos de América con los primeros cinco siglos de Europa y darse cuenta que en Europa no han logrado hacer una cosa tan importante como ésta nuestra, edificada sobre nociones viejas. Los reyes vienen desde la Biblia, la forma de los reyes es casi una manera primitiva del pensamiento político. Nosotros vamos a presentar una cosa infinitamente más elaborada y más difícil; de manera que todos los defectos que le encuentran aquí a la república, pues son defectos que relativamente podrían mirarse con algo de indulgencia para cualquier persona que sea un poco versada en la lectura de la historia universal.

Todas estas cosas corresponden a una evidente realidad porque, al celebrarse los cinco siglos de América, uno tendría casi la obligación moral de conocer cuál es el destino moral y político de América. Yo digo forjar nuestra propia filosofía y de tal filosofía hacer nacer una política diferente. Cuando se ven todos estos casos que están ocurriendo en las propias vecindades de Costa Rica, los experimentos de Nicaragua o Cuba, se debe analizar que estas cosas ocurren contra la naturaleza americana; que están quitándole toda la grandeza a la historia nuestra en un movimiento de vuelta al peor de los pasados, a los tiempos de Pedro el Grande, de Rusia; o de Felipe II. Lo afirmo de una manera particular en lo que se refiere a la universabilidad de la celebración de América, de la autenticidad. Los únicos que entienden con toda claridad o deberían entender qué es lo que se va a hacer en esta fecha próxima de 1992 somos nosotros.

Se dice que tenemos aquí diferencias muy grandes y yo creo que la mayor diferencia que tenemos es mínima. Nosotros somos distintos de los Estados Unidos pero hemos vivido la misma historia, porque se trata de la misma independencia; es la misma la razón de venirse aquí; es la misma la manera de luchar contra la pobreza que venía de Europa; es la misma la necesidad de hacer una afirmación de libertad, de derechos humanos. Por ejemplo, el caso

de los derechos humanos es típico. Los primeros en el mundo en reducir a una tabla los derechos humanos, tal vez después de los diez mandamientos, son los de Filadelfia. La presentan al mundo y dicen: "Estos son los derechos humanos". Después los franceses copian y los copian, en tal forma, que al fin de cuentas la redacción última no es de ningún Robespierre ni Mirabeau, sino de Jefferson, que estaba ya de embajador americano. Para nosotros, los derechos humanos ni siquiera son sacados de Filadelfia, porque teníamos ya unos antecedentes desde la época de los comuneros, donde se nos revela que esa, es una invención también española, de los españoles que se vinieron, no de los que se quedaron. De esta forma, podemos ofrecer un cuadro de lo que se ha logrado en América que nos podría llenar de un justo orgullo, casi hasta envanecernos, a pesar de la mala idea que de nosotros mismos nos hemos formado.

muchas, pero sí mayores en el idioma español, me parece que ese idioma, en una forma relativa, ha podido servirnos un poco para otros aspectos de la cultura, pero no para el aspecto político; no porque no sea posible hacer una síntesis en español -yo creo que inclusive en inglés es difícil llegar a una síntesis tan perfecta como aquella de Gracián: "Lo bueno, si breve, dos veces bueno"-; pero sí se pueden hacer cosas cortas, a pesar de que hay un movimiento quijotesco y loco que nos lleva a hablar más de lo necesario y, en cambio, nos parece que los ingleses se quedan cortos: aunque no son capaces de hacer un discurso tan largo, lo hacen más eficaz. De modo que, en todo sentido, a nosotros lo que nos toca es tender puentes y unir todo lo que se pueda a América, para que el mundo entero se de cuenta de aquello que nos identifica y nos distingue: "América es otra cosa".

La diferencia con los ingleses está fundamentalmente en que ellos hablan en inglés y nosotros en español; una diferencia que no nos hace favor, en lo que se refiere al destino político de América; porque el inglés es un idioma más concreto y más vecino a la realidad. De manera que, ese idioma, ayudó a que en el Norte se fuera organizando una república en una forma más empírica, que es la de la Federación. Ellos parten de los "city council", que se asocian formando el Estado, y la Federación es como un club en el que participan los Estados que se quieran incorporar. A esta organización realista ayudó mucho el carácter mismo de la lengua inglesa. La lengua española, ¡Por Dios!, no sigamos nombrándola en lo que se refiere al contenido político de la América nuestra, porque nos ha perjudicado; nos ha perjudicado por lo linda, por lo hermosa, por la elocuencia que conduce a la desintegración; es decir, yo, aunque soy incapaz de redactar una carta en inglés para hacer el pago de los teléfonos, puedo darme cuenta de que, disponiendo de mayores posibilidades, no



Carlos Meléndez*

Las Contribuciones de América Latina a la Democracia en el pasado

Nos resulta muy difícil el presentar en breves páginas, una visión globalizadora del proceso de la democracia latinoamericana. Y la razón fundamental, obedece sencillamente a que el tema no sólo resulta complejo, sino que además tales logros no han resultado ser, en la práctica, homogéneos. En efecto, resultan grandes altibajos, fuertes contrastes entre los países, balances favorables y desfavorables cuyos ejemplos son múltiples y constantes. Son numerosas las formas que nos muestran los tortuosos caminos que ha sido preciso recorrer en la marcha hacia la democracia en Latinoamérica.

Históricamente, las primeras luchas por la democracia en América Latina, lo han sido por la libertad política, es decir, por la participación del pueblo en las funciones legislativas y ejecutivas. Dimos un sentido bastante restrictivo al término, sin comprender la organicidad del concepto de democracia. Quizás fueron las circunstancias mismas del proceso de Independencia, fuertemente influidas por las corrien-

* Ex-director de la Escuela de Historia y Geografía de la Universidad de Costa Rica y del Centro de Investigaciones Históricas de la misma universidad. Ex-embajador de Costa Rica en España. Es uno de los historiadores centroamericanos más respetados y conocidos. Doctor Honoris Causa por la Universidad de Tulane (1979) Entre sus principales libros están: *José Matías Delgado* (San Salvador, 1961), *Juan Vázquez de Coronado* (1966), *El Doctor José Ma. Montealegre* (1968), *La Ilustración en el Antiguo Reino de Guatemala* (1971), *Hernández de Córdoba* (Nicaragua, 1976) y *José Cecilio del Valle, Sabio Centroamericano* (1985).

tes de la ilustración y un poco también con los ideales de la Revolución Francesa. Tales valores eran la tolerancia, la libertad e igualdad formales, la justicia, pero, repetimos, concebidos más bien en abstracto. Los años posteriores habrán de ser servir más bien para enriquecer los contenidos de los valores de Independencia y Democracia, primero liberándolos del carácter de dogma que inicial mente tenía, para de este modo transformarlos en alcances más amplios y reales, de profundo valor social. Sabemos muy bien hoy que democracia es justicia social, es libertad de la colectividad social en todas sus esferas y no sólo la del individuo particular; que es bien social y expresión de la voluntad colectiva. Democracia es pues, en su sentido más auténtico, una actitud que comprende no sólo lo político, sino también lo económico y social. De allí la casi permanente dificultad de una definición general aceptable a todos los que usan y abusan del término.

Parte de la lucha, ha debido hacerse mediante el recurso de ir trascendiendo lo meramente político, en pos de las esferas de lo económico, social y cultural. Otro de los principales problemas, ha sido el partir de los modelos foráneos, que no siempre eran el reflejo de nuestra viva realidad, de nuestras propias experi-

encias. Las soluciones que se buscaron, fueron a menudo las fijadas por los tratadistas en abstracto. Las lecciones que se tuvieron que sacar fueron más bien el cúmulo de errores e injusticias, de claros desatinos que han dejado hondos surcos en el sendero dejado por la historia.

Es aceptable la afirmación de que la principal determinante del destino de los pueblos modernos, arranca de la onda de las transformaciones económicas y sociales desencadenadas por la revolución industrial. La revolución de la independencia nos tomó totalmente impreparados para entrar a competir en este ámbito, y las luchas intestinas y múltiples otras formas de conflictos por el poder, hicieron que perdiéramos las posibilidades de esta incorporación al proceso de modernización de nuestras estructuras económicas y sociales. Y éste ha sido un lastre que hemos tenido que cargar hasta nuestros días, pese a parciales empeños por superar dicha situación.

No pretendemos presentar un cuadro pesimista alrededor de la problemática que intentamos abordar. No somos pesimistas respecto al futuro de la democracia en la América Latina, pero al menos sí debemos confesar que consideramos que todavía todas las aspiraciones no han sido cumplidas. Que hay eclipses y lunares, que existen restricciones en países y sociedades, que deben superarse. La democracia no es asunto que puede generarse en forma espontánea, es más bien planta que hay que cuidar y regar sistemáticamente todos los días; que crece sólo en tierra preparada y abonada al efecto.

Al reflexionar acerca del proceso histórico de Hispanoamérica, nos es preciso citar aquí unas acertadas frases de don Germán Arciniegas de su libro *"Entre la libertad y el miedo"*, en que dice:

"Las repúblicas hispanoamericanas son hijas de una colonia en que no existió práctica alguna de gobierno representativo. Se formaron en una escuela de absolutismo opuesta a la de las colonias inglesas, no obstante el sentido popular de la antigua vida española y el tono monárquico de la antigua vida inglesa. Es conveniente hacer el paralelo.

Las colonias inglesas del norte tuvieron desde el primer día cartas que eran constituciones democráticas. Los puritanos que salían para América daban su grito de independencia al embarcarse y la autoridad de los gobernadores era un poder condicionado a las asambleas de los vecinos. En las colonias se practicaba una religión que no era la oficial de Inglaterra, y al final hubo diversidad de iglesias que debían convivir... Se cumplió (pues) una evolución: no se hizo una revolución...

El caso hispanoamericano es rigurosamente el polo opuesto. España derramó sobre sus colonias un imperio. El virrey representaba efectivamente al rey -que era un monarca absoluto-, y el arzobispo a la iglesia católica española, que era inquisitorial. La vida municipal fue precaria: los ayuntamientos apenas decidían en las cosas menores; la carga del estilo monárquico pesaba hasta sobre el último de los colonos. No hubo práctica de gobierno representativo. Las leyes, hasta en la

minucia de los reglamentos, se elaboraban en España, y si de pronto los virreyes o gobernadores se reservaban el derecho de obedecer pero no cumplir, lo que sembraban con esto en la conciencia de la colonia era una sutileza de litigantes que nos ha sido funesta. Hubiera sido mejor que nos hubieran legado un sentimiento de respeto a la ley. Al independizarse las colonias de España tuvieron que comenzar a volver al revés la herencia institucional recibida. La guerra de independencia no fue sino el episodio militar que en menos de quince años quedó resuelto. Cuando ya no quedó viva autoridad forastera en la América Española, hubo que comenzar a remover desde sus cimientos la máquina colonial: inventar y establecer el sufragio, el parlamento, los tres poderes, establecer gobernantes de elección popular y término limitado, separar a la iglesia del estado, educar -y no había escuelas- a los pueblos, para algo que iba a ser radicalmente nuevo..."



Tentados quedamos de llevar adelante esta interesante cita, pero no intentamos ahora pormenorizar en todo este proceso inicial de nuestra vida independiente. Bajo la nueva perspectiva de la independencia, tienden a fortalecer los nacionalismos y el celo acerca de la soberanía territorial. De las zonas fronterizas se pasa a las líneas fronterizas, y con ello aparecen los primeros conflictos jurisdiccionales. Es preciso hacer ajustes al espacio y así nacen países como Bolivia y el Uruguay. La madurez de los ciudadanos debe adquirirse, no sin que surjan las luchas internas, tanto como entre países hermanos. Las mayores pugnas giran alrededor de la forma del Estado: monárquicos y republicanos; federalistas y centralistas; liberales y conservadores y el conflicto más radicalizado: Iglesia y Estado. Las luchas bélicas fortalecen el militarismo y el caudillismo; surgen la anarquía y las revoluciones; se afirma o eclipsa el presidencialismo y el parlamentarismo; las oligarquías y plutocracias se aprovechan de los enfrentamientos; surgen los caudillos; se afirma en otras partes el liberalismo; nuestras debilidades promueven las intervenciones europeas y más tarde también las de los Estados Unidos.

Nótese que hemos recurrido al empleo de términos demasiado generalizantes, puesto que no nos queda otro recurso para evitar enumeraciones de casos y ejemplos. Pareciera que hay un sustrato de negativismo en su sola enumeración, pero no es así. Todas esas pugnas y desarmonías, todos estos contrastes, nos están señalando que las sociedades hispanoamericanas lo que buscan es encontrar las soluciones que les satisfagan. Son múltiples los caminos y alternativas, y no siempre la que es conveniente a un país, la es para el otro.

La creación de las nacionalidades hispanoamericanas, ha sido un proceso lento y dificultoso, la más de las veces. La constitución de la sociedad nacional había exigido la destrucción previa de las formas de poder de origen colonial u oligárquico que, respaldadas por el Estado, habían obstaculizado la unión interior y la conciencia de pertenencia a una comunidad política. Para lograrlo, fue preciso muchas veces destruir el dualismo social interno: sociedad indígena-sociedad mestiza nacional. Todavía prevalece en muchas partes este dualismo desarticulador y la solución integradora no siempre resulta ser la más aconsejable por la destrucción de la cultura tradicional en aras a una unidad nacional.

Entre las principales formas para la creación de una sociedad nacional verdaderamente democrática, el populismo y las revoluciones nacionales han sido las prácticas más frecuentes. El populismo en teoría ofrece la posibilidad de constituir, dentro del marco de las contradicciones internas de los diversos sectores sociales dentro de un país, una heterogénea unidad en aspiraciones comunes. A menudo se lo ha hecho resaltar como destructor del poder oligárquico, y aun como generador del proceso de desarrollo industrial y de mercados internos y del exterior. Pero se suele también olvidar la manipulación de los mitos integradores y al manejo mal orientado de las masas por los sectores o líderes directamente involucrados en ellos. Pensemos por ejemplo en Getulio Vargas o en Juan Domingo Perón, claros exponentes de este tipo de populismo.

Las revoluciones nacionales de tipo popular, con contenidos maximalistas que llegan hasta decirse socialistas, han surgido en comunidades nacionales de fuerte componente agrario y necesitadas de un medio para constituir la nación y el Estado. La mexicana, tuvo esencialmente un impulso nacionalista de fuerte vigor, aun cuando hoy la veamos traicionada por un PRI monopolístico y monopolizador; la de Cuba ha servido para montar una dictadura y promover la venta extracontinental de su soberanía en aras de una ideología inactual, sostenida por una potencia que dice promover el comunismo, aun cuando allí no se lo practique en la realidad.

Las fuerzas armadas han jugado un papel en la historia de Latinoamérica, que no podemos desconocer ni ignorar. El ejemplo del Perú de Velasco Alvarado es ilustrativo en el sentido de que no siempre las milicias están ligadas al sector conservador y tradicional de nuestros países.

Serios han sido por lo tanto, los empeños de nuestras naciones hispanoamericanas por acercarse al modelo de democracia a que han aspirado sus sociedades. Fue preciso partir primero de un modelo de construcción del estado nacional, antes de abocarse al ataque de las dificultades del desarrollo nacional. Se esperaba que esos procesos desembocarían en la corrección de las esferas de conflicto, eliminando

las diferencias sociales, corrigiendo la estructura agraria (caso ilustrativo es el de Bolivia y el Ché Guevara), acrecentando el capital social y las diferencias en la distribución del ingreso en los distintos estratos sociales, mejorando la estructura de salud, habitación y educación, que impulsara las pautas de conducta necesarias para la modernización, etc.

En relación con las estructuras de poder, ha sido importante en muchos casos, la presencia de las masas, como elemento significativo en la formación de las alianzas para formular las alternativas viables en determinados países. El tema de las masas ha ido cobrando un papel decisivo en el problema de permanencia o caída de muchos regímenes políticos hispanoamericanos. Los sectores medios también han tenido su papel protagónico y su papel cualitativo no es posible ignorarlo en el marco del futuro de la democracia latinoamericana. A todas estas consideraciones de carácter social, es preciso agregar el fenómeno significativo del nuevo papel protagónico de la mujer y la presencia, cada vez más activa de la juventud. La brecha generacional de que muchos hablan, tiende cada vez más favorecer a las juventudes, cada vez mejor preparadas, conforme crecen las universidades y se incrementan los medios de comunicación social.

Las transformaciones estructurales en Latinoamérica, se dieron en el pasado en forma lenta, pero hoy las mismas se activan mediante un proceso de acumulación y maduración.

Vemos en definitiva que el proceso de la democracia en Latinoamérica es alentador, desde la perspectiva actual. Fue preciso partir de formas elementales y primarias, con tendencias aristocratizantes, con caudillos y anarquías, con dictadores personalistas que con su poder aseguraron las unidas del país y contribuyeron a mantener cierta forma de orden, con dictadores organizadores como Rosas, el Dr. Francia, Portales y muchos más. Ellos prepararon en cierto modo, las tareas de sus demócratas restauradores. Los militares han refrenado la inestabilidad de los países y con ello dieron una contribución, nada despreciable a la postre.

Entre las principales formas para la creación de una sociedad nacional verdaderamente democrática, el populismo y las revoluciones nacionales han sido las prácticas más frecuentes. El populismo en teoría ofrece la posibilidad de constituir, dentro del marco de las contradicciones internas de los diversos sectores sociales dentro de un país, una heterogénea unidas en aspiraciones comunes.

Pero se suele también olvidar la manipulación de los mitos integrados y al manejo mal orientado de las masas por los sectores o líderes directamente involucrados en ellos.

Creo que también debemos volver nuestra mirada hacia nuestros padres fundadores. No resulta fácil intentar una aproximación certera del proceso histórico de la democracia hispanoamericana. Su desarrollo evidentemente ha sido desigual; son muchos los altibajos de este proceso visto en su conjunto. Pero hay la idea de unidad, no yo creada por la fuerza sino por el mutuo acuerdo entre las naciones, que sigue viva y en el fondo debe alentar nuestra marcha hacia adelante, hacia el futuro que esperamos habrá de ser prometedor. De allí la necesidad de repetir de Bolívar, sus conocidas frases de su Carta de Jamaica:

Yo deseo más que otro alguno ver formarse en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riqueza que por su libertad y gloria. Esto es, una nueva nación, un nuevo imperio, que no esté ya sujeto por la ambición y el egoísmo de unas minorías, sino por el afán de libertad y gloria de todos y cada uno de sus miembros. Es una idea grandiosa -agrega- pretender formar en todo el Nuevo Mundo una sola nación, con un sólo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el

todo. Ya tienen un origen, una lengua, unas costumbres, una religión, una gran nación con un sólo gobierno que confedere a los diferentes estados que hayan de formarse”.

Quizás sea éste el objetivo mayor, todavía asequible a nuestro juicio, si aspiramos los hispanoamericanos a alcanzar la cúspide de nuestros afanes más elevados. Sólo así saldremos de nuestra crisis actual, sin sumisiones, en un plano de igualdad y de justicia social, sin los desequilibrios evidentes que vive el mundo actual. Si nos hacemos fuertes, ganaremos el respeto.

La América nuestra no debe imitar, nos decía Bolívar. Debe ser original era su respuesta. Esta lección de Bolívar, es la que nos señala el camino, pero en esa larga marcha desde los albores del siglo XIX, quizás los mayores errores se cometieron a la

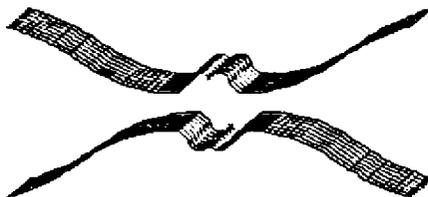
Hay una constante en toda esta historia que nos parece alentadora: la de que no nos hemos desalentado. Nosotros los latinoamericanos, aunque muchas veces fracasamos y fracasamos, seguimos adelante con el afán de alcanzar esa superior meta de la democracia. Ese es quizás nuestro mejor legado; el de la perseverancia.

hora de emprender la marcha. Pretendimos seguir esquemas equivocados, creyéndolos válidos. La realidad, la viva realidad, se encargaría de hacernos ver los errores en la hora de la marcha.

Para incorporarse al mundo, la América Latina tenía que empezar buscando su propio camino, modelando sus estructuras en función de sus necesidades reales, no de aquellas que se plantearon sabios del Viejo Mundo que desconocían nuestra propia realidad. Aprender de sus propias experiencias; buscar respuestas a las necesidades propias de nuestra tierra. No era un querer aborrecer las respuestas dadas por Occidente, sino más bien modelar los caminos de nuestra propia realidad, de nuestras propias necesidades. De allí que tardásemos en encontrar el camino, porque seguíamos la senda equivocada que no estaba llamada a resolver nuestras propias demandas.

Lamento que la brevedad me haya impedido detallar y profundizar en temas y aspectos que aquí he dejado simplemente esbozados. Hay muchas enseñanzas en toda esta historia. Algunas son evidentes, otras por lo ocultas, engañosamente pueden parecer nada ejemplarizantes. Los pueblos hispanoamericanos poco a poco y en muchos casos con gran dificultad, han ido hallando el camino hacia la democracia posible; hacia la democracia al modo de Latinoamérica.

Hay una constante en toda esta historia que nos parece alentadora: la de que no nos hemos desalentado. Nosotros los latinoamericanos, aunque muchas veces fracasamos y fracasamos, seguimos adelante con el afán de alcanzar esa superior meta de la democracia. Ese es quizás nuestro mejor legado; el de la perseverancia.

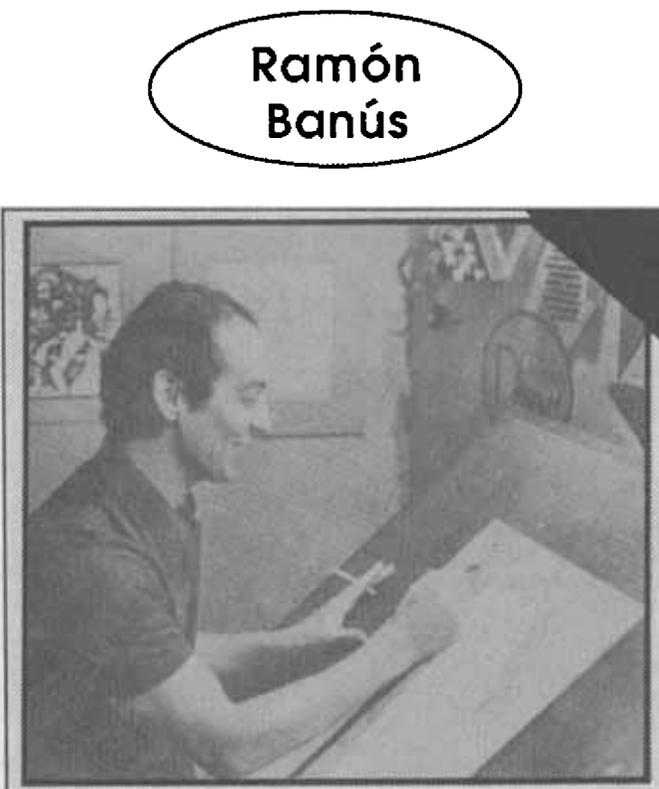




Ramón Banús
Mongrell
nace en la

ciudad de Guatemala el 17 de setiembre de 1938. A los 24 años lo encontramos presentando una selección de sus dibujos en la galería *The Old Brook* de Spoleto, Italia, un país al que siempre ha soñado con marcharse. Aquella estadía en Europa -también estuvo en España y en Portugal- es determinante en la formación de su personalidad artística: de sus raíces americanas, vivificadas por las linfas tonificantes de una cultura distinta, refinada al extremo de desembo- car, a veces, en deca- dentismos barbáricos y preciosistas sin por ello vanificarse, brota la flor -el fruto, si se prefiere- de una cosmovisión renovada que apunta hacia lo universal.

No ha dejado, desde entonces, de hurgar en el misterio de la vida, de la que sabe, como pocos, captar el sentido trágico (y al mismo tiempo lúdico) y cuya protéica epifanía sirve de bastidor para la diaria representación que, máscaras que se autocrean, llevamos a



Ramón Banús

cabo. Los mojones de su superación cotidiana no se identifican únicamente con los nombres, a menudo prestigiosos, de las galerías en que expone sus cuadros, ni con los éxitos que cosecha en variadas y exigentes geografías. Cifran, más bien, en un sufrido

itinerario interior que le empuja hacia experien- cias y descubrimientos siempre renovados; hacia conquistas cada día más incluyentes y totalizadoras; hacia la búsqueda -por su misma naturaleza siempre inconclusa- de formas, contenidos, técnicas diferentes. Por

algo confiesa que no puede prescindir del diario oficio del fijar sobre los lienzos las imágenes del mundo que le rodea, aprisionando -aun- que sea por un solo instante- las suges- tiones que sus fantas- mas interiores le murmuran al oído: "En realidad, no es que yo sienta la pintura de alguna forma especial, es que la necesito. Si dejo de pintar, me vuelvo neurótico, de mal genio, me deprimo. Pintar es vital para mí".

Llegado, joven aún, a un asombroso nivel de madurez interior y de dominio de la técnica, refleja en su obra la vitalidad irreductible de un secreto mestizaje espiritual, cuyas fuentes nutricias son su pro- funda y nostálgica identificación con lo autóctono por un lado, por el otro su extraordi- naria capacidad de asimilar lo foráneo, corolario ésta, de la fiebre de conocimientos que le inculcaron los grandes Maestros del Renacimiento, con quienes dialogó, por años, cobijado por el azul de otros cielos.
F.C.

Exposiciones

1962	Guatemala	Embajada de Chile	Centavo para plato de Limoges, Francia. Emisión de 500 platos. (Colectiva)
1962	Spoletto	Galería The Old Brook	
1963	Terni	Galería Galeazzi	
1963	Siena, Forlì Florençia, Roma	Participaba como expositor, con el grupo de pintores de Umbria y Toscana (Colectiva)	1985 El Salvador Galería El Atico Colección Contrastes
1963	Spoletto	Galería 88 (Colectiva)	
1963	Guatemala	Sala de Exposiciones de Artes Plásticas	
1965	Malbrca	Festival de Pollenza (Colectiva)	
1966	Barcelona	Sala de La Lonja (Colectiva)	
1967	Atenas-Viena- Cortina D'Ampe- zzo-Roma	Galería Il Carpine (Colectiva)	
1967	Barcelona	Galería Sala Rovira	
1968	Roma	Galería Il Carpine	
1968	Cobán, Guatemala	Arte Contemporáneo Guatemalteco (Colectiva)	
1969	Nápoles	Galería Il Minotauro (Colectiva)	
1970	Guatemala	Banco Nacional Agrario Muestra Retrospectiva de Banús	
1971	El Salvador	Galería Dideco	
1971	Guatemala	Galería Vitorio's	
1974	Guatemala	VI Festival de Arte y Cultura	
1979	Guatemala	Galería La Cúpula Serie Dibujos Alegres	
1981	Guatemala	Estudio Banús Series Trompudos, Santos, Profetas, Mirones	
1982	Guatemala	Galería El Túnel Entrega título Maestro de Arte (Colectiva)	
1982	Guatemala	Galería El Túnel Serie Flores de Guatemala (Colectiva)	
1983	Guatemala	Sala del INGUAT Seis pintores guatemaltecos y un pintor alemán (Colectiva)	
1983	Guatemala	Museo Popol Vuh Serie Los Soñadores XX Aniversario Exposiciones	
1984	Guatemala	Galería Forum Series Anima, Pendescuetas Manso Eroticismo	
1984	Costa Rica	Sala Enrique Echandi Embajada Cultural Guatemalteca (Colectiva)	
1985	Guatemala	Galería Forum Cuadro para Fundación del	



"Mi compromiso es con mi trabajo, es ser honesto conmigo mismo. No veo la finalidad de presentar la angustia constantemente. Creo que el mundo sólo tendrá sentido si revalorizamos al ser humano. Pero no como cosa u objeto lejano, sino como el ser con que estamos llamados a comulgar". R. B.

Frustraciones de la democracia en América Latina (Panel)



Participantes en el Panel sobre las frustraciones de la democracia en América Latina. De izquierda a derecha: David Escobar G.; Jorge Mario García L.; Constantino Urcuyo (Moderador); Eduardo Ulibarri y Xavier Zavala.

Eduardo Ulibarri*



Analizar las frustraciones de la democracia en América Latina y auscultar posibles cursos de

* Director del Periódico *La Nación* de San José, profesor adjunto de la Escuela de Ciencias de la Comunicación Colectiva en la Universidad de Costa Rica y maestro de número en la Escuela de Periodismo del Colegio Studium Generale de la Universidad Autónoma de Centroamérica. Ha sido Vice-presidente de la Comisión de Libertad de Prensa de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) (1985). Ha publicado, entre otros, los libros *Centroamérica, Conflicto y Democracia* y *Central America in Crisis*, el primero en colaboración con el Dr. Jaime Daramblum y el segundo con varios otros autores.

acción futura, demanda un esfuerzo de psicoanálisis político.

Se trata de marginar por un rato a los enemigos abiertos y desembozados y a los peligros evidentes, para realizar una tarea introspectiva, que nos revele esperanzas traicionadas, expectativas incumplidas, esfuerzos inconclusos, ímpetus que sucumben, aliados que traicionan, avances que se diluyen. Es buscar los "demonios" que llevamos dentro, y que con tanta frecuencia nos privan de lo que

esperamos y, por ello, conducen a la frustración.

Dentro de la enorme gama que se ha filtrado por el tejido democrático, y que ha calado en el pensamiento, reacciones y conductas de los demócratas, he seleccionado cinco, que paso a exponer a continuación:

1. El relativismo oportunista

Con frecuencia, demócratas declarados aplican para situa-

Cinco enemigos de la democracia

Pensamiento Centroamericano-41

ciones similares escalas distintas, o para casos dispares medidas iguales. Así, la emprenden en campañas selectivas de condena a determinados regímenes, mientras se callan en lo que respecta a otros que temen o -peor- admiran subconscientemente. Es lo que Jeane Kirkpatrick ha llamado los estándares dobles, que, desgraciadamente, han prendido en varios ámbitos de actividad.

Uno de los más intensos ha sido el intelectual. Cuántos escritores latinoamericanos, en las dos últimas décadas, viajaron a La Habana como a La Meca, en busca de premios, ediciones y promoción, mientras se proclamaban enérgicos defensores de los derechos humanos. Cuántos, en Europa, han exaltado horrendas dictaduras o sanguinarios movimientos "tercermundistas", mientras rechazan esa posible suerte para sus países. Ya lo dijo Vargas Llosa en su célebre carta a Günter Grass, iracundo miembro de los cínicos relativistas:

"A diferencia de lo que ha sucedido en Europa Occidental, donde desde los años sesenta, numerosos intelectuales progresistas han hecho una profunda crítica del socialismo real y denunciado sus crímenes, en América Latina, con pocas excepciones, nuestros intelectuales siguen practicando la hemiplejía moral que consiste en condenar las iniquidades de las dictaduras militares y los atropellos que permiten a menudo las democracias, y en guardar ominoso silencio cuando quienes cometen los abusos son regímenes socialistas".

Pero también este mal se ha filtrado en la política. Muchos de los dirigentes latinoamericanos que pudieron retornar al disfrute de la democracia, en gran medida, por la solidaridad internacional, una vez insertados en el juego político libre se olvidan de los que aún padecen dictadura en el continente. También, en estos casos, se resisten a aceptar no sólo la existencia de dictaduras de signo distinto a la que ellos sufrieron, sino también a reconocer la diferencia cualitativa que hay entre las dictaduras militares tradicionales y los regímenes totalitarios.

Y algo similar sucede con organismos políticos internacionales. Dentro de ellos, la palma de la hipocresía -y por ende el ímpetu frustrante- se lo ha llevado la Internacional Socialista.

Cuán frustrante debe ser para un panameño viviendo hoy bajo estado de sitio que la Internacional Socialista haya aceptado en su seno al Partido Revolucionario Democrático, instrumento de los militares. Cuán frustrante para los cubanos que la IS no condene a Castro y sí la emprenda contra Pinochet.

Cuán frustrante es para los demócratas nicaragüenses y para la democracia internacional que el presidente peruano Alan García defienda al comandante Daniel Ortega cuando, precisamente, éste proclama en Nicaragua una Constitución que se apresura a negar. Cuán frustrante que Felipe González acepte condecoraciones de Fidel Castro y lo alabe como un libertador.

Cuán frustrante es la hipocresía política y el acentuado

oportunismo de muchos de nuestros demócratas.

Pero también es frustrante la hipocresía y relativismo diplomáticos. Múltiples organismos internacionales altamente politizados proclaman la justicia por boca de algunos de las peores dictaduras del mundo. La UNESCO es un claro reflejo, con sus condenas selectivas a Israel. La oposición de cuatro democracias latinoamericanas a que el caso cubano se tratara en la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, es otro.

Esto también produce frustración.

2. El cercenamiento de la libertad

Muchos demócratas, con énfasis diferentes, no comprenden aún que para que haya real democracia no sólo deben existir libertad política y justicia, sino también libertad económica. Porque la libertad es indivisible.

La tendencia hacia la estatización y el control económico de muchos gobiernos democráticos, aunque en los periodos de auge económico internacional no impidió que varios países alcanzaran aceptables índices de desarrollo, sí fue creando sociedades escleróticas, fue desarrollando un espíritu de dependencia y una reticencia a correr riesgos, que han producido, recientemente, no sólo grandes problemas de desarrollo, sino también sociedades paternalistas y dependientes del Estado o la ayuda externa.

En este campo también hay que cuidarse de la posibilidad de los estándares dobles: no

suprimir la libertad económica en aras de la justicia o la libertad política, pero tampoco imponer la dictadura con el pretexto del desarrollo y la protección de la empresa privada.

Durante décadas, sectores oligárquicos latinoamericanos han usufructuado una pretendida libertad económica que no ha sido otra cosa que regímenes de privilegios amparados a dictaduras. Ello debe desaparecer donde aún existe, como deben desaparecer las concepciones estatizantes que han postrado el desarrollo.

En las democracias, nuestros sectores de influencia deben estar dispuestos a asumir el riesgo total de la libertad total. Porque también es muy frustrante ver personas que defienden la libertad de empresa en abstracto, pero la rechazan cuando significa perder subsidios o privilegios propios.

Ello se proyecta también a una dimensión internacional, con países que proclaman su respeto a la libertad de comercio -y quizá realmente creen en ella-, pero mantienen sistemas de cuotas, control de precios o incentivos, que, sobre todo en agricultura, eliminan las posibilidades de que una serie de países en desarrollo aprovechen las ventajas comparativas en esos campos. Escollos de este tipo a la libertad de comercio internacional son también parte de las frustraciones que confronta la democracia.

3. No tomar en cuenta la relación democracia-eficiencia

Con cuánta frecuencia se pretende ser demócrata sin rigor,

dirigir pueblos sin trabajo, buscar liderazgo sin estudio.

La democracia tiene no sólo que basarse en la justicia, como ha sido proclamado tanto, sino que ambas dependen de la eficiencia.

Cuando recientes democracias de América fallan en el frente económico por erradas medidas, se engendran frustraciones que las afectan negativamente.

Los demócratas latinoamericanos, sobre todo aquellos que ejercen el poder, deben aceptar y practicar que no basta con repetir o respetar ideales. Hay que lograr resultados.

La democracia debe probar que es eficiente como forma de organización política y como sistema para garantizar la justicia y la libertad, pero también como administradora, creadora, productora. Y debe haber apoyo internacional para quienes están realmente empeñados en esta tarea.

4. El mantener mitos que suplantán realidades

Los verdaderos demócratas latinoamericanos sienten también frustración ante el encubrimiento de la realidad con la retórica, y la utilización de mitos para desconocer hechos palpitantes o para eludir incómodas responsabilidades.

Frustra a la democracia, por ejemplo, que ante el gran enfrentamiento ideológico que se da en el istmo centroamericano, que ante el choque de democracia y totalitarismo, haya quienes aún pretenden desconocer esta

realidad y ubicarla en un hipotético contexto norte-sur.

Frustra también que se pretenda legitimar las aberraciones de un proceso mediador como el de Contadora con el simple argumento de que es latinoamericano, como si eso fuera un valor en sí mismo, y como si en nuestro continente no hayan existido horrendas políticas y políticos.

5. La prostitución del lenguaje

Para crear y mantener mitos hay que manipular los conceptos, y esto nos lleva a una quinta frustración, que prácticamente engloba a las anteriores: la prostitución del lenguaje, la pérdida de rigor y valor intelectual, la confusión conceptual, que se convierte en consecuencia y motor del relativismo oportunista, de los falsos mitos, de la incapacidad de análisis honesto y, por tanto, conspira contra la democracia sin que a veces nos percateemos de ello.

La incapacidad o falta de deseo para penetrar en la verdad de los conceptos ha conducido, por ejemplo, a que el de paz haya sido manipulado precisamente por los enemigos de la democracia.

Qué hacer

¿Qué hacer ante estos problemas? Primero, realizar

esfuerzos profundos de diagnóstico, de exégesis radical de nuestros problemas. Y en esto hay que seguir la recomendación de Friedrich Hayek en *"Camino de Servidumbre"*: "No podremos ganar sabiduría en tanto no comprendamos que mucho de lo que hicimos fueron verdaderas locuras.

Debemos exorcizar nuestros demonios.

Nosotros, demócratas que nos quejamos de las frustraciones

de la democracia, tenemos que estar alertas para no convertirnos en fuente de ellas. Con esta orientación, debemos tener una actitud permanente de divulgación y polémica. Debemos tener una actitud de responsabilidad hacia nuestras tareas específicas. Si es empresarial, aceptando el riesgo de la libertad económica. Si es académica, depurando el enrarecido ambiente intelectual que frecuentemente azota a nuestros centros de estudio y pensamiento. Si es

periodística, realizando un esfuerzo consciente por reflejar la realidad sin prejuicios, pero también opinar sobre ella sin miedo ni ingenuidades. Si es de Gobierno, siendo eficientes, responsables, conscientes.

Las frustraciones de la democracia están frecuentemente en nuestro mismo patio, y es allí donde deben evitarse, para salir fortalecidos a dar la lucha en contra de nuestros enemigos abiertos o solapados.

Jorge Mario García Laguardia*

Posibilidades y obstáculos de la democracia en América Latina

Iniciamos nuestra intervención preguntándonos si es posible de veras la democracia en América Latina. Nos preguntamos esto, porque hay una opinión de curso corriente en ciertos

* Guatemalteco, actual Director Ejecutivo del Centro Interamericano de Asesoría y Promoción Electoral (CAPEL), con sede en San José de Costa Rica. Investigador del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, experto de Naciones Unidas en la División de Derechos Humanos; Secretario del Comité Directivo del Instituto Iberoamericano de Derecho Constitucional. Autor de varios libros, entre otros: *Orígenes de la Democracia Constitucional de Centroamérica*, *La Reforma Liberal en Guatemala* (Premio Nacional del Centenario, Guatemala), *Desarrollo Histórico del Constitucionalismo Hispanoamericano*, *Constitución y Orden Democrático* y *La Defensa de la Constitución*.

círculos académicos, hasta en buenos, de los Estados Unidos y de Europa que, con cierto paternalismo sarcástico, señalan que los latinoamericanos no podemos vivir en democracia y que nos condenan a vivir dentro del autoritarismo. Según esa opinión, tenemos una atávica e histórica condena para vivir en regímenes de esa naturaleza. Posiblemente el autor que recoge con más crudeza esta opinión es uno de los autores que ha influido más en mi formación y que, por eso, lo recuerdo: Maurice Duverger, quien en sus *Instituciones Políticas y Derecho Constitucional*, dice: "La democracia, el régimen democrático, sólo es posible en los países altamente industrializados", y sentencia expresamente que los lati-

noamericanos no podemos vivir democráticamente. Sin embargo, hay experiencia de la historia latinoamericana que demuestran lo contrario. Una de ellas es ésta, precisamente, estar haciendo un seminario aquí, en este pequeño país, Costa Rica, uno de los países más pequeños de América Latina, que no es naturalmente un país industrializado ni desarrollado y que, sin embargo, ha podido vivir en democracia durante tantos años (los costarricenses celebrarán, y los centroamericanos celebraremos con ellos, 100 años de democracia próximamente).

Hay otros ejemplos recientes en la región latino y centroamericana, que demuestran lo contrario. Uno de ellos se refiere a una experiencia que nos ha tocado presenciar en los últimos días. Estamos viendo hoy mismo el fin de una dictadura vitalicia, un modelo impuntualmente napoleónico en el corazón del Caribe, en Haití. Un proceso de transición, cargado de tensiones llevadas a límite entre los viejos y nuevos autores del dinámico proceso, en busca de una nueva institucionalización. Todos los indicadores llevarían a pensar que los haitianos no están preparados para vivir en democracia; sin embargo, la respuesta del pueblo haitiano en las últimas consultas han demostrado realmente que la actitud democrática es una cosa como de sentido común, no hay necesidad de aprenderlo; es una modalidad natural de la condición humana. Cuando se convocó la elección a Asamblea Constituyente, en diciembre del año pasado, con muchos vicios de legitimidad, la población haitiana se resistió a participar y, del cuerpo electoral que debía participar en la consulta, sólo llegó el 5%. Pero, cuando integrada la Asamblea Constituyente, en una tensión con el gobierno militar que controla y define el proceso hacia la transición hasta este momento, elaboró un documento que establece garantías para que la población participe, los partidos políticos incipientes, y la sociedad civil, manifestada a través de pequeñas agrupaciones de las iglesias y de los gremios, se

vuelcan masivamente a participar y vota el 98% del cuerpo electoral.

Y, ¿qué sucedió en Honduras en la última elección presidencial? Ante la irresponsabilidad de la clase política, cuyos dirigentes no se pudieron poner de acuerdo en el plazo fijado para designar sus candidatos, la sociedad civil participó, los gremios, las asociaciones sindicales, las asociaciones patronales, inclusive las fuerzas armadas, para llamar al orden a los dirigentes políticos a fin de evitar la posibilidad de un golpe de estado y el rompimiento de la institucionalidad. Y la salida institucional que se encontró fue rescatar el ejemplo de la ley electoral uruguaya, conocida como la Ley de Lemas, posiblemente la ley electoral más sofisticada del mundo. Técnicamente se conoce como la ley del doble voto simultáneo; los partidos no designan un solo candidato sino que pueden presentar cuantos candidatos existan dentro de las corrientes internas de los partidos; incluso los electores pueden votar solo por el partido y no por ningún candidato; todos los votos del partido se suman al candidato del partido que haya sacado más votos. Desde principios de siglo ése ha sido un sistema con el cual los uruguayos han funcionado y han funcionado bien, según señalan; porque en Uruguay hay una sociedad, primero, pequeña; después, una sociedad con una gran homogeneidad social; una vieja tradición de partidos políticos organizados; un analfabetismo muy elevado; una gran tradición de organización sindical, de organización de interés, etc; todos los requisitos para que una democracia funcione.

Para las elecciones de Honduras se pensaba, con gran preocupación, que un sistema tan sofisticado como éste podría fallar y fue reconfortante ver cómo aquellos campesinos semi-analfabetos de Honduras se lanzaban dentro del vericuetto terrible de esa ley electoral y votaban por sus candidatos; y votaban por sus partidos; e incluso muchas veces, sancionando a sus propios líderes, votaban sólo por su partido, sin votar por ningún líder, para demostrar que la clase política se estaba equivocando. Es decir, el pueblo, el pueblo no educado, participaba políticamente en una forma más democrática que la clase política.

Así pues, sí es posible hacer democracia y sí podemos vivir en democracia en América Latina. Naturalmente que hay un juego pendular entre la estabilidad autoritaria y la disgregación desde la época de la formación de nuestros estados, desde la época de la independencia. Existe una resistencia a este sistema democrático, una cultura política autoritaria resistente a la concertación. Se podría pensar, por ejemplo, como la formación de la clase política latinoamericana, que fue abrevada en el siglo XVII dentro del neotomismo, posiblemente ha pesado sobre todos nosotros y, por eso, hemos heredado esa actitud intransigente, intolerante, resistente a la concertación.

Al leer los escritos de los autores de La Ilustración en el momento de la independencia o los escritos de la clase política de las reformas liberales, concientizados en el positivismo, se encuentra una gran similitud con cierta literatura marxista hoy de

moda en América Latina. Es una actitud de absoluta fe; es una actitud de cruzada; es una actitud de búsqueda de enemigos y de defensa, a ultranza, de los propios principios. Esa cultura autoritaria ha pesado mucho para evitar que las experiencias democráticas avancen, que se logre un consenso para hacer cambios substanciales. Y, además, se da una concepción patrimonialista de la actividad política que se orienta a ocupar el poder como botín político y económico y que ha enriquecido ilícitamente a una mafia política en todos nuestros países y ha establecido una práctica de violencia física y de enriquecimiento ilícito. El juicio contra los militares argentinos es ejemplar en los últimos años, o el caso reciente en Dominicana, de la persecución y el juzgamiento de funcionarios culpables de corrupción en el ejercicio de su cargo.

Por otro lado, hay un grave problema ocasionado por la falta de participación popular. En muchos de los países, los gobiernos se esfuerzan en llamar a la gente a participar políticamente. Los partidos minoritarios de izquierda y de derecha no tienen organizaciones que les permitan presencia a nivel nacional, lo cual es absolutamente grave. Hay una canalización de millonarios recursos hacia partidos que se convierten en verdaderos aparatos captadores de votos, con desdibujamiento ideológico. Más que verdaderos partidos son máquinas captadoras de electores en el momento de una elección y no grupos organizados que plantean programas. Y, por eso, existe un entremezclamiento de los partidos. En muchos países, la oposición y el gobierno

son lo mismo. Un cambio de gobierno en México, con partido dominante, por ejemplo, es más significativo que el cambio de un partido a otro de oposición en algún otro país. Las diferencias entre los partidos desaparecen en algunos países y los programas y sus prácticas se asemejan mucho. Son partidos de electores. El Presidente Paz Estenssoro decía que, si en Bolivia seguía la situación como estaba, en cuanto a la captación de recursos millonarios para campañas, los narcotraficantes iban a llegar por la vía electoral a hacerse cargo del gobierno.

En el otro lado de la medalla, desde la fundación de la república hemos estado en una continua lucha en busca de la democracia. Ni los períodos autoritarios más largos, fanáticos y crueles han destruido una vocación, posiblemente innata, hacia la convivencia democrática. En los distintos momentos en que las muy importantes fuerzas que se oponen a ellas son controladas y se repliegan, el espacio abierto es colmado súbitamente por la sociedad civil con sus propios valores maltrechos, pero vivos.

Y aquí hicimos la primera elección democrática popular en 1809. A propósito de elegir a nuestro representante a la Junta Central, y tenemos una caudalosa producción de leyes electorales. En ninguno de los procesos de re-democratización de los últimos años se re-implantó el andamiaje constitucional de los regímenes autoritarios, sino que se construyó uno nuevo de muy variados matices, pero en busca de un mismo fin. En el Perú, por ejemplo, se volvió al régimen constitucional a través de un cuerpo constituyente electo con un

sistema proporcional puro, integrado por 100 diputados en un solo distrito, adjudicando los escaños por el método de la cifra repartidora. En Uruguay, cuando los militares se fueron, se volvió a su tradicional Ley de Lemas. En el Brasil se adoptó un sistema proporcional en distritos plurinominales de diferente magnitud, con listas abiertas y barrera inicial y se siguió así la tradición del régimen anterior a los militares que se modificó en forma poco sensible. En Guatemala se adoptó el voto doble del modelo alemán con dos listas, una nacional y otra distrital; con un sistema de representación proporcional de adjudicación por el método d'Hondt, barrera inicial y mayoría absoluta, con segunda vuelta para la elección presidencial. Y se produjo un vuelco de tendencias que posiblemente estaban bloqueadas, lo que hace llegar finalmente al Apra al poder en el Perú; en Argentina permite a los radicales derrotar a los peronistas y en Centro América acceder al gobierno a los demócratas cristianos en Guatemala y El Salvador, después de largos años de exclusión.

Se da así, una mezcla de continuidades y cambios en las instituciones y el comportamiento electoral. Se llama la atención en aspectos institucionales y se propugna por reformas en el sistema electoral, orientadas a objetivos específicos en cada país: superar una hipotética ingobernabilidad, fortalecer el sistema de partidos, terminar con el régimen de exclusión política que imposibilita la participación

de partidos y tendencias y bloquea la expresión de la oposición, y evitar una polarización ideológica que impida coaliciones estables. Estas características nacionales condujeron en un amplio y matizado aspecto a las distintas soluciones, pero todos los experimentos se realizaron dentro del marco de un objetivo común: la búsqueda del régimen democrático.

Por tanto, los procesos de transición carecen de una base

sólida porque intereses y fuerzas internas y externas son fuertes, son importantes, están intactas y políticamente son muy fanáticas. Se pueden identificar cuatro de esas fuerzas: *a-* Los intereses económicos privados que quieren poner el aparato del estado a su servicio. *b-* Las fuerzas armadas, que se atribuyen competencias que nadie les ha otorgado. *c-* La guerrilla marxista, que se opone frontalmente al sistema democrático y quiere sustituirlo por la fuerza por un régimen comunista. *d-* Una política exterior errática de las grandes potencias que sobre Latinoamérica han influido durante los años de la independencia hasta la fecha. Sería

ingenuo pensar que estos procesos en desarrollo son irreversibles, pero ha quedado claro que el pueblo los apoya por lo menos por dos indicadores. Ha habido una alta participación electoral en los últimos procesos y, además, se han dado movilizaciones populares espontáneas, muchas veces al margen de las dirigencias partidistas.

Finalmente, en cada país debe hacerse un análisis coyuntural y resolver las situaciones, tomando en cuenta el objetivo buscado que es la consolidación democrática. Debemos avanzar y ocupar los espacios en esta búsqueda, por la democracia en la cual estamos empeñados.

José D. Escobar Galindo*

Cómo superar las frustraciones de la democracia en América Latina



En América Latina, la democracia es una permanente aspiración, un desafío que ha estado siempre mucho más en potencia que en

* Doctor en Jurisprudencia y Ciencias Sociales. Miembro de número de la Academia Salvadoreña de la Lengua, de la Comisión Técnica del Ministerio de Relaciones Exteriores, del Grupo Nacional de Abogados encargados de defender el Caso de El Salvador en el conflicto con Honduras ante la Corte Internacional de La Haya. También es Vicerrector de la Universidad Dr. José Matías Delgado y Director de la Revista Cultura de El Salvador. Fue Director de Organismos Internacionales del Ministerio de Relaciones Exteriores. Ha publicado múltiples libros de poesía, cuento, novela y teatro.

acto. Salvo casos excepcionales y admirables, como el de Costa Rica, los últimos decenios han sido para América Latina un ejercicio doloroso de acercarse y alejarse de la democracia en una acción pendular que ha creado no sólo cansancio y frustración sino, por consecuencia, desconfianza y escepticismo.

La visión popular de nuestra realidad latinoamericana no es algo nuevo. Los europeos no nos han ayudado siempre en la valorización de nuestro propio ser. El Conde de Keyserling dijo

que América era el Continente del Tercer Día de la Creación, donde todavía no ha surgido el Espíritu. Papini habló con arrogancia de "lo que América no ha dado". Por contraste se habla, entre nosotros, del Continente de la Esperanza, de Ariel frente a Calibán, y de los "cachorros del León Español..."

Hoy, todo eso es retórica. La vida contemporánea, y nuestra propia edad republicana, exigen definiciones, idearios pragmáticos, programas eficaces y permanentes de acción política y

social. Y en eso es en lo que la democracia todavía no ha dado la medida en América, y son muchos, desafortunadamente los que trabajan solapada o abiertamente para que no la dé.

En gran medida, las frustraciones derivadas de la fragilidad latinoamericana de la democracia, surgen de la propia naturaleza de ésta. Fácil es para el totalitarismo -cualquiera sea su signo- decretar el progreso, simular la aceptación colectiva, y presentar -sobre todo mientras dura la euforia revolucionaria- todo un dinamismo de entusiasmo social, que se traduce en imágenes de obreros sonrientes y de trabajadores que aceptan con beneplácito los sacrificios de una etapa de "transición hacia"... el hombre nuevo y la nueva sociedad. Todo ese aparato, que va haciéndose en el país que lo sufre día a día más ficticio, encandila la imaginación y la ilusión en los pueblos que padecen aun los desgarramientos del "cruel sistema capitalista", escenario idóneo de la lucha de clases. La democracia, en cambio, como la entendemos, es decir, como expresión de libertad en todos los órdenes, no ofrece ningún paraíso, sino la verificación cotidiana de la naturaleza humana, en todo lo que tiene de vario y aún de contradictorio, pero también, por eso mismo, en lo que tiene de sanamente competitivo y efectivamente progresista.

La democracia sí realmente hay que construirla, porque no tiene ningún disfraz aceptable: todo en ella, cuando en realidad, existe, es esfuerzo arduo, ejercicio de divergencias, aprendizaje de tolerancia. O sea que requiere *tiempo* para consolidarse y dar sus

frutos, pues no opera por determinismo histórico, sino por voluntades concertadas.

Y los países jóvenes, como los nuestros, son presa fácil de la impaciencia, del agobio de las necesidades que requieren ser ya resueltas y superadas. Por eso, la frustración más evidente que produce la democracia es el sentir que no avanza lo suficientemente rápido como querrían -un poco por reclamo comprensible y otro poco por instigación de los que ofrecen "paraísos por decreto"- los conglomerados de nuestras naciones. Como la democracia deja manifestar las ideas, aun las más ilusorias, dentro de la constante puja por el poder que en ella se promueve, los que quieren y necesitan que la democracia fracase están allí siempre, prestos a decir que no es sino otra cobertura más leve del viejo autoritarismo, y que no es capaz de resolver los reales problemas. Y la frustración, cuando se generaliza, trae lo que ya conocemos: el retorno de ese viejo, gastado e inútil recurso autoritario.

La democracia, por razones de su propia índole y funcionamiento, se va haciendo sólida por acumulación de logros y aun de errores, precisamente porque en ella aquéllos, los logros, no se sacralizan; y éstos, los errores, no se vuelven intocables, sino que todo el mundo puede verlos y discutirlos. Pero en ese proceso, la sedimentación de las mejoras reales de la vida ciudadana exige al menos una conciencia básica de que se tiene que avanzar por etapas, de la fundamentalmente política a la plenamente social. Y esto reclama, sin duda, una labor formativa, educativa, de lo que es, de cómo funciona y de las

metas realistas de una democracia. En otras palabras: hay que educar urgentemente, permanentemente *para y sobre* la democracia.

La impaciencia opera tanto en aquellas democracias ya constituidas y estables como en las que apenas inician su camino; pero los efectos, desde luego, son diversos. En las primeras, puede existir una sobresaturación del ingrediente político, impidiendo o dificultando el avance en otros campos sociales y económicos. En las democracias incipientes, esa impaciencia histórica hace que la institucionalidad camine siempre en el filo de la navaja, asediada por enemigos de todos conocidos. Y aquí es conveniente señalar, muy someramente, que lo que se llama el "mundo libre" con frecuencia ignora, o pretende ignorar, o le es más cómodo hacerlo, que no es lo mismo la democracia en Suecia que la democracia en El Salvador, y exige, a veces, con una impaciencia *sui generis*, que nuestras instituciones den un salto imposible, para colocarse a la altura de un siempre deseable "debe ser" que aun en países mucho más desarrollados políticamente no es aún tan ejemplar como pudiera razonablemente desearse.

Nuestras imperfecciones estructurales, nuestras limitaciones, casi congénitas, en el proceso de desarrollo, nuestra aún no extirpada tendencia a las formas autoritarias de conducción política, nos hacen vulnerables e inseguros a la hora de adoptar

-por imperativo libertario y por convicción realista- el ideario y el esquema operativo de la democracia. Esto, unido a la impaciencia de nuestros pueblos, provoca la cadena de las frustraciones y la reincidencia en las conductas despóticas ya probadas, ya gastadas y ya incapaces de aportar ni siquiera esa apariencia de estabilidad con que antes se justificaban.

¿Cómo romper, entonces, el signo encadenante de la frustración?

No hay respuestas, sólo posibles reflexiones.

En primer lugar, habría que pensarse en la distinción entre una democracia pragmática y una democracia ideologizada, sobre todo para aquellos países que inician con enorme dificultad su proceso democrático. Desde luego, el juego de las ideas es natural e indispensable en una democracia; pero en la primera etapa de la consolidación, es preciso no sólo implantar el esquema político, la dinámica eleccionaria confiable, sino también el programa de progresiva superación social, sin el cual los pueblos miran a la democracia como juego formal, casi en el vacío. Ese programa tiene que ser un mínimo pragmático, que, conservando el diferente planteamiento ideológico de las distintas fuerzas realmente democráticas, permita producir y crecer con seguridad, dentro del mayor impulso a todos los que se llaman "fuerzas vivas" de la sociedad. Ese programa mínimo

de "desarrollo acelerado de la democracia", tendría sus variantes, según el Partido que esté en el poder, pero se conservaría -y eso es lo importante- como un mínimo pragmático de crecimiento económico y de superación social, evolutivos y pacíficos. Luego, al estar la democracia consolidada -como lo está en algunos países de América Latina- los programas integralmente ideológicos pueden enfrentarse, sin poner en peligro la estabilidad de la propia democracia, ya arraigada en los diversos y complejos núcleos sociales. Lo curioso es que en tales países, quizás por el propio arraigo de esa estabilidad, los excesos ideologizantes quedan al margen, y hay un mínimo creciente de concordancias fundamentales entre aquellos que prácticamente se turnan en el poder.

Hay que insistir, por otra parte, en la educación para la democracia. Todos los valores que ésta encierra y promueve deben ser inculcados desde la más temprana infancia en los futuros ciudadanos. El hecho de que éstos vivan en un ambiente de libertades es la primera escuela; pero no se puede olvidar la escuela formal, en la que tendría que haber programas destinados a expresar clara y sistemáticamente las bondades del ideario de las libertades. El contraste decimonónico entre civilización y barbarie se reproduce en nuestros días en la dramática confrontación entre democracia libertaria y totalitarismo opresor. Y es una pugna no sólo de grupos políticos, sino de visiones integrales del mundo. Pues en la visión democrática integral del mundo hay que insistir

-en todos los campos- con el ejemplo y con la enseñanza.

No podemos ignorar el hecho de que en nuestros países la democracia es todavía más una aspiración que una realización. Es indudable que en nuestros pueblos y también en los sectores más cultos de la población están introyectadas muchas de las actitudes y mecanismos del autoritarismo heredado desde épocas muy remotas. Esa introyección quizás ha producido en nuestros grupos más cultos, en nuestra *intelligentzia*, un movimiento pendular hacia el internacionismo, el colectivismo y sus derivaciones radicales. La enseñanza de la democracia ha de abarcar, pues, no sólo el nivel escolar, tan importante, sino todos los sectores, desde la Empresa Privada hasta el liderazgo político; desde el clero hasta las Fuerzas Armadas. ¿Quién debe promocionar e impulsar esa enseñanza? Los grupos más militantemente democráticos, a través de la presión legal que la misma democracia naciente permite.

La tarea de convencer a pueblos empobrecidos y ávidos de progreso real, tangible, compartido, no es nada sencilla. Hay que vencer los espejismos de las fórmulas mágicas, que sus promotores presentan con sutil o descarada demagogia. Ese convencimiento tiene su núcleo en la visión democrática realista, que presenta al progreso económico-social como una conquista evolutiva, difícil, pero auténtica, en la que todos deben participar, y que es la única que permite a todos beneficios ciertos y estables. Hacer sentir a los pueblos que la democracia -política, económica, social y

cultural- es la mejor solución a sus problemas y necesidades, constituye el reto fundamental de la educación en un continente asolado por la ignorancia y por la pobreza extrema de buena parte de su población.

No podemos pensar realisticallyamente en que las frustraciones de ese largo proceso desaparezcan. Lo importante, lo esencial, es que esas frustraciones -por obra de la institucionalidad creciente, del respeto a los derechos fundamentales y del

mejoramiento de los sistemas productivos y distributivos- se mantengan dentro de un margen manejable, que no rompa las estructuras esencialmente democráticas. El peligro está en que las frustraciones se vuelvan explosivas, y se llegue a esa peligrosísima tesis de "que cambie lo que hoy impera, y venga lo que venga"...

Para no llegar al filo de ese abismo, en el fondo del cual lo único que normalmente hay es un férreo totalitarismo, las fuerzas democráticas deben hacer un

esfuerzo para resistir unidas los embates de la impaciencia popular y las tentaciones del nefasto autoritarismo.

En este momento, más por razón de la necesidad histórica que de la adopción puramente racional, la democracia está en auge. Es un auge accidentado y vacilante; pero promisorio. La responsabilidad de mantener y consolidar ese auge nos corresponde a todos, cada quien desde su propio nivel de desarrollo y de su propio estudio de tradición.

Xavier Zavala Cuadra

Educación para la democracia en América Latina



Tomaré la experiencia centroamericana como muestra de las frustraciones de la democracia en América Latina y de lo que debemos hacer para evitarlas.

La actual topografía de la democracia en Centroamérica es volcánica. Nos honra tener la más antigua democracia de América Latina, pero Costa Rica limita al norte con su contradicción, el más joven totalitarismo latinoamericano. Y un poco más arriba, tres incipientes, balbucientes democracias. ¿Por qué estamos así? ¿Qué podemos hacer para mejorar?

Puesto que la democracia no es resultado de lluvias y vientos sino simple y puramente de conducta humana, vayamos a la médula del asunto y preguntémosnos: ¿Qué pensamos en América Central sobre la democracia? ¿Queremos los centroamericanos vivir en democracia? ¿Somos demócratas los centroamericanos?

Desde los días de nuestra independencia los centroamericanos nos hemos creído demócratas. Quiero decir que a lo largo de nuestra historia siempre hemos pensado que la democracia es la mejor forma de ser gobernados. Por eso nuestra

historia ha sido una cadena de intentos hacia la democracia. ¿Por qué cadena de intentos y no mantenida experiencia democrática? Responderé a esa pregunta, que es la pregunta piedra angular del tema que nos ocupa, pero me detengo un momento antes para no pasar por alto algo que está ahí y que importa e interesa: el significado de esos repetidos intentos.

Que nuestra historia haya sido una cadena de intentos hacia la

democracia significa, obviamente, que también ha sido una cadena de fracasos de democracia: cada intento terminó en nuevas dictaduras y guerras civiles. Ahora, pensando para el futuro, ¿qué conviene enfocar del pasado, los intentos o los fracasos? Ambos, porque de ambos aprenderemos. Y una lección importante de ambos juntos es que esa nuestra triste historia de intentos terminados en fracasos, dictaduras y guerras civiles, no ha sido capaz aún de disuadirnos de seguir buscando la democracia. El haber continuado tratando, a pesar de los fracasos, significa fundamentalmente que los centroamericanos hemos sido tercos en la búsqueda de democracia. Para nosotros la democracia es como una vocación o un destino.

Pero, entonces, ¿por qué Costa Rica es la excepción, por qué tanto fracaso, por qué la democracia ha sido frustrada tan endémicamente en nuestra historia? Porque, a pesar de nuestra terca creencia en la democracia, los centroamericanos, exceptuados los costarricenses, no somos demócratas. La aceptación mental de la democracia no convierte a los hombres en demócratas: cierto que hemos pensado que la democracia es la mejor forma de ser gobernados, pero no hemos pensado que es la mejor forma de gobernar. No somos demócratas. Ser demócrata implica poseer un conjunto de creencias y valores -las creencias y valores que hacen posible la democracia- y poseerlos tan enraizados en nuestra personalidad como para

que se manifiesten en nuestra vida diaria en forma de virtudes o hábitos de conducta.

Exceptuando a los costarricenses como pueblo y a los casos individuales de personas sorprendentes y ejemplares en los otros países, los centroamericanos no hemos poseído ni hemos cultivado las virtudes requeridas para la democracia. Una cosa es aceptar intelectualmente que la paz de la vida social radica en el ceder de unos y otros, y otra, muy distinta, es estar uno dispuesto a ceder. Una cosa es aceptar intelectualmente que todos tienen derecho a influir en las decisiones públicas, y otra, muy distinta, es estar pronto a reconocer y aceptar una derrota. La virtud de saber ceder y la virtud de reconocer y aceptar derrotas, no son de nuestro santoral. Las creencias y valores que hacen posible esas virtudes o hábitos de conducta, ni han sido ni son parte importante de nuestra educación para niños, jóvenes y adultos. Sin las creencias, sin los valores y sin las virtudes requeridas para convivir democráticamente, nuestros experimentos de democracia han sido edificios sin fundamentos.

La carencia de las virtudes requeridas para vivir en democracia se ha hecho patente también en los intentos mismos de alcanzarla. Personas o grupos, que se afanan y trajinan para establecer un sistema democrático en su país, ofrecen al observador un espectáculo confuso, contradictorio y, a ratos, lamentable: mientras proclaman luchar por la democracia, su proceder y conducta parecen contradecirlos. ¿Es mentira que tales personas y grupos quieren establecer la democracia en su país? Si

atendemos a las acusaciones que ellos mismos se hacen entre sí, en privado y hasta en público, nos quedaría una gran duda con respecto a la sinceridad de sus proclamas democráticas. Sin embargo, tiendo a creer que son sinceras, en la mayoría de los casos. El espectáculo confuso puede comprenderse si recordamos que, como centroamericanos normales, creen en la democracia pero su proceder no es habitualmente de demócratas: entre sus virtudes, no están las virtudes de la democracia. Y hay que tener paciencia. Tenemos que ser pacientes los unos para con los otros en los espectáculos confusos y contradictorios que nos ofrecemos mientras hablamos de democracia. Y así seguirá siendo mientras no hagamos lo que hay que hacer para poner remedio a tan grave defecto.

Alexis de Tocqueville, el gran francés del siglo pasado al que siempre hay que volver para aprender de democracia, no pudo haber sido más enfático al hablar de la importancia de las creencias, valores y virtudes. Generalmente él usaba una sola palabra: "costumbres". "¿Qué son -escribió él- todos esos hábitos, esas opiniones, esos usos, esas creencias, sino lo que he llamado costumbres?" Buscando qué explicaba mejor por qué unas democracias duran y otra no, y por qué unas son mejores que otras, se preguntó si la causa estaba en ciertas circunstancias geográficas o en la sabiduría de las leyes. Concluyó que no. Lo que explicaba para él las buenas democracias eran las costumbres del pueblo.

"En el Este -escribió-, donde los angloamericanos han hecho más largo uso del gobierno de la

democracia, es donde formaron los hábitos y concibieron las ideas más favorables a su mantenimiento. La democracia ha ido penetrando poco a poco en los usos, en las opiniones, en las formas; se la encuentra tanto en los detalles de vida social como en las leyes. Es en el Este donde la instrucción literaria y la educación práctica del pueblo han sido más perfeccionadas y donde la religión se ha entrelazado mejor con la libertad." (p.103).

"Si en el curso de esta obra -añade Tocqueville, refiriéndose a *La Democracia en América*- no he logrado hacer comprender al lector la importancia que atribuyo a la experiencia práctica de los americanos, a sus hábitos, a sus opiniones, en una palabra, a sus costumbres, en el mantenimiento de sus leyes, he fracasado en el objetivo principal que me propuse al escribirla" (p.104).

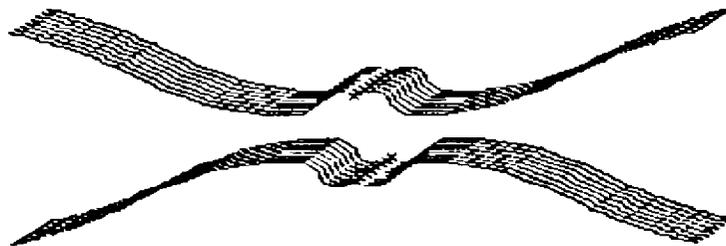
La autoridad de Tocqueville confirma lo que venía diciendo:

sin las creencias, valores y virtudes de la democracia, lo que construyamos de democracia será edificio sin fundamento.

¿Cómo adquirir las creencias, valores y virtudes de la democracia? Como se adquiere todo conjunto de creencias, valores y virtudes: con una adecuada educación. Y eso es lo que no hemos tenido: una adecuada educación para la democracia. Y eso es lo que urge hacer entre todos. Educación para la democracia de la que deben responsabilizarse las familias, las escuelas, los colegios,

las universidades, los medios de comunicación y la misma Iglesia.

Libro Libre invitará muy pronto a distinguidos dirigentes centroamericanos a iniciar una campaña promotora de esa adecuada educación para la democracia.





Publicaciones de la *Serie Democracia Hoy*

Democracia y Desarrollo, William Douglas, 1983, pags. 260, €200.00, \$3.85*

Centroamérica, Conflicto y Democracia, Jaime Darreblum/Eduardo Ulibarri, 1985, pags. 208, €280.00, \$5.38*

Páginas Sobre la Libertad, Franco Cerutti, 1985, pags. 236, €290.00, \$ 5.58*

El Militarismo en Costa Rica y Otros Ensayos, Fernando Volio, 1985, pags. 248, €280.00, \$5.38*

Ideas Políticas Elementales, José Joaquín Trejos, 1983, pags. 236, €295.00, \$5.67*

Para un Continente Imaginario, Carlos Alberto Montaner, 1985, pags. 164, €240.00, \$4.62*

La Confrontación Este-Oeste en la Crisis Centroamericana, Gonzalo Facio, 1985, pags. 424, €500, \$9.62*

1984 Nicaragua, Varios autores, 1985, pags. 296, €285.00, \$5.48*

La Democracia en los Países en Desarrollo, William A. Douglas, 1985, pags. 280, €250.00, \$4.81*

Frustraciones de un Destino: La Democracia en América Latina, Octavio Paz, 1985, pags. 300, €288.00, \$5.54*

El Sindicalismo en la Estrategia Soviética Mundial, Roy Godson, 1985, pags. 112, €175.00, \$3.37*

Libertad Camino entre Riscos, Guido Fernández, 1985, pags. 152, €195.00, \$3.75*

Nicaragua: Regresión en la Revolución, Varios autores, 1986, pags. 296, €300.00, \$5.77*

Democracia :Valores y Principios, Fernando Volio, 1986, pags. 432, €358.00, \$6.88*

Nicaragua Sociedad Civil y Dictadura, José Luis Velázquez, 1986, pags. 176, €225.00, \$4.33*

Especificidad de la Democracia Cristiana, Rafael Caldera, 1986, pags. 132, €225.00, \$4.33*

Centroamérica, entre el Ayer y el Mañana, Alberto Baeza Flores, 1986, pags. 352, €375.00, \$7.21*

La Columna, Enrique Benavides, 1986, pags. 512, €480.00, \$9.23*

Pensamiento Político Costarricense: la Social Democracia, Vol. I, Introd. y Selec. Carlos José Gutiérrez, 1986, pags. 296, €350.00, \$6.73*

Pensamiento Político Costarricense: la Social Democracia, Vol. II, Introd. y Selec. Carlos José Gutiérrez, 1986, pags. 392, €370.00, \$7.12*

Salud: Puente para la Paz, Edgar Mohs, 1987, pags. 216, €285.00, \$4.74*

La Democratización del Hemisferio, Varios autores, 1987, pags. 164, €200.00, \$3.31*

* Estos precios no incluyen flete

Para solicitar estos y otros ejemplares refiérase a la página 70.

Jaime Daremblum*

Introducción:

Visión europea sobre América y la democracia

De las interesantes exposiciones de este seminario, podemos apreciar que el tema de la democracia en nuestro hemisferio, además de su pasado y futuro, reviste una indudable actualidad.

En años recientes, hemos presenciado el florecer democrático en numerosos países latinoamericanos: en nuestra región, en el Cono Sur, en el Caribe. Pero también es cierto que, a vista y paciencia de algunas de esas mismas naciones, y con su complicidad, un régimen totalitario, negatorio de las libertades esenciales, sembró su aciaga semilla en Centroamérica. Y todos sabemos cómo este fenómeno, con todas sus peligrosas ramificaciones, gravita hoy sobre Costa Rica y otras democracias vecinas de Nicaragua.

* Costarricense. Doctorado en Derecho y Diplomacia por The Fletcher School. Profesor de relaciones internacionales de la Universidad de Costa Rica. Columnista del diario *La Nación* y director del Bulete Daremblum.

En este punto, la visión europea de lo que políticamente hoy ocurre en las Américas, y especialmente en el Istmo, es motivo de fundadas preocupaciones para nuestros países. En primer lugar, la perspectiva del Viejo Continente acumula una serie de equívocos centenarios respecto a la realidad del Nuevo Mundo. A ello se suman otras distorsiones, entre las que cobran particular importancia las creadas por la Internacional Socialista con ayuda del Grupo de Contadora y, desde luego, un conocido elenco de políticos de este lado del Atlántico.

Decía Carlos Alberto Montaner que lo que determina el espaldarazo o la censura de muchos dirigentes socialistas europeos a ciertos líderes y regímenes de América Latina, no es su textura moral ni el comportamiento real, sino el tipo de imagen que proyectan. Si un dictador, como Omar Torrijos lo fue en su época, o Daniel Ortega hoy, es fotogénico y sirve para contrarres-

tar la influencia de Estados Unidos, ello lo acredita para que los socialistas vuelquen el peso de la Internacional en su defensa y provecho. Así, por ejemplo, Felipe González, el actual jefe de Gobierno español, simultáneamente sirvió de Vicepresidente para América Latina de la Internacional Socialista y de Presidente del Comité Internacional de Defensa de la Revolución Sandinista. Todavía a estas alturas, hace escasos días, el Vicecanciller del gobierno de don Felipe se lamentó en Miami, después de realizar una gira por Centroamérica, que a los marxistas de Managua no se les brinde, según sus palabras, "el pan y la sal", símbolos de un convivio, una coexistencia amigable, que los costarricenses bien sabemos, sólo es posible en la mente de ilusos o maliciosos.

En igual sentido, el presente debate que tiene lugar en el Viejo Continente en torno a la eliminación de los euromisiles, evidencia que ciertos dirigentes europeos exigen una presencia nuclear norteamericana para afianzar el cometido político de Washington contra una agresión soviética, pero cuestionan y censuran el legítimo y necesario apoyo de Estados Unidos a quienes luchan contra el comunismo en Centroamérica.

Finalmente, y sin pretender agotar la lista de aberraciones conceptuales adoptadas por "expertos" europeos, y también norteamericanos, circula la tesis de que Nicaragua está construyendo una forma particular, propia, de democracia, con ciertas imperfecciones, pero, como me insistía un diplomático europeo destacado en Managua ¿cuál democracia es perfecta?. Desde luego que este funcionario no desearía ver estas imperfecciones, por así llamarlas, en su patria, y sin duda las ha observado en plena operación en Europa Oriental. Pero sí le parecen aceptables para un país latinoamericano.

Esta actitud, compartida por algunos políticos en el Hemisferio, se deriva de una concepción, más que pesimista, despectiva de la capacidad y la voluntad que tienen nuestros pueblos de vivir con libertad y justicia. Decía Octavio Paz que la democracia latinoamericana ha sido desfigurada y traicionada una y otra vez. Ha sido débil, indecisa, revoltosa, enemiga de sí misma, fácil a la adulación del demagogo, raída por el favoritismo y el nepotismo. Pero casi todo lo bueno que

se ha hecho en América Latina desde hace siglo y medio, ha sido bajo el régimen de la democracia. La pelea por la democracia es dura, y se libra a nivel mundial, mas la



experiencia del pasado y el imperativo del futuro, nos obligan a todos, sin excepción, a dar esa lucha en el presente.

Nada más cierto. Y uno de los primeros pasos en esa dirección y a lo que contribuye este seminario, es disipar la atmósfera de equívocos y nebulosas, en Europa, en Estados Unidos, en nuestros mismos países, acerca de lo que es deseable, y posible, para colmar los tres órdenes que convergen en la democracia, de los cuales habló el Dr. Novak: el de las libertades políticas, de las libertades económicas, y el imperativo ético sin el cual aquellas no fructifican.

Para analizar la visión europea de las contribuciones de América Latina a la democracia, dos distinguidos expositores aceptaron participar en este seminario: Lord Hugh Thomas, de Inglaterra, y don Ricardo Utrilla, de España. Lamentablemente, Lord Hugh Thomas, autor de obras señeras sobre la Guerra Civil española, Cuba y, últimamente, la guerra fría, de último momento tuvo que suspender su viaje a Costa Rica por motivo del proceso electoral en su país, a pedido de la Sra. Thatcher de quien es asesor. Esperamos en una próxima oportunidad contar con su valiosa colaboración.

Dichosamente está con nosotros don Ricardo Utrilla, autorizado vocero de la democracia española. Periodista notable, don Ricardo Utrilla se desempeñó como Director de Asuntos Latinoamericanos de la France Press durante 15 años

en París, y luego como corresponsal en Washington por 10 años. En 1983 pasó a presidir la Agencia EFE, y desde el año pasado encabeza el grupo 16 de publicaciones. Esa vasta experiencia y la calidad demostrada de su análisis, nos auguran una excelente y estimulante exposición.

Ricardo Utrilla*

Latinoamérica y la democracia

Una visión europea



Al abordar un tema como el de la visión que en Europa se tiene de Latinoamérica en relación con la democracia, surge de inmediato una tentación muy española:

Informado uno de nuestros escritores de que en Pamplona se acababa de fundar un diario llamado "El Pensamiento Navarro", exclamó: "¿Pensamiento y navarro? Pero si eso es una contradicción en los términos..."

Para muchos europeos, por desgracia, como para el escritor lo era el título del nuevo periódico, Latinoamérica y la democracia son términos contradictorios, antitéticos. Se suele tener en Europa sobre la América Latina la idea, cuando se tiene alguna, de que este conjunto de países ha quedado condenado a una especie de purgatorio que se caracteriza por una sucesión de golpes militares, revoluciones, guerrilleros, torturas, grandes crisis económicas y perpetua explotación de las masas por despiada-

* Periodista. Editor Ejecutivo y Director de la revista *Cambio 16*. Entre 1983 y 1986 fue Director General de la Agencia EFE, en la que había iniciado su carrera como redactor de noticias internacionales. En 1960 pasó a France Press, donde ocupó el cargo de Director Adjunto de los Servicios Latinoamericanos y corresponsal en Washington. En 1983 obtuvo el Premio Nacional de Periodismo de España.

dos oligarcas o desalmadas compañías transnacionales. Todo ello, por supuesto, bajo la batuta del gran director de orquesta norteamericano.

Pero, afortunadamente, superando los pertinaces estereotipos, son cada vez más numerosos los políticos, intelectuales e informadores europeos que se acercan con interés e incluso cierta admiración a la realidad latinoamericana. Es una tendencia que tiene su origen en un doble sentimiento, que el canciller alemán Willy Brandt describió con una sentida evocación: "Latinoamérica, ese continente tan abandonado por Europa, que sin embargo se siente tan atraída por él".

Y quienes así se acercan en Europa a las realidades de Latinoamérica no tienen más remedio que rendirse pronto a una evidencia: pocas veces a lo largo de la historia de la Humanidad se han acumulado tantas falsedades, ignorancias, y deformaciones y frivolidades como las que se han abatido sobre este subcontinente.

Si queremos ver claro en este largo proceso, habremos de empezar por reconocer que han sido los propios latinoamericanos quienes, dignos descendientes directos de un Imperio en ruinas como el español, han contribuido en gran medida a montar esta ceremonia de la confusión.

¿Por qué? Porque se han dejado atenazar por un complejo muy hispano, particularmente agudo en la

vieja metrópoli a partir del 98: el complejo de inferioridad.

Pasada la euforia y creatividad de la independencia, y deseosos de darse una personalidad propia lo más diferenciada posible de la derrotada madre patria, cayeron estos países en extremos a veces pueriles, o descabellados, como lo es el caso paradigmático de la joven república argentina de Sarmiento intentando cambiar el idioma nacional. Todo parecía lícito para desprenderse de las "lacas históricas" heredadas de España.

Curiosamente, del mismo modo que en la península se aceptaba sin paliativos la derrota, en lo político y económico, frente a franceses e ingleses, los españoles emancipados de América dieron por sentado desde un principio que su civilización era inferior, al menos para los tiempos que corrían y se anunciaban, a la franco-anglosajona. Bien es cierto que algunas y poderosas razones tenían para ello, y en particular la pujanza del gigante del Norte, pionero revolucionario y portaestandarte de la nueva fórmula de civilización que se anunciaba dominante en los países avanzados: la democracia.

Pero ello no hubiera debido bastar para semejante entrega espiritual, tanto menos cuanto que los héroes e inspiradores de la independencia estaban imbuidos del ansia de libertad de los librepensadores revolucionarios franceses y participaban del pragmatismo luterano anglosajón, aspectos ambos reñidos con la esencia misma de cuanto, en los últimos siglos, había llevado a España al derrumbamiento material y espiritual.

¿Qué sucedió, entonces, para que los recién liberados de las cadenas imperiales ibéricas se entregaran, atados de pies y manos, a nuevos domina-

dores culturales, reconociéndolos superiores sin rechistar?

Desde Adler, sabemos que todo fenómeno neurótico es fruto de un complejo de inferioridad que se desarrolla en aquellos individuos -digamos aquí naciones- enfrentados con una tarea que consideran superior a sus capacidades. No se trata de un reconocimiento de la propia inferioridad, sino de una impresión, un sentimiento, una ilusión. No es una realidad, sino una deformada apreciación de la realidad. Los diccionarios lo definen tajantemente: "El complejo de inferioridad es un conjunto de factores afectivos, intelectuales y volitivos que llevan a una persona -pongamos aquí nación- a infravalorarse y a sentirse incapaz de realizar lo que le está asignado". Lo cual, por supuesto, conduce a quien lo padece a "fracasos sociales, sexuales o profesionales, que todavía aumentan su complejo, estableciéndose así un círculo vicioso".

El círculo infernal al que Latinoamérica parecía, hasta hace muy poco, condenada.

El origen del complejo de inferioridad latinoamericano habrá que buscarlo en dos factores, a mi entender, esenciales: el carácter artificial de las jóvenes repúblicas, todas ellas fragmentos de más amplias unidades coloniales, y la conciencia de una clara superioridad material de una nueva sociedad creada en el Norte por los colonos anglosajones, superioridad puesta de manifiesto y ensalzado por ilustrados viajeros como el todavía español y luego venezolano



Francisco de Miranda y el francés Alexis de Tocqueville.

Sin identidad realmente nacional y con tamaño ejemplo en el mismo continente, nada de extraño tiene que los recién nacidos a la libertad considerasen muy pronto que no estaban a la altura de las circunstancias.

La historia se encargaría después de afianzar su complejo, incrustándolos en el fatídico círculo vicioso. Lo mismo, al otro lado del Atlántico, le sucedía a España.

Quien ponga en duda la realidad de este fenómeno de neurosis, de este complejo de inferioridad latinoamericano, no tiene más que reflexionar unos segundos sobre algo que a mí, personalmente, me ha dejado siempre boquiabierto y, por qué no decirlo, a veces indignado: la facilidad, la sumisión con que la América Latina ha aceptado que la in-

Evidentemente, para instalarse en su complejo, han tenido los habitantes de estas tierras que olvidar muchas cosas: que aquí se fundaron, y subsisten, importantes universidades anteriores en más de un siglo a las de Harvard y Yale; periódicos que ya eran grandes cuando no habían nacido el "Washington Post" ni el "New York Times"; que los esclavos fueron libres constitucionalmente en la casi totalidad de Iberoamérica sin esperar a que Lincoln lo impusiera en el Norte.

cluyan en el Tercer Mundo. ¿Por qué tercero? Ni tercero, ni segundo; si acaso, primero bis...

Evidentemente, para instalarse en su complejo, han tenido los habitantes de estas tierras que olvidar muchas cosas: que aquí se fundaron, y subsisten, importantes universidades anteriores en más de un siglo a las de Harvard y Yale; periódicos que ya eran grandes cuando no habían nacido el "Washington Post" ni el "New York Times"; que los esclavos fueron libres constitucionalmente en la casi totalidad de Iberoamérica sin esperar a que Lincoln lo impusiera en el Norte; que, medio siglo antes de la independencia norteamericana, los comuneros de Paraguay, dirigidos por dos pañameños, inspiraron movimientos populares de liberación...

Convendría quizás, llegados a este punto, traer a cuento algo que intelectuales de ambos lados del Atlántico empiezan a considerar seriamente como una realidad esclarecedora: la América Latina es Europa. Una Europa peculiar, sureña, ibérica, con problemas muy específicos, pero Europa, al fin y al cabo.

¿Ignoran los latinoamericanos que hay aún en España, Portugal e Italia quienes, muy seriamente, culpan todavía de algunos males nacionales a la colonización árabe, a los familiarmente llamados moros? ¿Se desconoce por aquí que, hasta hace muy pocos años, una región española, Las Hurdes, estaba por debajo de niveles tercermundistas en cuanto a analfabetismo y expectativas de vida? ¿Y que posiblemente hay más diferencias económicas y culturales entre la Italia del Norte y el mezzogiorno de las que pueden existir entre Suecia y la Argentina?

En realidad, desde su independencia, se encontraron los latinoamericanos enfrentados esencialmente a los mismos problemas que la Europa del Sur y que podrían reducirse, en apresurada síntesis, a uno solo: cómo adaptar una civilización ya muy estructurada, de esencia católica y muy jerarquizada, a las exigencias impuestas por la nueva civilización dominante, luterana y democrática.

Frente a sociedades instaladas en un orden secular, ultraconservadoras y resignadas, habían surgido y terminado por imponerse naciones dinámicas que no veían pecado en la riqueza personal, buscaban el igualitarismo ante la Ley -que no sólo ante Dios- como fuente de energía e impulso nacionales y tenían como metas la felicidad del individuo

en esta tierra y la abundancia general, la mayor producción de bienes para todos.

El proceso de adaptación -que todavía dura, por supuesto- ha sido traumático no sólo para Latinoamérica, sino también para España, Italia y Portugal. Ni siquiera Francia se libró. ¿Dictadores latinoamericanos? Nosotros hemos tenido a verdaderos prototipos: a Franco, Salazar y Mussolini. Hasta el propio De Gaulle fue acusado de serlo. ¿Revoluciones, guerras civiles, pronunciamientos, terrorismo? Más nos valdría a los europeos del Sur no echar cuentas comparativas...

Por otra parte, ¿han disfrutado naciones tan europeas como Polonia, Bulgaria o Yugoslavia de más y más duradera libertad o democracia que la mayoría de los países latinoamericanos?

Lo que caracteriza a nuestras sociedades, latinoamericanas y europeas del Sur, frente a las anglosajonas ahora dominantes, no son ni las riquezas naturales, ni las aspiraciones de libertad, ni siquiera nuestros cuerpos legales. Como el ya citado Tocqueville señaló hace casi un siglo con suprema agudeza, lo que nos diferencia esencialmente son, lisa y llanamente, "las costumbres". Lo que un Premio Nobel español, Severo Ochoa, llama "el ambiente".

Y, no deja de ser curioso, hay ya incluso quienes pretenden que la evolución de las sociedades más avanzadas parece darnos, a todos nosotros, cierta razón. Que es como si un proceso de hispanización se hubiese instalado en ellas, haciendo de la calidad de vida algo cada vez más apreciado que la pura producción y consumo de bienes.

Y ponen un ejemplo: hace ya años que los trabajadores de los países avanzados de Occidente, tanto los europeos como Estados Unidos y Canadá, inclinan sus reivindicaciones laborales más del lado de la reducción de horarios que del tradicional de las mejoras salariales. Están tratando de liberarse de los imperativos más esclavizantes de la civilización industrial. De regresar, de alguna manera, a nuestros usos y costumbres.

De forma ingenua y casi enternecedora, con timidez, lo expuso un latinoamericano, el insigne ecuatoriano Galo Plaza, en su "Latinoamérica del hoy y del mañana":

"Puede que los norteamericanos tuvieran menos úberas si pasaran más tiempo en los cafés, resolviendo ociosamente los proble-

mas del mundo y viendo pasar a las muchachas. También podrían disfrutar más de la vida -y proteger su entorno en ese proceso- si estuvieran más preocupados por la belleza y menos por el consumo".

Es un canto a ciertos aspectos de nuestra forma de vida, pero todos sabemos ya que no es viendo pasar a las muchachas desde la terraza de un café como se resuelven los problemas de la deuda exterior.

Sin embargo, y creo que ya es hora de entrar de lleno en el tema que nos ocupa, nuestros hábitos seculares, las costumbres que nos caracterizan, el sempiterno "mañana" y la tópica "siesta", no han impedido, ni mucho menos, que de este robusto tronco cultural hayan brotado lustrosas ramas que enorgullecerían al más exigente de los modernos demócratas.

Si la democracia, superando la escueta definición de una forma de conducir las sociedades que Lincoln plasmó en su famoso "Gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo", ha acabado en nuestros días identificándose con la libertad individual y el respeto a los derechos humanos, habremos de advertir que nuestra familia ha aportado cuantiosos y especiales legados a la herencia democrática común de la humanidad.

Dejando atrás a Fray Bartolomé de las Casas y al Padre Vitoria, habría que recordar a un limeño excepcional, Pablo de Olavide, quien en los tiempos de Carlos III consiguió en España dos logros históricos: una reforma universitaria que terminaría acabando de una vez con la escolástica medieval y una reforma agraria basada en el moderno concepto de que el éxito de las empresas económicas depende del capital humano.

Cierto es que Olavide acabó humillado y encarcelado por la Inquisición, aunque luego lograra huir a Francia, pero la historia a veces se permite burlas maliciosas. Porque menos de medio siglo más tarde, hubo de ser otro español americano, el quiteño José Mejía Lequerica, quien consiguiera, en las Cortes de Cádiz de 1812, una cumplida venganza para el limeño: la abolición del Tribunal de la Inquisición.

En esa línea, desde que logró su independencia de España, la América Latina ha dado importantes y repetidas muestras de una constante que ha dominado la vida de todos sus países: "la búsqueda de la libertad", por emplear una expresión que sir Hugh Thomas utilizó como título para su monumental historia de Cuba.

Esos esfuerzos, las constantes aportaciones al pensamiento liberal y democrático de hombres como el cubano José Martí o el uruguayo José Enrique Rodó, entre otros muchos, o el tremendo ejemplo que constituyó para el mundo entero la revolución mexicana, anterior a la bolchevique, demuestran que Latinoamérica no sólo no es incompatible con la democracia, como aún piensan muchos europeos y norteamericanos, sino que, muy al contrario, es tierra abonada para ella, pese a las repetidas e impresionantes dificultades que le surgen en el camino.

Dificultades, endógenas y exógenas, que se multiplican y agravan por la condición de "redimible" que todavía conserva este subcontinente.

Esa condición, que hace de un país o conjunto de países la presa codiciada de todo tipo de redentores, la padecemos ya los europeos, desde España hasta Rusia, bajo los ejércitos de Napoléon. Vinieron después otros salvadores, Lenin, Stalin, Hitler, Mussolini..., ávidos de redimir a una Europa débil y desarticulada por guerras y crisis económicas. Querían todos ellos librarnos del capitalismo. Los dos últimos pretendían, además, salvarnos igualmente del marxismo. Aspiraban a darnos una nueva identidad, puesto que la nuestra propia, la de españoles y alemanes, italianos y húngaros, rusos y franceses, en uno u otro momento, se habían debilitado hasta hacernos perder la fe en nosotros mismos.

Tal es la situación que ha soportado, y aún soporta, la América Latina. Dentro y fuera de su territorio, son legión quienes piensan justificar su vida redimiendo a los latinoamericanos. Para lo cual, como es lógico, necesitan previamente que existan condiciones, reales o imaginarias, que los hagan redimibles: corrupción generalizada, incapacidad para gobernarse a sí mismos, explotación sistemática del débil, atraso cultural, hambruna...

Con decir que hasta un sociólogo de la tabla del francés Roger Caillois ha llegado a "demostrar", con minuciosas explicaciones, que la afición al juego es una de las causas principales del atraso latinoamericano y, en particular, del brasileño... No debía sentir mucha curiosidad por las estadísticas, que señalan como uno de los países más aficionados al juego en todo el mundo... a los Estados Unidos.

El aspecto más negativo de este tipo de fenómenos, en lo que se refiere particularmente a Latinoamérica, es lo que yo llamaría el "efecto de rebote": inseguros y precariamente instalados en su cultura, muchos latinoamericanos asumen la imagen galocéntrica o anglocéntrica que de sí mismos reciben y la devuelven como cosa propia. Sí, somos sociedades de dictadores. Sí, despreciamos y explotamos al humilde. Sí, somos inferiores a europeos y norteamericanos y no sabemos defendernos de ellos...

¡Qué mejor confirmación, para los creadores de tales imágenes, que recibirlas de vuelta con un certificado de autenticidad firmado por los propios interesados!

Dificultades, endógenas y exógenas, que se multiplican y agravan por la condición de "redimible" que todavía conserva este subcontinente.

Esa condición, que hace de un país o conjunto de países la presa codiciada de todo tipo de redentores, la padecemos ya los europeos, desde España hasta Rusia, bajo los ejércitos de Napoléon. Vinieron después otros salvadores, Lenin, Stalin, Hitler, Mussolini..., ávidos de redimir a una Europa débil y desarticulada por guerras y crisis económicas.

Parece ya llegada la hora de que, asumiendo gallardamente su identidad y sus responsabilidades, sepa librarse Latinoamérica de esa plaga redentorista. Nadie salva a nadie que no sepa o no quiera salvarse. No hay verdadera salvación que no sea propia e individual. Se trata de dar a cada persona o país los medios para que se redima por sí mismo. Todo lo demás no libera, sino esclaviza.

Y el primer paso por ese camino liberador, que ya está dado en muchos países latinoamericanos, consiste en renunciar a la imitación servil de modelos exteriores. Hay que componer los propios, con "ideas en castellano" como acertadamente señala un ensayista español.

En el tema que nos ocupa, esa necesidad y sus ventajas aparecen avaladas no sólo por numerosos pensadores sino también, y sobre todo, por la experiencia: ¿de qué importante democracia copió este país, Costa Rica, la supresión del Ejército, una de las mayores aportaciones modernas al buen vivir democrático?

Habrá que recordar aquí nuevamente a Tocqueville: "Se puede imaginar un pueblo democrático organizado de manera distinta que el pueblo norteamericano". Por supuesto que sí, monsieur, y mejor nos iría a todos si, no contentos con imaginar, además lo realizáramos.

La tarea, ya complicada de por sí, se torna aún más compleja si tenemos en cuenta la aparición de nuevos productos con la misma etiqueta: las que llama democracias socialistas e incluso, sin temor a la redundancia, populares. Aquí, como en ciertos artículos de consumo, convendría advertir a los usuarios: "desconfíe de las imitaciones". Porque nada más sospechoso, más dudoso, que una democracia con adjetivos. Si lo sabremos los españoles, que hemos soportado con Franco, durante cuarenta años, una democracia orgánica...

Estoy convencido de que Latinoamérica no sólo está capacitada y dispuesta para lograr esa meta sino que ya ha avanzado notablemente por el camino hacia ella.

Porque la vocación democrática es fuerte y persistente por estos pagos. Caudillos y dictadores, juntas militares y otras lindezas semejantes acaban siempre, en estas tierras, dando paso, reiterativamente, a un nuevo intento de democracia, gracias a

El aspecto más negativo de este tipo de fenómenos, en lo que se refiere particularmente a Latinoamérica, es lo que yo llamaría el "efecto de rebote": inseguros y precariamente instalados en su cultura, muchos latinoamericanos asumen la imagen galocéntrica o anglocéntrica que de sí mismos reciben y la devuelven como cosa propia. Sí, somos sociedades de dictadores. Sí, despreciamos y explotamos al humilde. Sí, somos inferiores a europeos y norteamericanos y no sabemos defendernos de ellos...

individuos y grupos de incansables luchadores, a la pervivencia y continua decantación de ideas y proyectos liberalizadores.

Buena y esperanzadora prueba de ello es lo sucedido recientemente, por ejemplo, en Guatemala, Perú, Argentina o Uruguay. Ya parecen superados los tiempos en que los militares, como solitaria institución estructurada y coherente en sociedades de débil entramado, o los revolucionarios de cualquier laya, como excepcionales agentes y motores del cambio, sean los únicos llamados a resolver los problemas de la América Latina.

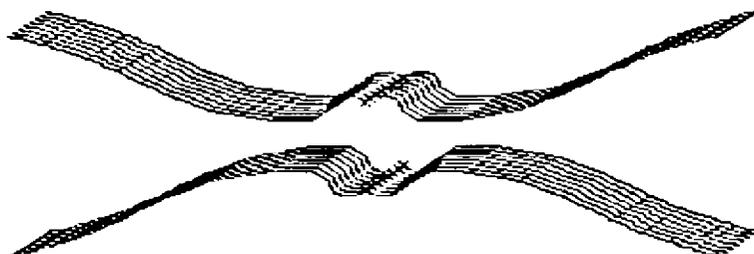
Sirva lo sucedido en España durante los últimos doce años para inspirarles optimismo y confianza en sí misma a la América Latina. Si unos meridionales del continente europeo consiguieron salir sin traumas de una dictadura de casi medio siglo, la más prolongada que ha conocido cualquier país de Euro-

pa fuera del bloque comunista, no hay razón alguna para que los europeos más occidentales, los latinoamericanos, no acaben logrando una meta de la que siempre han estado más cerca que nosotros.

Sobre todo en una época en la que, despiertos el conocimiento, el interés y la simpatía de los europeos hacia este subcontinente, con la inevitable llegada de su voz a la Comunidad Europea a través de los nuevos miembros, España y Portugal, se encuentra Latinoamérica, por primera vez en la historia, en condiciones de dar a conocer sus problemas al conjunto de Europa y comprometerla en su solución.

Quisiera, como mínimo y obligado homenaje a este país que hoy me acoge y que tanto contribuye con su ejemplo a mostrar cómo debe ser una verdadera democracia, recordarles -y con ello termino- unas palabras del presidente Oscar Arias, cuando aún no había accedido a la primera magistratura de su país:

"A nosotros -decía-, lo que nos queda es dar la lucha para demostrarle al mundo, primero, que la bandera de la justicia social no está en manos exclusivas del marxismo-leninismo y, segundo, que para lograr una sociedad más igualitaria no se requiere acabar con la democracia política".



Oscar Arias Sánchez*

El futuro de la democracia en Centroamérica



Hablar del futuro de la democracia en Centroamérica es hablar de cambio, es un desafío para que pensemos en un nuevo mundo, en una forma de organización política desconocida para la mayoría de los habitantes de estos contornos. Esto nos conduce a reflexionar sobre las posibilidades de una empresa que no tiene historia en buena parte de estos pueblos. Desafortunadamente, en nuestra Centroamérica no ha tenido arraigo la tolerancia y son escasos los antecedentes de respeto a los derechos del hombre. El pluralismo y los partidos políticos han tenido manifestaciones débiles y efímeras.

La democracia no tiene historia en algunos de estos países. Existe una tradición de heroísmo: heroicos hombres y mujeres que luchan contra la dictadura, rechazan el caudillismo y, contra las más adversas circunstancias, aspiran a la democracia. Cen-

* Actual Presidente de la República de Costa Rica, obtuvo la licenciatura en Derecho y Ciencias Económicas en la Universidad de Costa Rica (1961-1967), y posteriormente los grados de Master y Ph.D. en Ciencias Políticas en la Universidad de Essex, Inglaterra. Ha sido Vice-presidente de la Junta Directiva del Banco Central de Costa Rica (1970-72), Ministro de Planificación Nacional y Política Económica (1972-77), diputado a la Asamblea Legislativa (1978) y Secretario General del Partido Liberación Nacional. Ha publicado varios libros: *Grupos de Presión en Costa Rica* (Premio Nacional de Ensayo, 1970), *Quién Gobierna en Costa Rica*, 1976, *Democracia, Independencia y Sociedad Latinoamericana*, 1977, *Los Caminos para el Desarrollo de Costa Rica*, 1977.

troamérica es escenario de lucha por la libertad y por la democracia política. Podríamos citar a muchos que no se resignaron ante las más oprobiosas dictaduras: hombres y mujeres, que amenazados siempre de muerte, escogieron morir antes que acallar sus deseos libertarios.

En nuestros días, parece existir una nueva apertura para que la democracia traiga paz y libertad a la región. Los hombres libres no pueden aceptar la herencia del dictador, que han marcado el rostro de la América Latina con el hambre y el desempleo; con privilegios para unos pocos y con opresión, tortura y muerte para muchos. Hoy, cuando algunos pueblos de América Central ven abrirse las puertas de la libertad, deben enfrentarse a condiciones extraordinariamente adversas.

Cualquiera que sea la forma como miremos a Centroamérica, la amenaza de la guerra está presente en estos territorios. Esto aumenta el grado de incertidumbre política y económica. Mientras en algunos países de América Latina, que retornan a la democracia en estos años, es posible hablar de control de gastos militares, en los países de América Central se impone fatalmente la carrera armamentista. Tres de las cinco naciones tienen guerra de guerrillas bien establecidas y todas esas guerrillas se ubican, al menos parcialmente, en el contexto del enfrentamiento entre el Este y el Oeste.

En épocas anteriores se hablaba de favorecer los esfuerzos de desarrollo de Centroamérica por ser un conjunto de países de menor desarrollo relativo. Hoy, quienes hablan de privilegiar a los países centroamericanos, se refieren a la necesidad de evitar la guerra. Vivimos en un contexto donde todos parecen pensar que la extensión de la guerra es posible y probable. Algunos, por desgracia, parecen creer que es inevitable y necesaria. Por fortuna, muchos otros mantienen la fe en las soluciones políticas.

Todos hablan ahora de un retorno a la democracia en la América Latina. Como nunca antes, hay presidentes y parlamentos elegidos libremente. Algunos de los países conocieron, antes, largos periodos de democracia. De ellos se puede decir que retornan a la democracia, que se reencuentran con la historia, que de amargas experiencias del pasado buscarán la forma de corregir errores y hacer más sólidas sus democracias para el futuro.

Respecto a la democracia en Centroamérica, no puede hablarse de reencuentro con la historia. En la mayoría de los casos, el desafío consiste en comenzar a hacer la historia de la democracia en Centroamérica.

En Centroamérica estamos en presencia de democracias emergentes que encaran enormes dificultades económicas, que afrontan la guerra de guerrillas y se hallan ante un inminente conflicto regional. El robustecimiento de estas democracias dependerá sobre todo de esfuerzos internos de cada país. Sin embargo, esos esfuerzos no serán suficientes, por heroicos que lleguen a ser, si no se logra conquistar para el futuro de las democracias de Centroamérica un espacio político y económico más propicio para el desarrollo.

Muchos piensan que un mejor trato internacional para Centroamérica es una excelente contribución en los esfuerzos de paz. No obstante, en la práctica continúa fluyendo con mayor facilidad la ayuda militar. Yo sostengo que, cuanto mayor sea la ayuda militar, habrá menos posibilidades de robustecer los gobiernos civiles. Sostengo que el armamentismo, cualesquiera sean las razones en que se funde, es un obstáculo para la consolidación de las democracias

en Centroamérica. El armamentismo creciente contribuye, más bien, a consolidar la larga y triste historia del militar prepotente, que esta región conoce bien.

El intento de imponer modelos económicos únicos también atenta contra la democracia. ¿Qué sentido tienen las elecciones libres y pluralistas, si la ayuda de países amigos se condiciona a que se siga el mismo camino económico que ayer se pactaba con el dictador? Las ideas propias de hombres libres se ven frustradas ante una especie de despotismo económico internacional, preconizado por naciones poderosas e instituciones financieras mundiales.

La falta de confianza en la autonomía política y económica de naciones pequeñas y medianas es peligrosa. Las recetas económicas que tantas veces se imponen desde fuera, han fracasado ya muchas veces. Quienes imponen la receta no se responsabilizan de sus resultados desastrosos. Esos resultados repercuten directamente en los sistemas políticos nacionales, debilitan sus economías y hacen perder la credibilidad en los partidos políticos.

Todos quisiéramos tener crecimiento económico para consolidar las democracias emergentes de

En Centroamérica estamos en presencia de democracias emergentes que encaran enormes dificultades económicas, que afrontan la guerra de guerrillas y se hallan ante un inminente conflicto regional. El robustecimiento de estas democracias dependerá sobre todo de esfuerzos internos de cada país. Sin embargo, esos esfuerzos no serán suficientes, por heroicos que lleguen a ser, si no se logra conquistar para el futuro de las democracias de Centroamérica un espacio político y económico más propicio para el desarrollo.

Centroamérica. Ninguna de ellas experimenta hoy crecimiento económico. Conocemos las dificultades que existen para aumentar la inversión interna y externa. Podemos explicar con detalle por qué no

cializados y sistemas de coordinación a todos los niveles. Para muchos destacados economistas del área centroamericana, han disminuido notoriamente las oportunidades de pensar y trabajar en alternati-



hay crecimiento económico. No se le ha dado a Centroamérica un trato especial en ninguna de las relaciones económicas internacionales. En años recientes Costa Rica se ha transformado en exportador neto de capital. ¡Hoy, incluso, somos exportadores netos de capital frente al Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional!

El trato económico internacional se ha desequilibrado en desmedro de los países de Centroamérica. Se trata de cinco países pequeños en donde los recursos humanos para atender negociaciones permanentes de deuda externa, para atender acuerdos con organismos internacionales y para atender los organismos del Estado, son pocos y son los mismos. La banca internacional ha establecido equipos espe-

vas de política económica. Mucha de nuestra mejor gente en el campo económico debe dedicar hoy días y semanas a atender banqueros y burócratas de organismos financieros internacionales. Ni siquiera ha existido comprensión para llegar a arreglos de largo plazo con Centroamérica que ayuden a consolidar la democracia.

Aun cuando sea triste afirmarlo, pensamos que el mundo económico no está dispuesto a apartarse de sus reglas propias para facilitar los caminos de

libertad que ansían los centroamericanos. Hay quienes van más lejos y afirman que el mundo financiero ahora los dictadores. No puedo dejar de señalar mi preocupación sobre estos hechos. Debo confesar, con todo, que soy más optimista. Creo que podemos y debemos lograr una mayor comprensión internacional para los esfuerzos libertarios de Centroamérica.

La relación entre una democracia sólida y la prosperidad económica está suficientemente demostrada en la historia. La armonía social y la solidez de las libertades públicas se refuerzan considerablemente con el éxito de la economía. La experiencia prueba, también, que todas las democracias, aun de tradición y voluntad civilista muy fuertes, se ven amenazadas y caen cuando se enfrentan a crisis económicas en condiciones de subdesarrollo, hambre, ignorancia y marginalidad. No es fácil que la democracia prevalezca cuando miles y miles de hombres viven al margen de valores y bienes que se dicen compartir. El miedo a la libertad ha conducido muchas veces a los pueblos de América a confiar más en las armas que en el desarrollo. Por desgracia, esta conducta tiene también antecedentes históricos en el comportamiento internacional.

Innumerables razones se han expuesto para justificar el uso de la fuerza. Hay quienes sostienen que la democracia es un lujo para pueblos ricos; otros se creen poseedores de la verdad absoluta. Una y otra vez se ha comprobado que todos los argumentos son falsos. La democracia no es un lujo. La libertad del hombre nunca aceptará la imposición de verdades únicas. La tolerancia, el pluralismo, el disfrute de las libertades políticas es esencial para asegurar la coexistencia pacífica. Por eso, hemos afirmado tantas veces y con tanta convicción que sin democracia no habrá paz en los pueblos de América.

Frente a los desafíos de la hora presente, algo une a los pueblos latinoamericanos: la necesidad de establecer regímenes democráticos que garanticen plenamente la libertad, el respeto a los derechos humanos y una existencia digna para el hombre. Pero hay algo más: establecer la democracia en todos los países de Centroamérica es, además, requisito indispensable para garantizar la paz.

Ante la opción democrática que se abre en América Central se levantan obstáculos tremendos. La democracia no se construye con retórica. Cuando crecen los ejércitos y se debilitan las instituciones civiles la democracia languidece. Cuando se consolida y se extiende la miseria, la democracia muere.

En Centroamérica la vida democrática ha dado un paso grande. Hay más gobiernos elegidos por sus pueblos en elecciones libres. El dilema ahora es evitar que se pretenda utilizar este régimen para consolidar la miseria y para justificar las guerras.

Conozco bien a los hombres que hoy encabezan las luchas democráticas en el istmo centroamericano. Sé bien que no se dejarán utilizar, pero todos sabemos de las presiones que habrán de vencer. Una vez más me declaro optimista, sin menospreciar la magnitud de la tarea. No podemos fracasar en Centroamérica porque está en juego algo más que evitar el retorno de las dictaduras. Está en juego la paz.

Aun cuando la democracia pueda aparecer, ante tanto obstáculo, como un concepto romántico, no hay duda de que sigue siendo el ideal de los hombres que aman la libertad. Los pueblos sin democracia se parecen a los hombres ciegos, que deambulan sin rumbo sumidos en el temor de la incertidumbre, en la congoja de la arbitrariedad.

Desde hace tiempo a los dictadores les gusta llamarse defensores de la democracia, les gusta decirse demócratas. A veces, sus contradicciones son tan grandes que les ponen apellido a sus democracias. La democracia no tiene apellido; se opone a toda forma de poder absoluto, incluso al de la mayoría. La democracia es diálogo, transacción, lucha permanente en pos del consenso. No es lícito, ni para la mayoría ni para la minoría, monopolizar el poder, pues ello implica la negación del derecho a disentir. La democracia supone una oposición: el verdadero demócrata no sólo auspicia, sino que protege la existencia del adversario.

La democracia es tolerancia: garantiza el pleno ejercicio de la libertad de pensamiento, de expresión, de culto. El precio político de la impaciencia es la autocracia, cuyos rasgos característicos son la imposición de una voluntad y el cercenamiento de las libertades. Lo esencial del sistema democrático es, entonces, el principio de que nadie debe imponer en forma arbitraria su criterio a los demás.

La democracia representativa no tiene sentido en nuestros días sin una democracia participativa. La necesidad de una mayor participación deriva del hecho de que toda persona tiene siempre algo que aportar, que ofrecer, que dar. En el campo de las ideas nadie posee toda la verdad. No hay una verdad, sino muchas verdades. La pluralidad de ideas es, por ello, esencial en el régimen democrático: cada cual está en capacidad de aportar algo en la construcción del destino común de los pueblos.

La democracia implica la participación de todos. En la medida en que nos alejemos de este principio, estaremos propiciando el caudillismo y la prepotencia de los grupos mejor organizados, factores que contribuyen a debilitar el régimen democrático. Por eso, es indispensable estimular la organización de los diversos grupos sociales en cooperativas, sindicatos empresariales y laborales, empresas de autogestión y otras formas semejantes de asociación. No debe haber un patrón único para canalizar la participación de los distintos estratos sociales en la formación de organizaciones que la gente misma considere convenientes para alcanzar sus objetivos en los campos social, económico, cultural y político. La característica indispensable de estas organizaciones ha de ser su autonomía, de tal manera que no pueden ser manipuladas ni manipulables. Es decir, deben ser entes sujetos única y exclusivamente a las decisiones de sus propios integrantes.

Ahora bien, el dilema central es, para nosotros, conciliar la participación con un gobierno fuerte, y ambas cosas no son incompatibles. La democracia no significa ausencia de autoridad, error que han cometido muchos en América Latina. Por una parte, todos los sectores sociales deben organizarse para participar en la toma de decisiones que los afecten. Pero las organizaciones deben tener como meta contribuir en la solución de los problemas sociales y económicos del país, y no -como tantas veces sucede- sólo presionar al Estado para que satisfaga sus propios intereses de grupo. Es allí, precisamente, donde se requiere la autoridad de los poderes del Estado, basada en el consenso democrático, para sancionar a quienes se aparten de las reglas democráticas para conseguir sus fines.

Nadie desconoce que el sistema democrático adolece de deficiencias y que está expuesto a las amenazas del totalitarismo, de derecha o de izquierda. Pero no hay duda de que los países

La democracia es diálogo, transacción, lucha permanente en pos del consenso. No es lícito, ni para la mayoría ni para la minoría, monopolizar el poder, pues ello implica la negación del derecho a disentir. La democracia supone una oposición: el verdadero demócrata no sólo auspicia, sino que protege la existencia del adversario.

democráticos les hacen frente, con buen éxito, a los problemas que presenta la cambiante realidad del mundo. Su flexibilidad permite encontrar nuevas salidas y soluciones a las dificultades que surgen a cada paso, y esto se hace dentro del contexto de respeto a las libertades individuales. Es indiscutible que las ventajas del sistema democrático, con todo y sus defectos -inherentes, por otra parte, a toda creación humana-, son sensiblemente mayores que las ofrecidas por los regímenes totalitarios.

No podemos esperar que una democracia brille en todo su esplendor y se realice en todas sus dimensiones, cuando viene saliendo de dictaduras de tantos años de existencia. La luz ciega cuando se viene de la oscuridad. Lo importante es avanzar hacia esa democracia sin apellido. Lo importante es dar pasos concretos para robustecer los partidos políticos, para hacer más firme las instituciones democráticas, para garantizar los derechos del hombre, para practicar la tolerancia, para disminuir los ejércitos y alejarlos del poder político.

Quisiera reiterar, por último, que ante la opción democrática que parece abrirse en Centroamérica, para tener éxito será necesario garantizar, primero, la paz. Debemos ser capaces de encontrar caminos de crecimiento económico sostenido y de combatir decididamente las gigantescas injusticias socia-

les heredadas de crueles dictadores del pasado; o rifles o pan, es hoy el dilema. La democracia no podrá consolidarse en sociedades de niños con estómagos siempre vacíos.

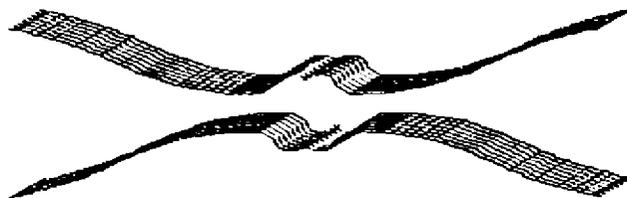
Hay una opción para escribir una historia diferente en esta región. También están presentes todas las amenazas para predecir que se puede seguir escribiendo lo mismo de siempre. Aún más, podríamos tener que escribir de más violencia, de más injusticias, de más miseria. Creo, por eso, que, como nunca antes, debemos luchar para que la opción democrática tenga éxito.

Costa Rica ha salido al mundo con una propuesta de paz para Centroamérica. Nuestra propuesta pide democracia para poner alto a los odios, para terminar con los rencores, para silenciar las armas. Democracia para la paz, y paz para el desarrollo. Desde América a Europa, hemos recibido apoyo de naciones poderosas y naciones pequeñas.

Quiera Dios que todo sirva para que se impongan la tolerancia y la cordura. Si hay paz, la opción democrática que hoy encare Centroamérica puede ser el comienzo de una nueva historia. Si esa nueva historia la escriben hombres libres, habremos comenzado a derrotar la miseria y la ignorancia, a sustituir el sable por la razón, a reemplazar el egoísmo por la solidaridad, a cambiar los enemigos por adver-

sarios, a transformar odios y rencores en discrepancias. Habremos comenzado el tomo de la historia donde se narre el surgimiento de la democracia en Centroamérica.

La democracia no significa ausencia de autoridad, error que han cometido muchos en América Latina. Por una parte, todos los sectores sociales deben organizarse para participar en la toma de decisiones que los afecten. Pero las organizaciones deben tener como meta contribuir en la solución de los problemas sociales y económicos del país, y no -como tantas veces sucede- sólo presionar al Estado para que satisfaga sus propios intereses de grupo.





Otras series publicadas

Serie Clásicos de la Democracia

Historia de la Libertad, Lord Acton, 1986, pags. 152, €190.00, \$3.65*

Democracia y Sociedad, Alexis de Tocqueville, Selec. John Stone y Stephen Mennell, 1986, pags. 328, €275.00, \$5.29*

El Espíritu de las Leyes, Montesquieu, 1987, pags. 384, €315.00, \$5.31*

El Federalista, Hamilton, Madison y Jay, Introd. y Selec. Jorge Sáenz C. 1987, pág 256, €315.00, \$5.31*

La Reforma Ilustrada, Jovellanos, 1987, pags. 148, €225.00, \$3.79*

Sobre el Contrato Social, Varios autores, 1987, pags. 264, €330.00, \$5.56*

Serie Literaria

Obra Poética Completa, Tomo I, Canciones de Pájaro y Señora, Poemas Nicaragüenses, Pablo Antonio Cuadra, 1983, pags. 168, €285.00, \$5.48*

Obra Poética Completa, Tomo II, Cuadernos del Sur, Canto Temporal, Libro de Horas, Pablo Antonio Cuadra, 1984, pags. 124, €285, \$5.48*

Obra Poética Completa, Tomo III, Poemas con un Crepúsculo a Cuestas, El Jaguar y la Luna, Pablo Antonio Cuadra, 1985, pags. 132, €285.00, \$ 5.48*

Obra Poética Completa, Tomo IV, Cantos de Cifar, Pablo Antonio Cuadra, 1985, pags. 140, €285.00, \$ 5.48*

Obra Poética Completa, Tomo V, Esos Rostros que Asoman en la Multitud, Homenajes, Pablo Antonio Cuadra, 1986, pags. 182, €285.00, \$5.48*

Obra Poética Completa, Tomo VIII, Por los Caminos van los Campesinos. ¡Vuelva, Güegüence! Agosto, Teatro y Cuento, Pablo Antonio Cuadra, 1986, pags. 182, €285.00, \$5.48*

Centroamericanos, Stefan Baciú, 1985, pags. 204, €265.00, \$5.10*

Pablo Antonio Cuadra, La Palabra y el Tiempo, José Emilio Balladares, 1986, pags. 176, €250.00, \$4.81*

Torres de Dios, Obras en Prosa, Pablo Antonio Cuadra, 1986, pags. 232, €240.00, \$4.62*

Otro Rapto de Europa, Obras en Prosa, Vol. IV, Pablo Antonio Cuadra, 1987, pags. 168, €225.00, \$4.33*

Serie Clásicos Centroamericanos

Cuentos, Rubén Darío, Introd. y Selec. José Emilio Balladares, 1987, pags. 264, €295.00, \$4.97*

Serie Raíces

Los Jesuitas en Nicaragua en el Siglo XIX, Franco Cerutti, 1984, pags. 664, €300.00, \$5.77*

Estudio Etnográfico sobre los Indios Miskitos y Sumus, Eduard Conzemius, 1985, pags. 336, €300.00, \$5.77*

Toponimias Indígenas de Nicaragua, Jaime Incer, 1985, pags. 484, €450.00, \$8.65*

José Cecilio del Valle: Sabio Centroamericano, Carlos Meléndez Ch., 1985, pags. 232, €270.00, \$5.19*

El Despertar Constitucional de Costa Rica, Jorge Sáenz Carbonell, 1985, pags. 680, €395.00, \$7.60*

La Finca de un Naturalista, Alexander F. Skutch, 1985, pags. 460, €485.00, \$9.33*

Escritos Históricos y Políticos, Enrique Guzmán, 1986, pags. 632, €900.00, \$17.31*

Biografía del Caribe, Germán Arciniegas, 1986, pags. 504, €493.00, \$9.48*

Las Alianzas Conflictivas, Jacobo Schifter Sikora, 1986, pags. 320, €325.00, \$6.25*

Bolívar y la Revolución, Germán Arciniegas, 1987, pags. 392, €390.00, \$6.57*

Serie Hombre y Dios

Encíclicas y Otros Documentos, Tomo I, Juan Pablo II, 1985, pags. 548, €295.00, \$5.67*

Encíclicas y Otros Documentos, Tomo II, Juan Pablo II, 1987, pags. 288, €230.00, \$4.42*

Estaré entre Vosotros, P. Santiago de Anitua S.J., 1986, pags. 336, €395.00, \$7.60*

Libertad Cristiana y Liberación, Congregación para la Doctrina de la Fe, 1986, pags. 112, €125.00, \$2.40*

Serie Jurídica

Los Derechos Económicos, Sociales y Culturales en el Sistema Interamericano, Héctor Gros Espiell, 1986, pags. 256, €286.00, \$5.50*

Educación y Derechos Humanos, Primer Seminario Interamericano, IIDH, 1986, pags. 468, €345.00, \$6.63*

Serie Económica

Inversiones Estratégicas, Nicolás Marín y Werner Ketelhöhn, 1986, pags. 304, €600.00, \$11.54*

Libros importados para distribuir

El Tercermundismo, Carlos Rangel, 1982, pags. 290, \$4.42*

O.E.A., la Suerte de una Institución Regional, Germán Arciniegas, 1985, pags. 174, €300.00, \$5.77*

Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario, Carlos Rangel, 1982, pags. 400, \$3.85*

**Estos precios no incluyen flete*

LIBRO LIBRE Apartado 391-2050. Tels. 25-0635 / 34-1615 - San José, Costa Rica

Si desea que se le envíen nuestras publicaciones escriba a la dirección antes indicada o a algunos de nuestros distribuidores a las siguientes direcciones:

Melba de Gutiérrez
Ave. Reforma 8-60
Zona 9, Edificio Galerías
Reforma, Torre No 2, Oficina 701
Guatemala, Guatemala

Carmen Sealy
Apartado Postal 1444
Zona 9A
Panamá 07, Panamá

Sra. Mabel Orellana
Condominio Torremolinos
Local No 8 79 Ave. Nt y 3a
calle Poniente Colonia Escalón,
San Salvador, El Salvador

César González
Edificio Palmira, Segundo Piso
Frente al Hotel Honduras Maya
Tegucigalpa, Honduras

José Cuadra
C & C. Book Services INC.
P.O. Box 524052
Miami, Fl. 33152



Todo un sistema de diseño, artes finales e impresión, en su escritorio. Con sólo oprimir un botón.

El revolucionario sistema de Publicación de Escritorio Apple pone el control en sus manos para ensamblar e imprimir en minutos lo que quiera su imaginación.

Todo lo que necesita es una computadora **Apple Macintosh**, el impresor por rayos laser, **Apple Laser Writer** y el software **Page Maker**.

Con este increíble equipo Apple, usted diseña, grafica, hace "layouts", levanta textos, títulos, ilustraciones, introduce imágenes, marcos, tramas y todos los elementos que se requieren para imprimir una publicación.

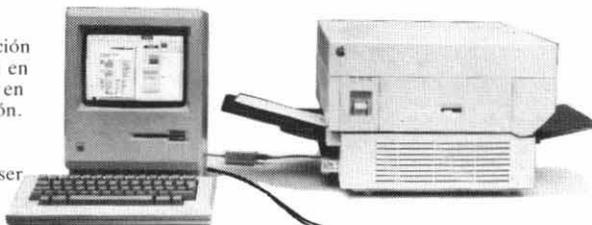
El programa **Page Maker** para la **Apple Macintosh**, le ofrece una gran gama de tipografías, tanto para textos como para títulos. Y una versatilidad nunca antes imaginada para diseñar y obtener un arte final calidad PMT en minutos.



Una vez que usted escoge todos los elementos, empieza a armar o, a ensamblar su publicación fácilmente y con grandes alternativas oprimiendo sólo un botón. O sea, hace el "layout" o diseño con los elementos finales de la publicación.

 **Apple**
El poder
para dar lo mejor de tí.

Visítanos en la **Tienda Xerox** frente al Gimnasio Nacional en La Sabana, tel: 33-9163, en Copicentro, 100 mts. sur de la Embajada Americana, tel: 57-1840, en la **Tienda Xerox**, en San Pedro, frente a Radio Universidad, tel: 53-2183 **Tienda Xerox**, en Guadalupe, 75 mts. al este del Centro Comercial de Guadalupe, tel: 21-3284 y vive el fascinante mundo Apple.



Lo que antes se hacía en días, ahora se hace en minutos. Y lo que se economiza en el costo, ni se diga.

El sistema de Publicación de Escritorio Apple es de una enorme utilidad para agencias de publicidad, editoriales y todo tipo de empresas que constantemente imprimen afiches, folletos, presentaciones, boletines, circulares, cartas, anuncios de prensa o cualquier clase de publicaciones.

Apple Macintosh, **Apple Laser Writer** y el programa **Page Maker** están haciendo hoy lo que creíamos podría pertenecer al mañana, y todo, con sólo oprimir un botón.

¿Increíble, verdad?
¡Consúltenos... hoy!



STEFAN BACIU



CENTROAMERICANOS



El mundo de la literatura y el arte centroamericano de la primera mitad del siglo XX, visto a través del contacto personal con sus principales protagonistas. Viajero incansable, prendado del paisaje y los hombres del istmo, Stefan Baciu auna en su ponderación de crítico, la cálida humanidad de la vivencia personal.

**Adquiéralo en las principales librerías,
o con su distribuidor más cercano.**

Costa Rica € 265.00 (no incluye flete)

Resto del mundo \$ 5.10 (no incluye flete)

O solicítelo a **Asociación Libro Libre**,
apartado postal 391-2050, San José, Costa Rica.

Digitalizado por: **ENRIQUE BOLAÑOS**
FUNDACIÓN
www.enriquebolanos.org